

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES



“ALFONSO VÉLEZ PLIEGO”

MAESTRÍA EN HISTORIA



“ALFONSO VÉLEZ PLIEGO”

El Sentido histórico en *La raza cósmica*, *El perfil del hombre y la cultura en México*, y *El laberinto de la soledad*

Tesis para obtener el grado de Maestro en Historia

Presenta:

Lic. Pedro Díaz Ruiz

Directora de tesis:

Dra. Lizette Jacinto

Asesoras de tesis:

Dra. Coralía Gutiérrez Álvarez

Dra. Ariadna García García

Enero 2023

A Marla *in memoriam*

La realidad está definida con palabras. Por lo tanto, el que controla las palabras controla la realidad. (Antonio Gramsci)

Índice

AGRADECIMIENTOS.....	5
INTRODUCCIÓN	8
CAPÍTULO 1 POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU: JOSÉ VASCONCELOS	29
1.1 Miedos y rencores del pasado	30
1.2 El Ateneo y la revolución maderista.....	35
1.3 La Secretaría de Educación Pública	49
1.4 Obras e influencias (1905-1920)	57
1.5 El Sentido histórico en <i>La raza cósmica</i>	62
CAPÍTULO 2 DE HIPÓCRATES A PLOTINO: SAMUEL RAMOS	83
2.1 Entre la medicina y la filosofía	84
2.2 En busca del tiempo perdido	91
2.4 Obras e influencias (1919-1934)	96
2.3 Los maestros	99
2.4 El mexicano y su complejo de inferioridad	113
2.5 El Sentido histórico en <i>El perfil del hombre y la cultura en México</i>	120
CAPÍTULO 3 PAISAJES DE PALABRAS: OCTAVIO PAZ.....	130
3.1 Octavio Paz: Las raíces del laberinto	131
3.2 Semillas del silencio: La Casa Grande.....	136
3.3 Escritura de fuego y jade.....	142
3.4 Primeas lecturas e influencias.....	148
3.4.1 Cuesta: un paréntesis en el desierto.....	155
3.5 Entre revolución y rebeldía: Obras y publicaciones (1931-1943)	157
3.6 El Sentido histórico en <i>El laberinto de la soledad</i>	165
CONCLUSIONES	180
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.....	186

AGRADECIMIENTOS

Este proyecto de tesis es el resultado de dos años y medio de trabajo en el Posgrado en Historia del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con el apoyo de la beca CONACYT, la cual me permitió subsistir económicamente en el periodo más complicado de la crisis sanitaria. Me gustaría agradecer a todos y cada uno de los docentes que desde las dificultades que representó impartir los seminarios en línea, lo hicieron siempre con gran dedicación, empatía y generosidad, los recuerdo en el orden en que me impartieron clase: Miguel Ángel Cuenya con sus eruditas clases magistrales, Francisco Cervantes Bello, Javier Pérez Siller, Blanca Esthela Santibáñez quien nos acercó a la memoria y la oralidad, John Mraz con la fascinante fotohistoria que me emocionó tanto y me arrancó la venda del textocentrismo en la producción historiográfica, Juan Alfonso Milán con la pasión de la juventud y el arte, Rosalina Estrada quien nos enseñó que la historia sin las pasiones y las sensibilidades está incompleta, Gloria Tirado, Carmen Aguirre generosa y siempre atenta a nuestras necesidades. Cada uno influyó de alguna manera en mi persona y en mi formación profesional.

Una mención aparte para lectoras de este proyecto de investigación, agradezco a la Dra. Ariadna García por sus observaciones y comentarios en cada sesión, por su lectura y sus recomendaciones bibliográficas que aportaron mucho a mi investigación y mi formación personal. A la Dra. Coralia Gutiérrez de quien aprendí a mantener un ritmo de trabajo constante y disciplinado, sus lecturas en la clase de América Latina han fueron reveladoras en mi formación profesional, y sus comentarios para la elaboración de este trabajo fueron fructíferos; respeto y admiro mucho su labor como docente. Agradezco sobre todo a mi directora de tesis, la Dra. Lizette Jacinto, quien confió en mi proyecto desde que era apenas un montón de ideas y buenas intenciones, fue gracias a su dirección que pude concluir satisfactoriamente en tiempo y forma este proyecto de investigación. Fue una asesora atenta en su lectura, dispuesta a escuchar y compartir ideas, siempre

pendiente de mis necesidades como alumno y tesista. Espero que este trabajo refleje todo la pasión y el esfuerzo que brindó en su dirección.

No alcanzan las palabras para agradecer el apoyo y el cariño que mi familia me ha brindado a lo largo de la vida, sin ellos no habría podido llegar hasta este momento. Gracias papá por enseñarme a luchar cada día por lo que es importante, por tu nobleza, tu paciencia, y esa fuerza al levantarte cada vez que la vida te ha dado un golpe. Gracias mamá por enseñarme a soñar y a sentir, por demostrarme que no importa que tan oscuro sea el camino, si tenemos a nuestro lado a personas que amemos y nos amen siempre encontraremos la manera de salir adelante. Mi vida no sería la misma sin la compañía y apoyo de mis hermanos: Luis Alberto (con mi sobrino Luis Santino), Gabriel, Eduardo y Jacqueline, gracias por los buenos momentos, la compañía y el cariño que nos tenemos, sigan construyendo su camino y crean siempre en ustedes, los quiero infinitamente.

El camino recorrido durante estos años lóbregos no habría sido posible sin el cariño y la comprensión de Giovanna De Los Santos. Sin la paciencia y la calma que me brindaste en los momentos más duros y caóticos por los que atravesó mi mente durante este proceso, las cosas habrían sido muy distintas, también lo habrían sido sin los buenos momentos que para fortuna mía, fueron muchos más, agradezco tu existencia y que la compartas conmigo, este logro en muchos sentidos es también tuyo.

El proceso de la maestría y tesis se tornó mucho más complicado debido al encierro y la virtualidad, cuatro semestres tomando clases frente a la pantalla sin esa posibilidad de retroalimentación que permite el codo a codo con los compañeros en el aula. Fue emocionalmente duro intercambiar apenas algunos mensajes de whatsApp durante las clases y fuera de ellas, pero el hecho de que hayan sido pocos y esporádicos, no disminuye el hecho de que me rescataran en el momento preciso. Gracias a Macarena por salvarnos del silencio en las clases, a Silvana por vencer la fobia a la virtualidad y compartir opiniones y risas, a Brenda por estar ahí cuando era necesario, a Ángel y a Ricardo por las buenas charlas cuando nos fue posible reunirnos.

Sin duda no seríamos lo que somos sin las personas con las que hemos decidido compartir este camino desde la amistad, algo que no es en absoluto sencillo y que se modifica con el paso de los años, agradezco a quienes se mantuvieron durante este largo y sinuoso camino, a Esmeralda por su amistad y su cariño, a Karina por su perseverancia y su lealtad, a Laura por todos los buenos momentos que han consolidado nuestra amistad, a Johana con su pasión por Universo y la Historia de la Ciencia, de quien he aprendido tanto, tienes mi cariño y admiración, a Pablo García por el apoyo académico y las buenas charlas, a Valeria su lucha constante pese a todo.

Agradezco a todos los amigos virtuales que durante estos años compartieron memes, comentarios y mensajes, sepan que su cibernética presencia muchas veces me salvó de la locura y me permitió persistir en mi camino, sin ustedes esto tampoco habría sido posible.

Finalmente agradezco a mi gatita Marla, quien fue mi compañera fiel durante siete años, y estuvo presente durante cada clase, trabajo y presentación a lo largo de los primeros tres semestres de la maestría, sin su calidez y su presencia que tanto extraño, mi vida no habría sido la misma, esta tesis es dedicada a su recuerdo.

INTRODUCCIÓN

I

A tres años de haber comenzado una crisis sanitaria de dimensiones catastróficas para el mundo, se pueden aventurar algunas reflexiones sobre las distintas formas de acción que los gobiernos en los países de los cinco continentes tuvieron con respecto a ésta. La diversidad de respuestas, y la toma de decisiones por parte de los gobiernos con la intención de encontrar la clave que permitiera controlar la propagación del virus, puso en evidencia la enorme desigualdad socioeconómica existente entre las sociedades que integran cada nación, así como la desigualdad entre las naciones mismas.

En este contexto, no fue extraño que un gran número de dirigentes políticos con el pretexto de mantener a su población alejada del peligro inminente que representaba la rápida propagación del SARS-CoV-2, reforzaran su postura con discursos de identidad nacional, ambivalentes. Por un lado, llamaban a la unión y la solidaridad de los habitantes de un territorio en momentos de gran incertidumbre, por otro, estos discursos servían como un muro de contención contra “los otros”, aquellos que no pertenecen a la categoría de “nosotros-nación” y por tal motivo, implícitamente representan un peligro. En medio de la primera pandemia del siglo XXI, estos discursos han convertido a los territorios nacionales en feudos posmodernos que sirven al mismo tiempo de resguardo y control de las sociedades que habitan en los denominados territorios nacionales.

En un escenario mundial con estas características, resulta imperativo reflexionar sobre estos procesos desde las distintas áreas de pensamiento que componen a las Ciencias Sociales. Comprender en profundidad los procesos en que las naciones modernas fueron constituidas, así como los discursos de identidad y cultura que las sustentan, es fundamental para presentar una postura crítica ante los procesos sociales en los que actualmente nos encontramos inmersos. En esta investigación en particular, la reflexión se realiza desde el campo de la Historia, y gira en torno al tema del Sentido histórico en la construcción de la identidad nacional

del mexicano y su cultura en México en la primera mitad del siglo XX, sustentado en el planteamiento teórico desarrollado por el historiador alemán, Jörn Rüsen, marco teórico que será empleado con el fin de profundizar en el análisis de las cuatro operaciones que según este filósofo de la historia, constituyen el proceso de la construcción de sentido histórico: *percepción, interpretación, orientación, y motivación*.

Entre el gran número de intelectuales que a lo largo del siglo XX reflexionaron sobre los temas de la nación mexicana, el mexicano y su cultura, tres son los nombres que se evocan constantemente: José Vasconcelos, Samuel Ramos, y Octavio Paz. Tres intelectuales que pertenecieron a tres generaciones subsecuentes de la primera mitad del siglo XX en México, los cuales formaron parte de la construcción del discurso sobre la identidad nacional del mexicano y su cultura, el cual se gestó durante este periodo y que perdura hasta nuestros días. En mayor o menor medida, *La raza cósmica (1925)*; *El perfil del hombre y la cultura en México (1934)* y *El laberinto de la soledad (1950)*, son obras retomadas por quienes estudian los temas de la identidad y nacionalismo mexicano en la segunda mitad del siglo XX y en estas primeras décadas del siglo XXI.

Los orígenes del proceso de construcción del discurso de la identidad nacional del mexicano y su cultura en el siglo XX, los podemos encontrar al finalizar el movimiento armado de la Revolución Mexicana, periodo a partir del cual comenzó un proceso de reestructuración dentro del territorio nacional. Los sectores agrario y obrero que habían sido relegados durante el siglo XIX, se vieron de pronto inmersos en la dinámica sociopolítica de la nación mexicana. La idea del mexicano y lo mexicano que se había construido en el siglo anterior, resultaba insuficiente para la consolidación del México posrevolucionario, pues la mayoría de la población que había participado en el movimiento bélico de 1910 a 1920 no se sentía identificada con un discurso identitario que poco tenía que ver con su presente.

En este contexto, los grupos políticos en el poder se vieron en la necesidad de reinventar un discurso que los legitimara, un discurso en el que la estructura social, política y económica no fuera trastocada de manera significativa, pero en el

cual, los diversos sectores sociales que integraban la nación, se vieran representados al menos en el discurso. Esta empresa estuvo a cargo principalmente de artistas e intelectuales relacionados en distintas formas con el poder, los cuales, a partir de la construcción de narrativas históricas, impulsaron o confrontaron proyectos políticos.

Desde los años que antecedieron al movimiento revolucionario en México, se hizo cada vez más latente la necesidad de reformular la idea de la nación mexicana, del mexicano y de su cultura, y fue a partir del fin del conflicto bélico que desde diversos ámbitos se comenzaron a ensayar reflexiones sobre la identidad nacional. Se construyeron nuevos discursos que tenían como intención, redefinir la identidad nacional, la cultura, lo mexicano y al mexicano del nuevo siglo, desde campos como la política, la psicología, la filosofía, la literatura y el arte, todos y cada uno de ellos permeados en sus narrativas de un Sentido histórico.

En los albores del centenario de la Independencia surgió en la capital del país el Ateneo de la juventud, un grupo de escritores e intelectuales que cuestionó el pensamiento positivista enquistado en las instituciones del gobierno porfirista. Aunque su trayectoria fue corta, surgieron de este grupo algunos de los intelectuales más destacados de la época, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, entre otros, quienes comenzaron a cuestionar los arquetipos nacionalistas decimonónicos en el país, y sentar las bases para las nuevas reflexiones sobre el mexicano y su cultura. En la década de 1920 impulsados por Vasconcelos, en ese entonces Secretario de Educación Pública, los integrantes del movimiento muralista David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, Diego Rivera y Rufino Tamayo, cobraron gran relevancia en la construcción de una narrativa histórica a través de imágenes constituidas por diversos componentes estilísticos en los que se retrataban acontecimientos históricos, la lucha de clases, y a las comunidades originarias. Otra de las herramientas de difusión de las reflexiones que pretendía delimitar el discurso de la identidad del mexicano y su cultura en la primera mitad del siglo XX, fueron las revistas culturales, en éstas, publicaron ensayos sobre diversas temáticas, incluidos los temas sobre el nacionalismo, el mexicano y su

cultura, la mayor parte de los intelectuales de éste periodo, entre ellos, Jorge Cuesta, Rodolfo Usigli, Alfonso Reyes, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, José Vasconcelos, Samuel Ramos, y Octavio Paz. Entre las publicaciones más destacadas podemos mencionar revistas como *La Antorcha* (1924-1925), la *Revista Ulises* (1927-1928), la revista *Contemporáneos* (1928-1931), la revista *Examen* (1932), la revista *Letras de México* (1937-1947), la revista *Taller* (1938-1941), entre otras.

Existe una gran variedad de autores y obras que giran en torno a la temática de la nación mexicana, el mexicano y su cultura en el siglo XX. No obstante, para los fines de esta investigación, se analizarán tres obras que nos permiten comprender la construcción de Sentido histórico en los discursos sobre la identidad del mexicano y su cultura, obras escritas por representantes de tres generaciones subsecuentes que intentaron dar respuestas a las preguntas que surgieron a partir del movimiento revolucionario en México. Obras surgidas desde las élites intelectuales, que fueron relevantes desde su publicación y generaron amplios debates a favor y en contra, por lo expuesto en ellas, y las cuales fueron gradualmente asumidas por el discurso nacionalista oficial que perdura hasta nuestros días.¹

II

Para esta investigación, se ha realizado un rastreo específicamente de investigaciones y publicaciones referentes al tema del Sentido histórico en la construcción del discurso nacional mexicano en las obras de José Vasconcelos, Samuel Ramos, y Octavio Paz, en las tres últimas décadas, en repositorios de universidades como: Universidad Autónoma de México, Benemérita Universidad

¹ Cabe señalar que el libro de Octavio Paz forma parte de la colección de libros *21 para el 21*, editada por el Fondo de Cultura Económica, relacionada con la “Conmemoración de los 700 años de la fundación de México-Tenochtitlán, los 500 años de la invasión extranjera y los 200 años de la Independencia” promovidos por el gobierno del presidente Andrés Manuel López Obrador en el año 2021.

Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma Metropolitana, Colegio de Michoacán, Colegio de México, Universidad Autónoma de Baja California, Instituto Mora. También en revistas electrónicas especializadas, bibliotecas de acceso digital y buscadores académicos como Jstor, Dialnet, SciELO, Google Scholar, Academia.edu. Los resultados obtenidos se presentan de acuerdo al orden de publicación de cada obra a analizar: *La raza cósmica* (1925), *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) y, *El laberinto de la soledad* (1950).

En las tres décadas recientes, los trabajos de investigación y análisis sobre la obra de José Vasconcelos (1882-1959) se han abordado en tres líneas temáticas que con regularidad convergen y se complementan: 1. Aportaciones en el ámbito educativo. 2. Pensamiento político conservador. 3. Construcción de la identidad nacional. La mayor parte de la investigación sobre la obra de Vasconcelos está enfocada desde el campo de la lingüística, literatura, comunicación, pedagogía y filosofía. Con referencia al campo de la historia, no se encontraron trabajos de investigación que aborden el análisis del Sentido histórico en la obra de José Vasconcelos, al menos en este rastreo que tuvo como margen los últimos treinta años.

El trabajo de investigación que más se acerca a nuestro tema de interés es la tesis presentada en el Colegio de Historia de la UNAM en 2001, titulada: *José Vasconcelos; un análisis historiográfico de su breve historia de México*. Una investigación que se centra en el análisis particular de esta obra, desde una perspectiva histórica e historiográfica, en donde se abordan las corrientes filosóficas, teóricas e historiográficas a las que Vasconcelos estuvo adscrito en las últimas décadas de su vida, no obstante, el análisis presente en esta obra carece de profundidad con respecto a la idea de historia en el pensamiento de Vasconcelos, y la temporalidad se encuentra alejada de nuestro periodo de estudio.

Para realizar un análisis del Sentido histórico en *La raza cósmica*, me apoyaré en los trabajos que han realizado sobre la vida y obra de Vasconcelos, estudiosos como José Joaquín Blanco (*Se llamaba Vasconcelos*, 1979) Enrique Krauze con sus ensayos sobre Vasconcelos publicados en la revista *Vuelta*, a

principios de los años ochenta, Alfonso Taracena (*José Vasconcelos*, 1982), Claude Fell (*Vasconcelos. Los años del águila 1920-1925*, 1989), Christopher Domínguez Michael (*Los retornos de Ulises*, 2010), entre otros.

Sobre la obra de Samuel Ramos (1897-1959) se ha escrito poco en las últimas décadas. Principalmente trabajos elaborados desde los campos académicos de psicología, antropología y filosofía, además de algunos artículos en revistas especializadas que versan sobre los mismos campos de estudio. En un Sentido estricto, en las tres últimas décadas el número de trabajos desde el campo de la historia sobre la obra de Ramos es escueto. Artículos como: *Siguiendo los pasos de Samuel Ramos: una propuesta metodológica de análisis de nuestras circunstancias* (Ávila: 2006). *Samuel Ramos y el nuevo humanismo* (Lizaloa: 2012). *El filósofo mexicano Samuel Ramos: Entre el positivismo europeísta y la busca de autenticidad* (Houvenaghel: 2014); nos dan una idea de que línea temática que se ha seguido al abordar la obra de Ramos es filosófica.

No obstante, la obra de Ramos es un parteaguas y un referente en la construcción del discurso sobre la identidad del mexicano y su cultura en México durante el siglo XX, como podemos leer en el análisis de Gina Zabłudovsky sobre *El Perfil del hombre y la cultura en México*, en el artículo titulado *Samuel Ramos y su visión sobre lo mexicano* (1991) la autora menciona que, en las primeras décadas del siglo XX, Samuel Ramos se consolidará como uno de los referentes de la filosofía mexicana, que romperá definitivamente con la filosofía positivista del siglo XIX. Influenciado por las ideas de Antonio Caso, José Vasconcelos, José Ortega y Gasset, Alfred Adler, entre otros.

A lo largo de *El perfil del hombre y la cultura en México*, -escribe Zabłudovsky-, Ramos le concede una importancia fundamental a los procesos históricos, es decir, la construcción de su discurso sobre el mexicano y su cultura están impregnados de un Sentido histórico, determinado por la necesidad de su época de responder a las preguntas por la identidad y el ser de la nación mexicana.

Para el filósofo “el origen histórico del sentimiento de inferioridad debe buscarse en la Conquista y en la colonización” (Zabłudovsky, 2015: 181). Destaca

además la jerarquización política, económica y social en la Nueva España determinada por el carácter racial, y cómo la nueva raza mestiza es obligada a mantenerse pasiva. Este carácter pasivo del mexicano que se hace evidente después del proceso de independencia, muestra cómo éste, se ve en la necesidad de buscar una fisonomía nacional propia, no es para Ramos, únicamente resultado de la Conquista, ya que para el autor, este carácter pasivo no era ajeno a la sangre indígena.

Se consultó también un trabajo de investigación de tesis, que nos sirve como muestra de la dirección que el estudio académico sobre la obra de Ramos tiene a nivel universitario, principalmente en el campo de la filosofía: *El concepto de cultura nacional en el pensamiento de Samuel Ramos* (Medina: 2006). En esta obra, se reflexiona sobre el concepto de cultura nacional mexicana en la obra de Ramos, teniendo como marco teórico los planteamientos filosóficos de José Gaos en lo que éste denominaba la Historia de las ideas, planteamientos que van encaminados a reflexionar sobre la existencia de una cultura mexicana auténtica, contrario a la idea de que la cultura mexicana fuera solo una imitación o extensión de la cultura europea.

Finalmente, al menos en este rastreo, el único trabajo de investigación que se aproxima a la obra de Ramos desde la historia, es una tesis del año 2019, titulada: *Análisis comparativo del pensamiento histórico de Samuel Ramos y Edmundo O'Gorman*, sustentada en el Colegio de Historia de la UNAM. El trabajo presenta una comparativa desde la filosofía de la historia, sobre la que Ramos y O'Gorman desarrollan sus obras, influidos por el historicismo vitalista, la fenomenología y el existencialismo, con los cuales estos autores realizaron un análisis ontológico del ser mexicano.

Para realizar el análisis del Sentido histórico en El perfil del hombre y la cultura en México, me apoyaré en los trabajos que han realizado estudiosos sobre la vida y primeras obras de Ramos, como Juan Hernández Luna (Samuel Ramos, su filosofar sobre lo mexicano, 1956), Raúl Arreola Cortés (Samuel Ramos: la

pasión por la cultura, 1997), Francisco Larroyo (Prólogo a las obras completas de Samuel Ramos, 1979), entre otros.

De los tres autores que pretende abordar esta investigación, la obra de Octavio Paz (1914-1998) ha sido por mucho, la más estudiada y analizada en los últimos treinta años. Se han elaborado numerosos trabajos de investigación, principalmente desde el campo de la literatura, donde se analiza su obra poética, su narrativa y su obra ensayística, *El Arco y la lira*, y *El laberinto de la soledad*, son sus ensayos más analizados. Por citar un ejemplo, de las treinta tesis que se produjeron sobre su obra entre el año 1999 y 2019 en la Universidad Nacional Autónoma de México, solo dos fueron elaboradas desde el campo de la historia. En otros centros académicos, la situación es similar. No obstante, la relación de la obra de Paz con la historia, ha sido un tema que pocos profesionales de esta disciplina se han interesado por abordar en las últimas décadas.

El mismo Paz en la selección de sus obras completas para el FCE, dedica dos tomos a la relación de su obra con la historia. *La casa de la presencia Poesía e historia*, volumen 1 de sus obras completas, y *El peregrino en su patria*, volumen 5 de sus obras completas. Artículos como “Octavio Paz: Poesía e Historia” (Earle: 1992). “*Postdata de Octavio Paz: la historia como morfología*” (Islas: 2013); son trabajos de investigación en los que se profundiza sobre la relación de la obra poética de Paz con mitos y procesos históricos presentes a lo largo de su producción literaria. De los trabajos más recientes que se han realizado sobre la obra de Paz, desde una perspectiva histórica, los de David Brading, y Javier Rico, resultan fundamentales para esta investigación. Estos historiadores realizan un análisis sobre la relevancia del papel de la historia en la obra *El laberinto de la soledad*.

Octavio Paz y la poética de la historia mexicana (2002), escrito por David Brading como parte del coloquio por el 50 aniversario de la publicación de *El Laberinto de la soledad*, se acerca a la obra Paz desde una mirada histórica; reconoce en la obra del poeta, una perspectiva histórica, permeada del rigor propio del oficio del historiador y la imaginación del literato. Hace hincapié en su estilo poético, y al mismo tiempo realiza una crítica al exceso épico en la narrativa histórica

de Paz. Una narrativa cargada de juicios y emociones, que como menciona Brading le ha valido una serie de críticas por una gran parte del gremio de historiadores que ven en la obra de Paz un ejercicio ensayístico alejado de la historia.

Para David Brading, el contexto histórico, cultural e ideológico de las primeras décadas del siglo XX en México, en las que Paz nace y crece, fue fundamental para la constitución de su formación intelectual, e influyó sin duda en la redacción de *El laberinto de la soledad*. Esta obra de Paz, formará parte de una serie de textos que intentan dar respuesta al ser del mexicano, tradición intelectual que tiene su origen, según el autor, en Vasconcelos, pasando posteriormente por otros intelectuales entre los que destaca Samuel Ramos con su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*.

Para Paz, la historia de México era una “búsqueda de nosotros mismos, deformados o enmascarados por instituciones extrañas, y de una forma que nos exprese” (Brading, 2002: 67). Para el autor de *El laberinto de la soledad*, toda la historia mexicana no formaba más que un episodio en la historia del mundo –nos dice Brading- “esto es, que todas sus ideas y sus instituciones eran herencia de Europa. ¿En qué otra cosa consistía su historia cultural sino en la recepción y aplicación de las formas universales de la Contrarreforma, el racionalismo, el positivismo y el socialismo? ¿Qué era la mexicanidad sino una manera de no ser nosotros mismos, es decir una mera máscara o un proyecto?” (2002: 68). En su obra, Paz niega el valor de la doctrina nacionalista que intentaba construir un carácter nacional ensimismado, y en su lugar, ahonda en las reflexiones de la soledad universal. “Hoy en día, todas las naciones comparten el mismo destino y, como una variedad de la condición universal, los mexicanos lo único que pueden hacer es afirmar su humanidad en común” (Brading, 2002: 69)

Finalmente, para Brading el texto de Paz está sustentado en una lógica metahistórica que debe gran parte de su concepción al romanticismo alemán del siglo XIX, y define al ensayo de Paz como una versión mexicana de los *Discursos sobre la nación alemana* de Fichte. Aunque, aclara que el poeta “lo escribió para liberarse a sí mismo y a sus compatriotas del tieso nacionalismo superficial de los

años cuarenta del siglo XX, aun así, era muy fuerte su identificación con el país, la historia y la gente como para asumir un cosmopolitismo abstracto. México para Paz, era parte integral de la civilización occidental, y la única forma de ser plenamente mexicano era abrazando los valores universales y aplicarlos a México, si bien siempre conscientes del rejuego entre la historia y la filosofía” (Brading, 202: 100).

Para Javier Rico en “La historia y el laberinto. Hacia una estética del devenir en Octavio Paz” (2014) y en “Octavio Paz y las metáforas de la historia” (2015), Paz cuenta con una visión propia de la historia, además de un lenguaje poético, cargado de analogías y metáforas, mediante las cuales hace visible al lector imágenes del pasado que de otra forma le serían veladas. Al margen de las reflexiones sobre la identidad y la política, Rico encuentra en la obra de Paz reflexiones que versan sobre una concepción de la historia. La narrativa histórica de Paz, es para Rico, una poética de la historia, en la que las cosas no se cuentan como son, sino como deberían ser esencialmente.

En su tesis doctoral, *Poesía e historia en El laberinto de la soledad*. Javier Rico parte de la premisa que *El laberinto de la soledad* es un ensayo de interpretación histórica, y como tal, esta obra tiene un valor historiográfico. “No se puede olvidar –escribe el autor- que, en primera instancia, se trata de un texto escrito por un poeta y no por un historiador, condición que abre la posibilidad de abordar la relación entre los discursos poético e histórico, pues en ella parece radicar el sustrato historiográfico del texto” (Rico, 2006: 17).

La construcción de una narrativa histórica está ligada al presente de quien escribe, además, influyen en este proceso, el contexto ideológico y vivencial de quien se encarga de construirla. La experiencia de vida de Paz, así como su formación intelectual son fundamentales para la redacción de *El laberinto de la soledad*, un texto en el que el poeta plasma su Sentido histórico. El interés del poeta por la historia, no es algo casual, ni obedece, como explica Rico, a un momento de nostalgia del autor, por el contrario “Octavio Paz dedicaría buena parte de su producción en prosa a ampliar y profundizar sus reflexiones en torno a la historia; en ocasiones, como parte ineludible de sus cavilaciones sobre la política, el arte, la

literatura y el pensamiento (Rico, 2006: 27). Rico aborda, en el tercer capítulo de su tesis, un análisis de la producción de Paz entre los años 1931 y 1943.

Para Rico, existen al menos tres líneas de reflexión histórica que vinculan *El laberinto de la soledad* con la historiografía de México:

La primera es la de un secular interés en la descripción de los rasgos del mexicano, prolongación de una inquietud ya visible en relatos de viajes como el de Cristóbal Colón, que inicia una larga lista de intentos europeos para construir la imagen del otro”. La segunda [...] es el tema de la correspondencia entre las ideas o las formas y la realidad. La tercera línea, muy vinculada a la anterior, se ubica en el tema de la autenticidad histórica. *El laberinto de la soledad* muestra una resonancia, que Paz recoge a través de Antonio Caso, del sociólogo francés Jean-Gabriel de Tarde, quien había desarrollado, hacia 1875, una de las ideas básicas de su filosofía social: la secuencia de fases de invención–imitación y conflicto–adaptación, sugeridos por la filosofía alemana del siglo XIX (Hegel en particular) como un proceso que se hallaba a la base del desarrollo social (Rico, 2006: 141-146).

A manera de tesis final, Rico menciona que, así como el romanticismo decimonónico había comenzado con una estetización de la realidad en *El laberinto de la soledad*, Paz elaboraba una estética de la historia. A este respecto, continua.

La constante fundamental en el ensayo es el vínculo de historia, creación y expresión. Más que a través de la sucesión lineal de acontecimientos –o en forma paralela a ella–, la historia se realiza como un proceso creativo de formas. Formas de hacer y producir, de organización social y política; de relacionarse con el mundo, con el otro, con el trasmundo y consigo mismo; en síntesis, con todo cuanto abarca el concepto de cultura. [...] La historia–creación que fluye por *El laberinto de la soledad* no es ajena a las concepciones de la historia de Vico, Hegel, Marx, Toynbee y Cassirer. Pero toda creación–producción es expresiva, simbólica. La creación de formas que expresan al ser (o a su realidad) se convierte así en el motor de la historia; si bien aquello que genera el movimiento es también su contenido: por eso el hombre no tiene historia, es historia; por eso el carácter explica la historia, sólo en la medida que la historia explica al carácter (Rico, 2006: 188).

El último párrafo de la tesis de Rico da respuesta a los cuestionamientos de la historia tradicional que miran con recelo esta obra de Paz, y la conciben por sus características, carente de Sentido histórico. *El laberinto de la soledad*, escribe Rico, “no ocupa un lugar en la historiografía por el hallazgo e interpretación de documentos, ni por el registro o sistematización de datos empíricos sobre algún proceso y, menos aún, por el detalle y la precisión en el relato de acontecimientos.

Por su propia composición, sus valores tienen que ver con aquello que sugiere: una forma de ver para imaginar y pensar la realidad histórica. Y, continúa el historiador mexicano, la historiografía, dice la tradición, se ocupa de hechos particulares e irrepetibles en su singularidad histórica: ahí donde un historiador busca una definición precisa y unívoca que caracterice a los hechos históricos, Paz invita a constatar la dualidad de sentido o doble significación que aquellos ofrecen. Donde algún historiador se afana en encontrar cortes y rupturas para establecer periodos históricos diferenciados, Paz convoca a captar el juego de rupturas y continuidades que da lugar al fenómeno de la superposición de épocas o de tiempos históricos. A contracorriente de la especialización, *El laberinto de la soledad* conjuga agudeza intelectual e intuición poética para formar un calidoscopio que ofrece una representación del devenir compuesta de múltiples imágenes y relaciones que hacen patente su historiograficidad” (Rico, 2006: 190).

Para realizar el análisis del Sentido histórico en *El laberinto de la soledad*, me apoyaré en los trabajos que han realizado estudiosos sobre la vida y primeras obras de Paz, como Guillermo Sheridan (*Poeta con paisaje*, 2015), Enrique Krauze (*El poeta y la Revolución*, 2014), Christopher Domínguez Michael (*Octavio Paz en su siglo*, 2014), Javier Rico Moreno (*Poesía e historia en El laberinto de la soledad*, 2006), entre otros.

Después de una revisión historiográfica sobre las obras de estos tres autores, se puede apreciar que sus obras han sido abordadas muy poco desde el campo de la historia, existen estudios de las obras desde la literatura, la filosofía, la sociología, pero pocos han sido los historiadores que han reflexionado sobre estas obras. Una de las razones de lo anterior, puede ser porque se les ha categorizado como ensayos que versan entre lo filosófico, psicológico y cultural. Sin embargo, las tres obras contienen en parte de su estructura, una narrativa histórica que las dota de Sentido histórico.

Salvo el trabajo de David Brading: *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana* (2002), y sobre todo, la tesis doctoral de Javier Rico: *Poesía e historia en El laberinto de la soledad* (2006) (ambos textos sobre la obra de Paz), en su conjunto

las obras de estos tres autores no han sido abordadas con regularidad desde el campo de la historia. En las últimas décadas, existe un vacío evidente al menos en lo que respecta al análisis del Sentido histórico que se encuentra presente en las obras de estos tres autores. Con respecto a la metodología planteada por Jörn Rüsen, no existen trabajos de investigación que aborden el Sentido histórico en la construcción del discurso nacional mexicano en el siglo XX, en el que Vasconcelos, Ramos, y Paz participaron activamente.

III

Como se ha mencionado, esta investigación está sustentada en el marco teórico desarrollado por el historiador alemán, Jörn Rüsen, principalmente en las cuatro operaciones mentales que, de acuerdo con este teórico de la historia, constituyen el proceso de la construcción de *Sentido* histórico: *perspectiva, interpretación, orientación, y motivación*.

Para el autor de *Tiempo en ruptura*, el *Sentido*, es un “conjunto de criterios superiores que rigen la orientación cultural de la acción y del sufrimiento en los procesos de la vida humana” (Rüsen, 2013: 42). Por cultura, el autor entiende una parte de los procesos de la vida humana que se distinguen de otros (economía, política, sociedad), este proceso es fundamental porque permite el acceso a las experiencias. La cultura es la forma mediante la cual el hombre explica la relación que existe entre su conciencia (forma de pensamiento, ideología) con el mundo. Esta interacción entre la conciencia y el mundo produce una interpretación de este último, mediante la experiencia, la cual se hace evidente a través de una producción simbólica, y permite “que el mundo pueda aparecer como mundo y ser vivido como tal” (Rüsen, 2013: 42).

Para comprender el proceso mediante el cual se construye el Sentido, Rüsen plantea la necesidad de tener en cuenta las cuatro operaciones mentales que lo constituyen.

1. **Percepción**, mediante la que se genera una aprehensión del mundo a través de los sentidos.
2. **Interpretación**, a través de estas percepciones se explica el mundo y se hace posible su comunicación.
3. **Orientación**, en la cual las percepciones interpretadas, adquieren una intencionalidad por parte de quien las construye y las dirige hacia un punto en específico.
4. **Motivación**, las interpretaciones orientadoras construidas mediante intenciones determinadas que desempeñan la función de la direccionalidad con respecto a los intereses y las necesidades de quien construye el discurso.

El Sentido se construye desde el presente, con una perspectiva personal y subjetiva que simboliza y comunica una interpretación de la realidad, interpretación de quien elabora el discurso, la cual está condicionada por el contexto de éste. La narración histórica permite a las sociedades entender al mundo y entenderse dentro del mundo desde su subjetividad y su experiencia. De esta forma, el Sentido histórico en el discurso sobre la identidad el mexicano y su cultura en la primera mitad del siglo XX, en las tres obras que pretendo analizar en mi investigación, se fundamenta en los tres pilares sobre los que de acuerdo con Rüsen, se construye la narrativa histórica:

1. **El contenido**, los hechos del pasado que se traen al presente y se resignifican simbólicamente.
2. **La forma**, de qué manera se ha construido esta resignificación.
3. La **función**, la intención o motivación que se tiene al momento de construir esta narrativa histórica.

Existe una relación entre los cuatro pilares en los que está fundamentado el proceso de construcción del Sentido, con las bases en las que se sustenta la narrativa histórica. El sujeto que construye una narrativa histórica está condicionado

(no siempre de manera consciente) por su contexto, sus intereses personales, su formación, y su ideología al construir un discurso. El contenido de esta narrativa, depende de la percepción, selección e interpretación que el sujeto hace del particular que éste aborde. Además, en el sujeto que construye discurso histórico existe una motivación que lo lleva construir dicho discurso, el cual tiene una intención que pretende ser funcional en determinado contexto. De igual forma, la manera en cómo se construye la narrativa histórica, se relaciona directamente con la forma en que el sujeto que escribe, percibe e interpreta la realidad y los hechos históricos que son de su interés.

En su cotidiana interacción con el mundo, el hombre se encuentra en una constante interpretación de la realidad en la que está inmerso. El hombre percibe a través de los sentidos aquello que lo rodea, y predeterminado por la ideología en la que se ha formado, no le basta solo con percibir, se ve en la irremediable necesidad de interpretar, de sistematizar la representación de su entorno en símbolos que construyan un discurso en el que pueda comunicar a los otros, la interpretación de su realidad. El hombre vive en el presente, pero entiende que no ha aparecido ahí de la nada, indaga y comprende que antes del día en el que él se encuentra, existieron otros días, otros hechos, otros presentes que desembocaron en ese presente desde donde él interpreta su realidad.

El hombre se pregunta por el pasado (los presentes anteriores), para comprender su presente, y logra verbalizar ese pasado en una narración donde pasado y presente convergen: una narración histórica. *Narrar –escribe Rüsen- es una praxis cultural antropológica universal de la exégesis del tiempo, y la totalidad de pasado hecho presente (una actividad mental que nombramos historia)* (2013: 99). En términos generales, la historia está constituida, para su divulgación, bajo la estructura de un relato, así mismo, al momento de construir un discurso histórico, el pensamiento de quien historiza sigue la lógica de la narración.

Aunque anteriormente desde la historia, se entendía a la narración provista con un modo argumentativo racional, esta interpretación se perdió de vista en favor de la práctica lingüística de la narración como procedimiento de la configuración del

Sentido histórico. Para Rüsen, esto último no representa un problema, pues “el Sentido es más fundamental que la racionalidad; y de este modo puede describirse la racionalidad del pensamiento histórico como un modo de configurar el Sentido, precisamente a través de su integración en la forma comunicativa del pensamiento argumentativo” (2013: 108). Para lograr lo anterior, la narración debe analizarse como parte de las operaciones mentales de la formación de Sentido, al mismo tiempo que debe demostrarse su significado constitutivo para el pensamiento histórico.

Un elemento fundamental que distingue a la narración histórica de otras narrativas, es precisamente su carácter histórico.

Histórico quiere decir que, en relación con la experiencia, se interpreta el pasado por medio de la simbolización específica de una “historia” y que esta interpretación adquiere una función orientadora en la cultura del presente. [...] La especificidad de la narración histórica consiste en que los acontecimientos relacionados de modo narrativo se consideran hechos que sucedieron en el pasado. Adicionalmente, se concibe su relación interna como una concepción del transcurso temporal vinculado con la experiencia que adquiere importancia para el autoentendimiento y la orientación de la acción de los sujetos-narradores (Rüsen, 2013: 108-109).

Rüsen presenta en su obra un par de ejemplos en los que la narrativa histórica es una respuesta a preguntas, que desde el presente se realizan al pasado para intentar comprender la actualidad de quienes cuestionan y plantean la posibilidad de un posible futuro. Estos ejemplos son historias nacionales de origen, las cuales abarcan un tiempo de larga duración. Desde luego, menciona el autor, no es común encontrarse con un tipo puro de este modo narrativo. Por lo regular, nos encontramos con fragmentos de historias, alusiones, fragmentos de recuerdos, estudios de épocas o regiones determinadas (2013: 113). Las obras que serán objeto de estudio en esta investigación, muestran características esenciales y constitutivas de la narración histórica, parte fundamental de su narrativa se remonta a un origen antiguo, algo que perdura en el tiempo con validez en todos los tiempos.

Las tres obras que se estudiarán a lo largo de esta investigación contienen en su estructura Sentido histórico. Con respecto a determinar cuándo un elemento, un símbolo, una imagen, palabras individuales, alusiones, u obras como *La raza cósmica*, *El perfil del hombre en México* o *el Laberinto de la soledad*, contienen en sí mismos Sentido histórico, el historiador alemán menciona que, “son históricos, si el Sentido, adquirido en la situación comunicativa de la practica vivencial humana, únicamente se despliega de modo pleno en forma de una historia en la cual se interpreta el pasado y por medio de esta interpretación, se comprende el presente y se espera el futuro. -Y más adelante complementa-, “una articulación o una manifestación de Sentido son históricas, si el Sentido intencionado se relaciona con un contexto narrable entre pasado y presente (y tendencialmente también, entre ellos y el futuro) y es interpretado de modo que pueda entenderse el presente y esperar el futuro” (Rüsen, 2013: 114).



(Rüsen, 2013: 122)

El historiador alemán propone un paradigma para las ciencias de la historia, representado en su denominada “Matriz disciplinar”. Esta matriz nos permite entender la interrelación entre los elementos teóricos y prácticos que constituyen el proceso de formación del Sentido histórico. Desde luego, como lo menciona el autor,

el hecho de partir de una trama narrativa concreta, no quiere decir que se produzca un Sentido histórico que antes no existía por el hecho de narrar una historia. Toda narración remite a preceptos de Sentido que están presentes *per se*. “El sentido siempre ya está ahí, inscrito en la corporalidad de los narradores y de su público; por supuesto, no existe como sentido histórico, y tampoco de modo que no necesite de ningún esfuerzo de una práctica de formación de sentido” (Rüsen, 2013: 131). El Sentido histórico se construye a partir de intentar dar respuestas a preguntas que surgen de la experiencia de los hombres con su realidad en el presente, y que se remiten al pasado para explicar mediante éste, las condiciones que le permitirán trascender a un futuro.

Además de los principios enunciados por Rüsen, es importante tomar en cuenta los planteamientos teóricos del historiador mexicano Javier Rico Moreno, quien, en su tesis doctoral, *Poesía e historia en El laberinto de la soledad* (2006) teoriza sobre las características presentes en una obra o texto de carácter historiográfico. En términos generales menciona que un texto historiográfico hace mención de un hecho que ha sucedido, y es por esto, una representación de acontecimientos humanos sucedidos en el pasado, que se simbolizan a través del lenguaje escrito y se integran a la narrativa histórica. Es a través de la construcción discursiva del texto historiográfico, que su autor logra expresar su conciencia de la historicidad. Tener esta concepción de la obra historiográfica, concluye Rico, nos da la posibilidad de integrar a la reflexión histórica textos que no necesariamente fueron escritos por historiadores de profesión, pero que están dotados en su narrativa de Sentido histórico.

Vasconcelos, Ramos y Paz, como la gran mayoría de los seres humanos, fueron determinados en mayor o menor medida por los momentos históricos en los que desarrollaron sus vidas. Las obras que se abordan en esta investigación, fueron la síntesis de la interpretación de su realidad en un momento determinado, son, por ende, discursos de interpretación histórica que pretendieron dar respuesta a los cuestionamientos de su época, narrativas en las que se encuentra implícito un

Sentido histórico que se construyó a partir de intentar dar respuesta a las preguntas que resultaron imposibles de evadir en su presente.

IV

Al acercarnos a estas tres obras y encontrar en ellas una narrativa histórica que fundamenta las reflexiones y los planteamientos vertidos por los autores, surgieron un par de preguntas. La primera, ¿por qué durante décadas los historiadores han pasado de largo frente a estos ensayos de carácter histórico? la segunda, ¿existe en las obras de Vasconcelos, Ramos, y Paz, un Sentido histórico que permita a los historiadores incorporar estas obras a la historiografía, desde una perspectiva transdisciplinar el análisis historiográfico?

Estas preguntas detonaron la necesidad de buscar un marco teórico que permitiera acercarnos a estas obras desde la disciplina histórica con la intención de comprobar la existencia en éstas de un Sentido histórico o desechar la idea, y que éstas continuaran al margen del análisis historiográfico. Los planteamientos teóricos sobre la construcción de Sentido histórico del historiador alemán Jörn Rüsen, llevados a la práctica, nos dan la posibilidad de analizar estas obras con la mirada crítica del historiador. Finalmente, con la metodología teórica rüseneana, surgió una última pregunta. ¿A partir de los planteamientos de Rüsen, podemos incorporar al análisis historiográfico, fuentes que se han mantenido bajo el radar de los historiadores ortodoxos?

El objetivo general de esta investigación es analizar a partir de los planteamientos teóricos del historiador alemán Jörn Rüsen, el Sentido histórico presente en tres obras, representantes cada una de ellas de una generación: *La raza cósmica*, publicada por José Vasconcelos en 1925, *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicada por Samuel Ramos en 1934, y finalmente, *El laberinto de la soledad*, publicada por Octavio Paz en 1950.

Se reflexiona en esta tesis sobre la construcción de Sentido histórico en cada obra de manera individual, a partir de diversas fuentes primarias propias de la producción de cada uno de los autores, entre las que se encuentran, textos filosóficos de Vasconcelos, así como el *Ulises Criollo*, una de sus cuatro autobiografías noveladas. Ensayos escritos por Samuel Ramos en los que habla de sus influencias intelectuales y sus reflexiones personales. Ensayos de Octavio Paz sobre la literatura y la historia, así como algunos de sus poemas, los cuales nos permitirán acercarnos a la perspectiva e interpretación de la realidad del autor.

Este trabajo de investigación está dividido en tres capítulos, en cada capítulo se realiza un análisis del Sentido histórico presente en las obras de Vasconcelos, Ramos y Paz, respectivamente. Como ya se ha mencionado, el Sentido histórico está sustentado sobre cuatro operaciones mentales: *percepción, interpretación, orientación y motivación*. La estructura de cada capítulo, tiene como intención llevar a la práctica los postulados teóricos del filósofo alemán Jörn Rüsen sobre la construcción del Sentido histórico en cada obra de manera individual. En el capítulo 1 se analiza la construcción del Sentido histórico en el texto *La raza cósmica*, de José Vasconcelos. En el capítulo 2 se analiza la construcción del Sentido histórico en el texto *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos. En el capítulo 3, se analiza la construcción del Sentido histórico en el texto *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz.

La estructura de los tres capítulos es similar y obedece a los planteamientos teóricos sobre *percepción, interpretación, orientación y motivación*, que constituye la construcción de Sentido histórico en una obra. Para desarrollar esta investigación, se consideró trascendente realizar en primer lugar, un recuento biográfico, enfocado principalmente en la formación intelectual y académica de los tres autores, considerando el contexto social, la influencia familiar, las anécdotas de sus primeros años, los libros a los que tuvieron acceso desde temprana edad, las escuelas a las que asistieron, así como sus amigos y compañeros de juventud. Se profundizó en el tema de la formación académica y también la autodidacta, pues esto fue fundamental en el proceso de maduración de su intelecto e influyó directamente en

las reflexiones y los trabajos que antecedieron a las obras que analizamos en esta investigación. Finalmente, en el apartado final de cada capítulo se realiza un análisis de cómo los elementos antes mencionados confluyeron y fueron determinantes al momento en que los autores en cuestión, construyeron sus discursos y los dotaron de Sentido histórico.

Por último, cabe aclarar que, hasta el momento de comenzar a redactar este trabajo de investigación, no encontré en mi rastreo bibliográfico obras que llevaran a la práctica historiográfica los planteamientos teóricos de Rüsen sobre la construcción de Sentido histórico, presentes en su obra *Tiempo en ruptura*, razón por la cual, me vi en la necesidad de interpretar sus postulados teóricos y llevarlos a la práctica en la estructura que compone cada capítulo de esta investigación: 1. Biografía, 2. Formación académica. 3. Influencias y obras. 4. La obra en particular. Estructura metodológica que nos acerca al contexto que compone las cuatro operaciones mentales de un autor que dota de Sentido histórico a su obra. Esta estructura es desde luego, una interpretación personal que intenta ser rigurosa en su análisis histórico, y que está sujeta a futuras revisiones para ampliar su eficacia y practicidad en el análisis historiográfico a partir de los planteamientos rüseneanos.

CAPÍTULO 1 POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU: JOSÉ VASCONCELOS

1.1 Miedos y rencores del pasado

Escribe el filósofo español José Ortega y Gasset que *las ideas se tienen, pero en las creencias se está*.² Y es que, por más que un pensador tenga las ideas más originales de su tiempo, éstas intentarán dar solución a problemas o preguntas del presente en el que son concebidas. Con regularidad, los hombres están condicionados por sus circunstancias, como escribió el filósofo español en la primera mitad del siglo XX. Las circunstancias no son instantes esporádicos, ni son resultado de un azar-objetivo, éstas, son el resultado de procesos de diversa índole (política, social, cultural, económica, entre otros.) en las que los actores sociales se encuentran involucrados. Las circunstancias están determinadas por las creencias³ de una sociedad. El individuo, se encuentra en las creencias de la sociedad en la que se desarrolla, su percepción y su interpretación de la realidad están determinadas por éstas. Es común que las ideas que surgen en las mentes de los hombres, se encuentren condicionadas por las creencias en las que viven inmersos; estas ideas surgen para dar respuesta a las preguntas que los individuos formulan al cuestionar su realidad, y de esta forma dotarla de Sentido.

Para comprender el Sentido de un discurso construido por uno o varios individuos, no basta con realizar un análisis particular del discurso en cuestión, es necesario conocer el contexto histórico en el que se ha construido, y de ser posible, la intención con la que ha sido hecho, pero, además, es fundamental conocer quien o quienes lo han construido; las circunstancias que han determinado la vida y el pensamiento de los autores, su formación académica, sus influencias intelectuales, el entorno familiar y geográfico en el que se han desarrollado hasta el momento de generar este discurso.

² Ortega y Gasset, José. Creer y pensar. Recuperado de https://www.elespanol.com/como/normas-apa-citar-pagina-web/402710424_0.amp.html [29 de agosto de 2021]

³ Formas de entender la realidad en la que se vive y que tienen variaciones pequeñas o radicales en diversos momentos del proceso humano.

Siguiendo la propuesta teórico-metodológica del historiador alemán Jörn Rüsen, para comprender el Sentido histórico de una obra, es importante realizar un análisis profundo del contenido, la forma y la función de la misma, pero, además, es fundamental conocer a su autor hasta el momento en el que pone el punto final a dicha la obra. En el marco conceptual rüseneano, el Sentido se construye a partir de cuatro operaciones mentales: *percepción*, *interpretación*, *orientación* y *motivación*. Siguiendo lo anterior, podemos decir que, indagar sobre el Sentido histórico en *La raza cósmica*, es indagar en la historia personal e intelectual de su autor: José Vasconcelos; conocer el contexto en el que éste se desarrolló, para intentar comprender las preguntas de su presente, las cuales le llevaron a concebir una de sus obras fundamentales. En el caso del autor de *La raza cósmica*, es necesario acotar la temporalidad que abarcaremos para esta investigación y que va desde su nacimiento en 1882 hasta 1925 con la publicación de la obra que vamos a analizar.

Vasconcelos nació en la ciudad de Oaxaca el 27 de febrero de 1882, pero a muy temprana edad, su familia mudó su residencia a la frontera norte del país que colinda con Estados Unidos, debido al trabajo de su padre, un empleado aduanal. Sásabe, Sonora y Piedras Negras, Coahuila, serán los lugares en los que el pequeño Vasconcelos pasará su infancia. Será en la convulsionada frontera entre México y los Estados Unidos de América en la que tendrá sus primeras experiencias de vida y las que serán parte fundamental de su personalidad. Como escribe José Joaquín Blanco, “Vasconcelos confirió a este ambiente la formación decisiva de su personalidad: la contradicción entre el Norte violento y el criollo, y el Sur del indígena sometido a una variación del conflicto latinoamericano entre civilización y barbarie” (2013: 13).

Vivir en la línea divisoria entre dos países que apenas unas décadas antes habían estado enfrascados en un fuerte conflicto bélico y territorial, fue una circunstancia que marcó la niñez de Vasconcelos, como relata en el *Ulises Criollo* le tocó vivir en carne propia la voracidad aún latente de los Estados Unidos:

No sé cuánto tiempo estuvimos en aquel paraje; únicamente recuerdo el motivo de nuestra salida de allí. Fue un extraño amanecer. Desde nuestras camas, a través de la ventana abierta, vimos sobre una ondulación del terreno próximo un grupo extranjero de uniforme azul claro. Sobre la tienda que levantaron flotaba la bandera de las barras y las estrellas. De sus pliegues fluía un propósito hostil. Vagamente supe que los recién llegados pertenecían a la comisión norteamericana de límites. Habían decidido que nuestro campamento, con su noria, caían bajo la jurisdicción yankee, y nos echaban: "Tenemos que irnos" -exclamaban los nuestros "Y lo peor -añadían- es que no hay en las cercanías una sola noria; será menester internarse hasta encontrar agua." Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar dónde establecernos, fundar un pueblo nuevo.

Los hombres de uniforme azul no se acercaron a hablarnos; reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó; pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban; en su pequeño campamento fumaban, esperaban con la serenidad del poderoso (2017: 8).

Al conflicto de los mexicanos con los estadounidenses, se sumaban en este territorio los constantes asaltos de los apaches, eventos que el autor relata en sus memorias noveladas en el *Ulises Criollo*. Alejado de las grandes ciudades del centro de México y de las grandes haciendas porfiristas, la frontera y el trabajo de su padre en la aduana se convirtieron para Vasconcelos en los límites de una patria imaginada, el último reducto de una nación cuyo centro se encontraba en la lejana capital, aún desconocida para él.

A falta de escuelas en el lado mexicano de la frontera, Ignacio Vasconcelos y Carmen Calderón, inscriben a José en un instituto en *Eagle Pass* para realizar sus estudios primarios; cada mañana el niño cruzaba el puente que unía y separaba ambos países, para asistir a clases. Pronto, los conflictos políticos e históricos aún recientes en la memoria de los habitantes de ambas fronteras, calaron en el pensamiento de los niños⁴, y el pequeño José, tuvo que defender "su patria" con los

⁴ La ecuanimidad de la profesora se hacía patente en las disputas que originaba la historia de Texas... Los mexicanos del curso no éramos muchos, pero sí resueltos. La independencia de Texas y la guerra del cuarenta y siete dividían la clase en campos rivales. Al hablar de mexicanos incluyo a muchos que aun viviendo en Texas y teniendo sus padres la ciudadanía, hacían causa común conmigo por razones de sangre. Y si no hubiesen querido era lo mismo, porque los *yankees* los mantienen clasificados. Mexicanos completos no íbamos allí sino por excepción. Durante varios años fui el único permanente. Los temas de clase se discutían democráticamente, limitándose la maestra a dirigir los debates. Constantemente se recordaba El Álamo, la matanza azteca consumada por Santa Anna, en prisioneros de guerra. Nunca me creí obligado a presentar excusas; la patria mexicana debe condenar también la traición miliciana de nuestros generales, asesinos que se

puños. “El diario choque sentimental de la escuela del otro lado me producía fiebres patrióticas y marciales. Me pasaba horas frente al mapa recorriendo con la mente los caminos por donde un ejército mexicano, por mí dirigido, llegaría alguna vez hasta Washington para vengar la afrenta del cuarenta y siete y reconquistar lo perdido” (Vasconcelos, 2017: 33). Podemos encontrar en estas vivencias de su infancia en el norte del país, la génesis de la animadversión por indios y anglosajones que estaría presente a lo largo de su obra y que se haría plausible en *La raza cósmica*.

Pero no sería la frontera noreste del país la única que marcaría los primeros años del autor del *Ulises Criollo*. “En 1897, Ignacio Vasconcelos recibió el nombramiento de contador o segundo jefe de la Aduana de Campeche, y la familia emprendió el viaje al Sureste” mexicano (Blanco, 2013: 27). Campeche era diametralmente opuesto en su geografía a las regiones del norte en las que Vasconcelos había crecido, de esto da cuenta puntual en el *Ulises criollo*, sin embargo, lo que no le resultó tan distinto fue la percepción que tuvo de las comunidades originarias de la región, para él, las masas, como se refería a éstas, representaban la barbarie, el salvajismo natural simbolizado por la selva que imponente amenazaba con tragarse las frágiles ciudades, estas comunidades “arruinaron, resquebrajaron y arrancaron de raíz el proyecto de nación liberal que las clases medias porfirianas querían cumplir, devolviendo el territorio a la prehistoria de tribus caníbales, presas inminentes de los Estados Unidos” (Blanco, 2013: 29). Pero ese no sería el único problema al que su sentimiento patriótico se vería enfrentado durante sus primeros años, los habitantes de Campeche, más colonos que ciudadanos, se encontraban alejados de la capital, no solo en lo geográfico, también cultural e ideológicamente. Para los campechanos, que no

emboscan en batalla y después se ensañan con los vencidos. Pero cuando se afirmaba en clase que cien yankees podían hacer correr a mil mexicanos, yo me levantaba a decir:

-Eso no es cierto.

Y peor me irritaba si al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía:

-*Mexicans are a semi-civilized people*. En mi hogar se afirmaba, al contrario, que los yankees eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir:

-Tuvimos imprenta antes que vosotros. Intervenía la maestra aplacándonos y diciendo:

-*But look at Joe, he is a mexican, isn't he civilized?, isn't he a gentleman?* (Vasconcelos, 2017: 26).

mexicanos⁵, el joven Vasconcelos era un “gaucho”, un arribeño de la meseta, casi al grado de un extranjero, extraño a esas tierras.

La fiesta nacional era para ellos el aniversario de su separación de Yucatán. La fiesta del quince de septiembre era la fiesta de los mexicanos. El Estado de Campeche tenía su bandera que se desplegaba en las solemnidades, al lado de la tricolor nacional. Irritado mi patriotismo agresivo, pasaba a imperialista: Si era necesario, por la fuerza retendríamos a Campeche (Vasconcelos, 2017: 86-87).

Mientras la familia Vasconcelos vivía en Campeche, se desató el conflicto entre España y Estados Unidos por la independencia de Cuba⁶, este proceso trajo de vuelta sobre la mente del joven José, la sombra del intervencionismo estadounidense que se posó sobre su pensamiento. En sus reflexiones si los estadounidenses lograban hacerse de la Isla de Cuba, qué les impediría llegar a las costas de Campeche, además, con una sociedad que no se sentía mexicana, no sería difícil para ellos. En las mentes de los niños se proyectaba el pensamiento de los adultos. Así, el joven Vasconcelos, temeroso de que sucediera lo mismo que en Texas, que con el pretexto de su independencia se había vuelto norteamericana, se

⁵ “Campeche se mantenía apartado de las reformas confusas de la capital. No padecía el lastre de la masa proletaria que se vuelve instrumento de los demagogos, ni la plaga del niño rico. Los propietarios territoriales mandaban a sus hijos a Europa, y el alumnado de criollos modestos alternaba con los hijos de los empleados de la Federación, de los pequeños armadores y capitanes de barcos o comerciantes en pequeño. Los artesanos dueños de taller y no asalariados convivían en términos de cordialidad con las otras clases. Problemas de raza tampoco los había, porque aparte los marineros y los labradores de raza indígena, los habitantes blancos jamás hallaron contacto con el negro. Raro era el campechano de clase media que no hubiera viajado a Mérida y México y a la Habana o Nueva Orleans. En la única librería del puerto se vendía *L'Illustration*, de Paris, junto con las novelas de Daudet, Hugo, Lamartine. Y los hombres no se clasificaban, como en la meseta envenenada, en dos bandos irreconciliables, liberales y reaccionarios, católicos y ateos, sino que convivían culta y despreocupadamente los escépticos y el obispo, los crapulosos y los austeros. (Vasconcelos, 2017: 86-87).

⁶ El 24 de febrero de 1895 la mayor parte de los habitantes de Cuba no deseaba una guerra de independencia, porque se acababa de votar en el parlamento de Madrid por reformas liberalizantes para la isla. La reacción del gobierno de Antonio Cánovas del Castillo a la insurrección iniciada en Cuba en esa fecha fue no implementar las reformas y tratar a todos los cubanos como insurrectos. En 1896 Cánovas envió al general Weyler a Cuba, quien logró frenar el avance de los insurrectos, pero la reconcentración de los campesinos en centros urbanos que este decretó para privar de su apoyo a los insurrectos causó miles de muertes por hambre y enfermedad y en los Estados Unidos la opinión pública comenzó a favorecer la intervención en Cuba, acción aconsejada por expansionistas como el Cónsul General de los Estados Unidos en La Habana, Fitzhugh Lee. La guerra comenzada en 1895 para la independencia de Cuba tuvo como consecuencias la guerra de los Estados Unidos con España y su transformación en una potencia global al apropiarse de las colonias españolas en Asia y América en 1898 (Tarrago, 2009: 215).

organizaba con algunos compañeros en el bando de “los españoles” y se enfrentaban a palos y pedradas contra el nutrido bando de “los cubanos”.

Desde luego, el temor de Vasconcelos no era infundado, en la península de Yucatán “se temía que los Estados Unidos no se conformaran con las islas del Caribe y se la anexaran también, como a Texas”. De hecho, en plena invasión norteamericana “Justo Sierra O'Reilly había propuesto a Washington que los Estados Unidos se adueñaran de Yucatán para suprimir la rebelión de los mayas (Blanco, 2013: 28). Estos miedos y rencores contra los estadounidenses y los pueblos originarios, desde el nacionalismo juvenil de Vasconcelos, lo acompañarían a lo largo de su vida, quedarán plasmados por escrito en obras como *La raza cósmica o Breve historia de México* (1938). En estas obras, Vasconcelos dejará entrever que desde su perspectiva, indios y anglosajones eran un lastre en la consolidación del nacionalismo mexicano.

1.2 El Ateneo y la revolución maderista

Uno de los periodos más significativos en la vida de José Vasconcelos, fue sin lugar a dudas, el periodo de su formación académica en la capital del país. Al salir de Campeche se separó de su familia definitivamente, él se quedó a estudiar en la capital del país, mientras sus padres volvieron a Piedras Negras en donde su madre murió pronto, y poco tiempo después su padre volvió a casarse. El joven Vasconcelos vivió por un breve lapso de tiempo en casa de unos familiares, pero más pronto que tarde se aventuró a la independencia personal. Entre los años de 1899 y 1905 fue estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria⁷ y posteriormente de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

⁷ Los requisitos para el ingreso a la ENP fueron establecidos en el artículo 11 del Reglamento de la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, publicado el 24 de enero de 1868, que a la letra dice Para ingresar a la Escuela Preparatoria se necesita: presentar un certificado de un profesor público de primeras letras de las escuelas nacionales o particulares,

Fue durante estos años cuando desarrolló su carácter. José Joaquín Blanco describe al Vasconcelos de este periodo como un arrogante, aventajado estudiante porfiriano, sibarita, *fin-de-siècle*. Envuelto en la vorágine cultural e intelectual emanada de *La Belle Époque*, el positivismo y el modernismo. Fue durante estos años que embebido en la exaltación juvenil en la que se encendían las discusiones culturales de estudiantes que alrededor de la *Revista Savia Moderna*, conocería los excesos baudelaireanos de la vida bohemia, las prostitutas y las muchachas pobres a quienes los estudiantes hacían por breve y tormentoso tiempo sus amantes (Blanco, 2013: 30).

Este carácter de rebeldía cultural e intelectual de una generación, fue resultado de las circunstancias en las que se educaba en la Escuela Nacional Preparatoria durante este periodo, esta escuela no solo era positivista, como escribe Blanco, era pretoriana "un remedo de cuartel, dirigida por un coronel que comandaba un grupo de prefectos autoritarios" (2013: 30). El control sobre los estudiantes era absoluto, prohibidas las reuniones estudiantiles dentro y en las cercanías de la escuela. Las expresiones artísticas y bohemias eran perseguidas y castigadas. Lo que convirtió a las asambleas en las que se leía poesía y se tenían debates académicos y culturales en actos de resistencia juvenil de quienes en el futuro formarían el llamado Ateneo de la Juventud.

Al terminar los estudios en la Escuela Nacional Preparatoria, Vasconcelos se inscribió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, más por una cuestión práctica y económica, que por una vocación hacía los asuntos de la vida jurídica, habría preferido decantarse por la filosofía, pero la educación positivista en México había eliminado la enseñanza y la profesionalización de ésta, como lo confiesa el *Ulises Criollo*.

Hubiera querido ser oficialmente, formalmente, un filósofo; pero dentro del nuevo régimen comtiano la filosofía estaba excluida: en su lugar figuraba, en el

en que conste que el alumno tiene aptitud en los ramos siguientes: lectura, escritura, elementos de gramática castellana, estilo epistolar, aritmética, sistema métrico-decimal, moral, urbanidad, nociones de derecho constitucional, rudimentos de historia y de geografía, o sujetarse a examen de estas materias (Vargas, 2020).

curriculum, la sociología. Ni siquiera una cátedra de Historia de la Filosofía se había querido conservar. Se libraba guerra a muerte contra la Metafísica. Se toleraba apenas la Lógica y eso conforme a Locke, casi como un capítulo de la Fisiología (2017: 143-144).

Al margen de su formación como abogado, y junto con algunos de sus contemporáneos, continuó estudiando las obras de filósofos a las que tuvo acceso. Una formación autodidacta similar a la que en esa misma época otro intelectual mexicano, Antonio Caso (1883-1946), realizaba con gran rigurosidad, y mientras éste último preparaba sus armas para su obra posterior de demolición del positivismo, el primero elaboraba en sus horas de estudio, cuadros de distintas épocas de pensamiento de “Tales a Spencer, apoyándome en las historias de Fouillé, de Weber y de Windelbandt” (Vasconcelos, 2017: 144). A la edad de 28 años, José Vasconcelos, el futuro filósofo y sociólogo no había cursado jamás clases de esas materias, pues estas comenzaron a impartirse en México hasta el año de 1910 a cargo de improvisados filósofos y sociólogos entre los que se encontraría el propio autor de *La raza cósmica*.

Mientras el joven Vasconcelos combinaba sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia con una vida bohemia y permisiva. Un nutrido grupo de estudiantes, literatos en su mayoría, que se encontraba en la capital del país, se reunía para publicar la revista *Savia Moderna*, publicación que tendría un breve periodo de edición, apenas cinco números mensuales, pero que sería el punto de convergencia de quienes años más tarde conformarían una de las agrupaciones intelectuales más importantes de inicios del siglo XX en México: El Ateneo de la Juventud.

Entre los miembros de la mesa de redacción de *Savia Moderna* que a la postre pasarían a formar parte de la nomenclatura de la República de las Letras Mexicanas, como escribe Susana Quintanilla, se encontraban: Jesús T. Acevedo (1882-1918), Rafael Cabrera (1884-1943), Antonio Caso, Eduardo Colín (1880-1954), Marcelino Dávalos (1871-1923), José Joaquín Gamboa (1878-1931), Nemesio García Naranjo (1883-1962), Ricardo Gómez Robelo (1884-1924), Rafael

López (1873-1943), Manuel de la Parra (1878-1930), Alfonso Reyes (1889-1959), Abel C. Salazar (1878-1925), y el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) quien llegó a la ciudad de México en 1906 y quien casi enseguida tuvo trato con toda la juventud intelectual de la ciudad (2008: 25-44). Vasconcelos no participó en *Savia Moderna*, en ese entonces no era diestro en la creación literaria, ni tampoco un lector riguroso y ordenado, pero era un experto en las veleidades de la vida estudiantil.

Por la mañana tomaba dos o tres horas de clase y pasaba el tiempo restante en la tertulia de los bancos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Durante la tarde hacía visitas aburridas a las casas de compañeros que no tenían ni diez centavos para el café. “Cierta fatiga originada por el mucho estudio de los meses anteriores, la alimentación desordenada e insuficiente y los desvelos, los pequeños excesos sexuales mercenarios y los grandes excesos imaginativo” lo mantenían incapacitado para estudiar algo en serio. Buscaba en el trato humano un alivio al *surmenage*, pero la pobreza sólo le permitía “el contacto con la clase venida a menos, casi miserable”, que pululaba en las zonas pobres de las grandes urbes (Quintanilla, 2008: 33).

La vinculación que de alguna manera tendría con el grupo de los “savios”, sería a través de su compañero de la escuela de jurisprudencia, Antonio Caso, quien al igual que Vasconcelos, tenía un interés profundo en el estudio de la filosofía, ambos estudiantes compartían reflexiones e ideas. Fue entre las discusiones filosóficas con Caso sobre los principios de Baruch Spinoza (1632-1677) que logró precisar el eje temático del tema de su tesis para su examen profesional, la *teoría dinámica del derecho*⁸, cuya temática versaba sobre “las analogías del acto jurídico con el acto voluntario de los psicólogos, con el biológico, con el proceso químico y con el mecánico” (Quintanilla, 2008: 160). Con esta tesis, Vasconcelos logró obtener el título de abogado y posteriormente obtuvo un puesto de funcionario en provincia por un corto tiempo.

Después de la desaparición de *Savia Moderna* en julio de 1906, apenas cuatro meses y cinco números después de su aparición, y liderados por Pedro Henríquez

⁸ Escrita en 1905 aunque se publicó hasta 1907.

Ureña, algunos de los colaboradores de la extinta revista y otros nuevos integrantes continuaron reuniéndose, dictando conferencias y realizando tertulias en las que se comentaban temas artísticos, se escuchaba música o se discutían temas del momento. Existía en estas reuniones una intención que iba más allá del intercambio y la discusión de ideas, además, había una intención de reformar la enseñanza en México, el grupo tenía la intención de integrar el estudio de las humanidades en los planes de estudio de la preparatoria, pues éstas habían sido excluidas de los programas positivistas en las décadas anteriores. Para lograr su objetivo, los jóvenes que conformaban estas reuniones tenían la intención de involucrarse intelectualmente en la dinámica política, social y pedagógica del país.

El año de 1907 fue fundamental para el posicionamiento del grupo encabezado por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, cuando estos decidieron realizar una manifestación pública en contra del poeta Manuel Caballero (1849-1926) quien pretendía revivir la *Revista Azul*, que había dejado de aparecer hacía casi una década, la cual se había editado entre mayo de 1894 y octubre de 1896 en sus primeros años a cargo de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Esta publicación había sido clave para el florecimiento del Modernismo latinoamericano. El problema con la *nueva Revista Azul*, se debió al rumbo que Caballero quiso dar a la publicación, éste decidió dedicar a la remembranza del *Duque Job* (principal seudónimo literario de Gutiérrez Nájera) la cruzada que la *nueva Revista Azul* iba a encabezar para rescatar a la divina poesía de las manos sacrílegas de “una secta de neuróticos que la nombran para insultarla y que poniéndole sobre los hombros vieja púrpura, cetro de caña en la mano y corona de espinas en la frente, pasan delante de ella en danza loca y le lanzan al rostro este saludo irónico: Ave Reina”. - La primera sección de la revista, titulada *Notas de combate*, tenía la intención de funcionar como- “la punta de lanza para herir a los profanadores, que no eran otros sino los modernistas” (Krauze, 2016: 60. Quintanilla, 2008: 50).

El 17 de abril al frente de una manifestación pública que culminó en la Alameda, podía leerse en un estandarte el lema: *POR UN ARTE LIBRE*. Enrique Krauze en su obra *Caudillos culturales en la Revolución mexicana* cita las palabras

de Alfonso Reyes, uno de los manifestantes más álgidos quien siente años más tarde escribiría sobre este acontecimiento: “Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera sido menester (¡oh santas locuras!) a defenderla con los puños” (Reyes en Krauze, 2016: 60-61). Esta protesta literaria habría de ser uno de los momentos de reafirmación de este grupo de jóvenes intelectuales contra las generaciones anteriores que comenzaban a ser rebasadas.

Ese mismo año con el apoyo económico e intelectual del Ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra (1848-1912), los integrantes del grupo impartieron una serie de conferencias que les permitió adquirir cierto prestigio en la capital del país, además, fue el mismo Sierra quien les impulsó a profundizar en las últimas manifestaciones del pensamiento europeo, y tiempo después, permitió su incorporación a la Escuela de Altos Estudios fundada con motivo del centenario de la Independencia, y la refundación de la Universidad Nacional como parte de la misma conmemoración (Krauze, 2016: 61).

Casi por finalizar el año de 1909, el 28 de octubre en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, por iniciativa de Antonio Caso y con el apoyo de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Rafael López, y Jesús T. Acevedo, se fundó el Ateneo de la Juventud, además de los cinco firmantes de la convocatoria asistieron a este acto 31 personas entre las que se encontraba José Vasconcelos. Como menciona Irvin Rodríguez, “el grupo apareció en una época de transición política que a su vez implicó una serie de cambios en todo el ámbito de la cultura” (2021:18). La transformación cultural y académica que pretendía impulsar el Ministro de Instrucción Pública requería de la participación de los jóvenes intelectuales de las élites y la incipiente clase media, sobre éstos recaería la revolución cultural en la que el país habría de aventurarse durante las décadas siguientes.

Una de las primeras actividades públicas que realizaron los integrantes del Ateneo de la Juventud, fue la impartición de una serie de conferencias durante las

fiestas del Centenario⁹, “con la presencia de algunos” Científicos y ministros del gabinete. En una de ellas, José Vasconcelos impugnó brillantemente la filosofía positivista, sin temor a represalias. Cuando la revolución maderista comenzó, el Ateneo apenas iniciaba su labor como una gran Sociedad de Conferencias; el propio “Científico” Pablo Macedo costeó la lujosa edición de esas conferencias del Centenario” (Krauze, 2016: 61).

Pese a pertenecer al grupo del Ateneo, los intereses de Vasconcelos no eran necesariamente los mismos que los de sus compañeros, como escribe Krauze en *Pasión y contemplación en Vasconcelos*, pues la diferencias entre éste y los principales miembros ateneístas, era más que las simpatías, si bien es cierto que existía una estrecha relación entre ellos, la figura de Vasconcelos resultaba indescifrable para sus compañeros.

No intenta el apostolado académico de Caso, el apacible humanismo de Reyes; la estoica sabiduría de Henríquez Ureña, la bohemia de Gómez Robelo. No busca conocer los valores sino, heroicamente, encarnarlos. No publica en ninguna revista literaria y cuando lo hace es para introducir un sistema descabellado, pretencioso, totalizante y original, como su “Teoría dinámica del Derecho”. No imparte cátedras ni ciclos de conferencias. A las platónicas reuniones del Ateneo, presididas para disgusto de Vasconcelos- por un busto del terrenal Goethe, acudía el “zapoteca-asiático”-como le decía Reyes- con los sermones de Buda (Krauze, 1983: 629-630).

En el Ulises Criollo, Vasconcelos habla sobre las diferencias que tiene con los otros ateneístas:

Por mi parte, nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber medio para mayor poderío y, en definitiva, para salvarse, conocer como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio o intermedio, y si toda vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto. [...] Mis colegas leían, citaban, cotejaban por el solo amor del saber, yo egoístamente atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material

⁹ Las conferencias fueron las siguientes: “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos” impartida por Caso; “Los Poemas rústicos de Manuel José Othón” por Reyes; “La obra de José Enrique Rodó”, por Henríquez Ureña; “El pensador mexicano y su tiempo” por Carlos González Peña; “Sor Juana Inés de la Cruz” por José Escofet y “Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas” por José Vasconcelos (Negrete, 2019: 6).

útil para organizar un concepto del ser en su totalidad. Usando de una expresión botánica muy en boga en nuestro medio, tomaba de la cultura únicamente lo que podía contribuir a la eclosión de mi personalidad. Yo mismo era brote inmerso en los elementos y ansioso de florecer. Usaría las raíces, el tallo, las hojas, cuanto pudiese contribuir a la eclosión personal (2017: 231).

Durante el mismo periodo que Vasconcelos estrecha su relación con los intelectuales que a la postre formarían en Ateneo de la Juventud, se acercará también a un incipiente grupo político encabezado por Francisco I. Madero (1873-1913), próspero agricultor coahuilense, quien en diciembre de 1908 había publicado su libro *La sucesión presidencial en 1910*. Cuando el libro salió de la imprenta, Madero se aventuró a la Ciudad de México para repartir algunos de los tres mil ejemplares de la primera edición y discutir las tesis centrales de su obra con quienes accedieran a leerla. Con la certeza de la legitimidad de su causa, visitó distintos lugares en busca de lectores y adeptos, pasó por las casas de sus amigos, oficinas de los principales periódicos, y despachos de algunos funcionarios con los que había mantenido correspondencia desde tiempo atrás. Sin embargo, su poder de convocatoria fue muy poco, lo escucharon apenas unos cuantos, entre ellos el ingeniero Manuel Urquidí. “Él lo conduciría a los altos del *International Bank*, en la calle Isabel la Católica, donde estaba el despacho en el que trabajaba un joven abogado sin motivo propio de queja contra el régimen (tenía casa propia, empleo y un porvenir seguro) pero convencido de la urgencia de un cambio” (Quintanilla, 2007: 181). Después del primer encuentro entre Madero y Vasconcelos, el segundo se vio interesado en acudir a las reuniones en las que “unos cuantos hombres prepararon el advenimiento de una nueva asociación política que daría vuelco a la historia del país” (Quintanilla, 2007: 181).

Pese a que en términos reales podría pensarse que Vasconcelos no tenía razones para unirse al movimiento maderistas apenas en ciernes, era un abogado joven con un trabajo estable en una firma extranjera que le proveía de un buen sueldo, no obstante, decidió aceptar la invitación de Madero de sumarse a su causa debido a dos motivos:

La repugnancia personal por la "cosa podrida y abominable" del porfirismo y la reacción instintiva contra los atropellos. Había por lo menos otros dos: por un lado, el porfirismo no ofrecía espacio de acción para los individualistas, a los veinticinco años Vasconcelos había logrado casi todo lo que podía conseguir en ese estado de cosas: para poder actuar necesitaba un campo con mayores oportunidades liberales. Luego, la clase media creía que, una vez abatida la anarquía decimonónica, se podría realizar finalmente el viejo ideal de nación liberal. Un movimiento como el de Madero le ofrecía ambas cosas (Blanco, 2013: 53).

En mayo de 1909 se fundó en la capital de la república mexicana el Centro Antirreeleccionista de México, entre sus miembros se encontraron: Paulino Martínez y Filomeno Mata (1845-1911), dos veteranos de la prensa independiente que habían sido perseguidos y encarcelados en más de una ocasión por ejercer el oficio periodístico, y algunos profesionistas destacados: Emilio Vázquez Gómez (1858-1926), un abogado de prestigio, y los ingenieros Alfredo Robles Domínguez (1876-1928) y Manuel Urquidí. De sector juvenil había cuatro licenciados, José Vasconcelos, Federico González Garza (1876-1951), Roque Estrada (1883-1966) y Luis Cabrera (1876-1954) (Blanco, 2013: 53. Quintanilla, 2007: 182. Vasconcelos, 2017: 268).

El plan de trabajo del grupo encabezado por Madero se tomó de *La sucesión presidencial en 1910*, al respecto, Vasconcelos escribiría que este plan “consistiría en organizar la ciudadanía en la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente conforme a sus deseos” (2017: 268). El grupo político antirreeleccionista tuvo como una de sus banderas el lema *Sufragio Efectivo y No Reección*, cuya autoría se atribuye al autor de *La raza cósmica*: “lo redacté yo, en oposición al antiguo *Sufragio Libre* y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto” (Vasconcelos, 2017: 268).

Madero no ocupó ningún cargo en el *Centro Antirreeleccionista*, porque su objetivo era recorrer todo el país con la intención de organizar clubes locales que se sumaran a su causa. Por su parte, Vasconcelos se ocupó de organizar mítines, elaborar programas, consignas y editar junto con Felix Palavicini (1881-1952) el periódico maderista *El Anti-rreeleccionista*, el cual se editó a lo largo de seis meses

hasta que fue clausurado por el gobierno el 28 de septiembre de 1909, tomando como pretexto que el periódico había injuriado al primer magistrado de la nación. Ante el rumor de que se arrestaría a todos los colaboradores del periódico, Vasconcelos y González Garza salieron de la Ciudad de México y se refugiaron en la hacienda “El Limón” en San Luis Potosí.

La defensa legal que logró que se retiraran los cargos y las ordenes de aprensión sobre los colaboradores de la revista, estuvo a cargo de Jesús Flores Magón (1871-1930). Por su parte, Madero reprochó a Vasconcelos y González Garza su huida, cuando su presencia era importante en la capital del país para continuar impulsando la campaña. Después de estos sucesos Vasconcelos renunció a su cargo como secretario del Centro Antirreeleccionista y, dispuesto a abandonar el movimiento maderista, se estableció en Nueva York en donde obtuvo un trabajo como traductor, sin embargo, pronto recibió una carta¹⁰ del propio Madero en la que lo instaba a continuar en el movimiento político y revolucionario que para ese momento ya había comenzado. El autor del *Ulises Criollo* fue nombrado por Madero, secretario de Vázquez Gómez, que era agente confidencial del maderismo en Washington. Posteriormente, al volver Vázquez Gómez al país, Vasconcelos permanecería como jefe de la agencia confidencial en Estados Unidos, hasta la renuncia de Díaz (Blanco, 2013: 53-54).

Mientras los principales nombres del Ateneo de la Juventud, como Caso, Reyes o Henríquez mantenían sus reservas con respecto al movimiento maderista y la Revolución, volcando sus reflexiones en aspectos culturales y literarios, la figura de José Vasconcelos fue tomando una mayor relevancia para una gran parte de los miembros del grupo. Esta relevancia adquirió su culmen cuando en noviembre de

¹⁰ Si usted se separa de nuestro partido, va a perder, quizá, la mejor oportunidad que se le presente en su vida de ocupar un puesto distinguido entre sus conciudadanos [...]. En cambio, retirándose [...] se conquistará, usted, cuando mucho, que lo traten con lástima, si no es con desprecio, pues ven que a pesar de haber principiado la campaña con tanto vigor, se desmoralizó con el menor obstáculo con que tropezamos [...]. In dudablemente un elemento intelectual como usted no dejaría de causar cierto hueco en nuestras filas, pero ese hueco sería llenado inmediata mente por alguna otra persona, que aunque no tuviese tan buena pluma como la suya, tendría en cambio, mayor firmeza, virtud indispensable en las contiendas políticas (Citado en Quintanilla, 2007: 191-192).

1911 se realizó el relevo en la dirección del grupo y se eligió a Vasconcelos como el nuevo presidente del Ateneo de la Juventud, lo cual generó fricciones y conflictos dentro del grupo, pues era evidente que la llegada del filósofo a ese cargo, obedecía más a sus relaciones con el maderismo, que a su pobre participación y producción dentro del Ateneo. Sin duda esta apreciación no era incorrecta, pues estando en la presidencia del Ateneo de la Juventud, Vasconcelos estrechó la relación entre el gobierno de Madero y el grupo de intelectuales que sumados al ánimo vasconcelista se adhirieron al proyecto de la Universidad Popular Mexicana¹¹. Otra de las acciones que realizó Vasconcelos y que marcaba una ruptura simbólica con la administración de sus antecesores, fue el cambio de nombre del grupo en 1912, éste, pasó de ser *El Ateneo de la Juventud*, al *Ateneo de México*, un cambio simbólico que intentaba reflejar una madurez intelectual por parte de sus miembros y enfocada a la práctica social del país.

La gestión de Vasconcelos al frente del *Ateneo de México* hizo que este grupo fungiera en cierta forma como un ministerio de cultura extraoficial, y se intentó que, con la *Universidad Popular Mexicana*, se proveyera de educación a los obreros y adultos que tuvieran el interés, mediante la impartición de conferencias y cursos brindados gratuitamente por sus miembros. Pese a la intención de los ateneístas, la Universidad Popular sirvió de muy poco. Sin embargo, ésta fue, como escribe José Joaquín Blanco, “un anticipo del ministerio vasconcelista, organización filantrópica. Pero fundó la mística de la educación para el pueblo, socorrida bandera de los gobiernos posrevolucionarios, y agrupó en un *establishment* nacionalista, presidido por Vasconcelos, a los intelectuales y artista de la época” (2013: 57). Estos fueron los primeros bosquejos del vasconcelismo por construir un nuevo discurso sobre la cultura mexicana, el cual sería, “un movimiento anticolonialista, bolivariano, un poco indigenista [...]. Con ello empezó el mito de Vasconcelos como el Descolonizador,

¹¹ “Los amigos del Ateneo me nombraron su presidente para el primer año maderista, cuya vida económica precaria yo podría aliviar, Además, podría asegurarle cierta atención del nuevo gobierno. Y no volví a llevar trabajos a las sesiones, sino que incorporé a casi todos los miembros del Ateneo al nuevo régimen político nacional, creándose la primera Universidad Popular” (Vasconcelos, 2017: 340-341).

el *Caballero del Alfabeto* (como lo llamaría en 1924 Alfonso Reyes), el apóstol de la cultura mesiánica” (Blanco, 2013: 57).

El asesinato de Francisco I. Madero en la denominada Decena Trágica, puso fin a la relación de Vasconcelos con el gobierno, si bien es cierto que con la llegada de Victoriano Huerta (1850-1916) a la presidencia, se abrió la posibilidad a los miembros del *Ateneo de México* de continuar con sus actividades, algo que un sector del grupo continuó realizando con el apoyo del gobierno de Huerta. Por su parte, Vasconcelos rechazó la invitación de Huerta de sumarse a su gobierno, y se exilió, primero en la Habana, y posteriormente a Washington en donde se puso a las órdenes de Venustiano Carranza (1859-1920) el ex gobernador de Coahuila que encabezaba al *Ejército Constitucionalista* contra Huerta, y quien lo comisionó para trasladarse a Inglaterra como agente confidencial del constitucionalismo para boicotear las finanzas internacionales del gobierno de Huerta. Su empresa fue de poca importancia y menos trascendencia, enfocándose más a asuntos personales y sentimentales, poco tiempo después regresó al país por la frontera con los Estados Unidos de América y ahí se unió a las tropas carrancistas.

Por su parte, el Ateneo que se había fragmentado debido a los conflictos políticos de la Revolución, se desintegró en 1914 con la derrota de Huerta, su población total llegó a ser de cerca de cien miembros, como escribe Krauze:

poetas en su gran mayoría (32 por ciento), pintores (16 por ciento), arquitectos y musicólogos (5 por ciento), tenía escasos ensayistas (tres), pocos filósofos (dos) y apenas un especialista en cuestiones agrarias. Esta heterogeneidad en la planta de la institución no le confirió mayor vitalidad. Con la premura de otras actividades, las políticas, sobre todo, el Ateneo fue cada vez más sólo sus miembros más activos: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso. La única empresa común que el Ateneo intentó en sus años de vida fue la creación de otra institución: la *Universidad Popular Mexicana*, fundada en septiembre de 1912 (Krauze: 2016: 61).

Con el triunfo del constitucionalismo, Vasconcelos fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria, puesto en el que se desempeñó apenas unas semanas y del que fue destituido por negarse a realizar un pronunciamiento en contra de Pancho Villa (1878-1923) y Emiliano Zapata (1879-1919), líderes

revolucionarios que, tras la derrota de Huerta, se encontraban en conflicto con los intereses carrancistas. La renuencia a pronunciarse contra los enemigos de Carranza, le costó a Vasconcelos ir a prisión, no obstante, pudo escapar de ésta y se dirigió a Aguas Calientes, a la Convención. Pese a que no tenía simpatía por la figura de Villa, se unió a las fuerzas villistas. En la Convención de Aguascalientes dio forma jurídica a la voluntad de Villa y Zapata de desconocer a Carranza como presidente de la República, puesto que éste, no había llegado al poder con el apoyo democrático y popular que se concentraba en ese momento de manera mayoritaria en la Convención.

Los líderes revolucionarios de la Convención de Aguascalientes eligieron como Presidente de México al general Eulalio Gutiérrez (1881-1939), quien nombró a Vasconcelos como ministro de Educación Pública de su gobierno. Pero el gobierno de Gutiérrez no tendría la solidez, ni el apoyo necesario para hacer frente a la embestida de Carranza. Tras enemistarse con Villa y Zapata y con la creciente tensión entre las diversas facciones, el gobierno de Eulalio Gutiérrez huyó de la capital rumbo a Saltillo en donde fue perseguido y derrotado para posteriormente pasar al exilio en los Estados Unidos en donde

trataron todavía de recobrar el poder apelando a la instancia mayor: Vasconcelos pidió en vano a Washington que reconociera al gobierno vencido; en octubre de 1915 perdió sus esperanzas y se retiró a la vida privada, pues el gobierno norteamericano reconoció a Carranza. Una compañía norteamericana le dio empleo, *The International Correspondence Schools, de Seraton*, Pennsylvania, como director de su sucursal en el Perú (Blanco, 2013: 66).

El exilio permitiría a Vasconcelos consolidar la parte intelectual que no logró desarrollar durante sus años en el Ateneo. En el año de 1916 publicó dos de sus primeras obras: *Pitágoras, una teoría del ritmo*, y *Prometeo vencedor*. Dos años después publicó *El monismo estético*, y finalmente en 1920 publicó *Estudios indostánicos*. En general estas obras carecían del rigor del positivismo, determinismo, cientificismo, y excluían también las causas económicas y sociales como motores históricos, dejando en su lugar al centro de la reflexión a la filosofía y a la historia del arte.

El exilio del autor del *Ulises Criollo* se prolongará hasta el triunfo de Álvaro Obregón (1880-1928) sobre el carrancismo en 1920, poco después, Vasconcelos será nombrado por el presidente interino Adolfo de la Huerta (1881-1955) como rector de la Universidad Nacional. Incendiario como era, Vasconcelos habla en su primer discurso como rector de la necesidad de una revolución del conocimiento que tendrá a la universidad como punta de lanza y la cual estará al servicio del pueblo:

Yo soy en estos instantes, más que un rector que sucede a los anteriores, un delegado de la Revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitaros a que salgáis con él a la lucha, a que compartáis con nosotros las responsabilidades y esfuerzos. En estos momentos yo no vengo a trabajar por la Universidad, sino a pedir a la Universidad que trabaje por el pueblo. [...] Organicemos entonces el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores. Y no descansemos hasta haber logrado que las jóvenes abnegadas, que los hombres cultos, que los héroes todos de nuestra raza se dediquen a servir a los intereses de los desvalidos y se pongan a vivir entre ellos para enseñarles hábitos de trabajo, hábitos de aseo, veneración por la virtud, gusto por la belleza y esperanza en sus propias almas. Ojalá que esta Universidad pueda alcanzar la gloria de ser la iniciadora de esta enorme obra de redención nacional (Citado en Tibol, 1984: 663).

Durante la primera mitad de la década de 1920, Vasconcelos fue una de las figura más representativa de la cultura y la educación en México, no solo fue nombrado Rector de la Universidad, también tuvo el puesto de director en el Departamento Universitario de Bellas Artes. Estos cargos dieron al autor de *Estudios indostánicos*, la posibilidad de desarrollar el plan educativo y cultural que había concebido desde sus años en el Ateneo, posibilidades que aprovechó realizando diversas actividades como “la gran campaña nacional de alfabetización; la fundación de bibliotecas, incluidas las populares y las circulantes por todo el país; el inicio de una labor editorial que comenzó con las *Monografías mexicanas de arte*” (Tibol, 1984: 664).

La llegada de Álvaro Obregón a la presidencia el 1 de diciembre de 1920, refrendó la posición de Vasconcelos al frente de la cultura y la educación en el país. Entre los años de 1920 y 1924, el libro se transformaría en el arma predilecta de la revolución cultural y educativa impulsada por Vasconcelos. Durante su gestión se editaron libros de “historia y geografía, libros de lectura para escuelas primarias, los

libros de pasta verde con los clásicos y la revista *El Maestro* (Tibol, 1984: 664). Colaborando en este proyecto de enormes dimensiones escritores e intelectuales como:

Palma Guillén, Salvador Novo, Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Francisco Monterde, Xavier Villaurrutia, García Icazbalceta, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique Monteverde, Agustín Loera y Chávez. Mientras tanto, con la ayuda de Ezequiel A. Chávez, Enrique D. Aragón, Alfonso Caso, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Gómez Morin, Mariano Silva, Eduardo Villaseñor, Daniel Cosío Villegas, y Samuel Ramos., Vasconcelos elabora el proyecto de ley que crea la Secretaría de Educación Pública, suprimida en la Constitución de 1917 aprobada en Querétaro (Krauze, 1983: 640. Tibol, 1984: 664).

Al mismo tiempo que la revolución armada daba sus últimos suspiros, la revolución educativa y cultural de las cruzadas vasconcelistas comenzaba a dar sus primeros pasos. Si bien es cierto que la participación de Vasconcelos fue importante en diferentes momentos de los primeros años de la Revolución Mexicana, sobre todo en los primeros momentos del maderismo, el gran problema que éste tuvo para narrar un periodo tan trascendental, fue que concibió este proceso como un conflicto de personajes individuales, un movimiento orquestado desde las élites de los diversos grupos disputándose el poder, jamás vio en el proceso de la Revolución Mexicana un movimiento social y de masas. Para Vasconcelos, la historia la construían los grandes personajes, como escribe José Joaquín Blanco, tenía una visión sobre la historia “en la que se jugaban las virtudes y actitudes personales: honor, valentía, etcétera, como una obra de teatro, no comprendía las luchas multitudinarias, y las definía como mera farsa” (Blanco, 2013: 63).

1.3 La Secretaría de Educación Pública

El 30 de junio de 1921 el presidente Álvaro Obregón decretó la reforma educativa, un mes después, el 25 de julio, creó la Secretaria de Educación Pública, y un par de semanas más tarde, el 11 de octubre, puso a José Vasconcelos al frente de esta institución. La labor de Vasconcelos en este cargo fue fundamental para

sentar las bases de la educación en un país con un alto índice de analfabetismo. Durante los años de 1921 y 1923 logró gestionar un presupuesto para la educación en el país, sin precedentes. Como secretario de educación, Vasconcelos logró aumentar en casi el 50% la cantidad de edificios, maestros y alumnos de escuelas primarias oficiales. De acuerdo con el boletín II de 1923-1924 que cita José Joaquín Blanco, para el año de 1920 el año en que Vasconcelos tomaba las riendas de la educación en México, había en el país 8,171 escuelas, 17,206 maestros y 679,897 alumnos. Para el año de 1923 el número de escuelas ascendía ya a 13,487, el número de maestros a 26,065 y un total de 1,044,539 alumnos, esto sin contar a los partícipes en las misiones culturales (2013: 91).

La estructura de la Secretaría de Educación Pública, plateada por Vasconcelos estuvo dividida en tres ramas generales: Escuelas, Bibliotecas y Bellas Artes¹², más dos auxiliares: Desanalfabetización y Enseñanza Indígena (Tibol, 1984: 665). En el ramo estudiantil se dio impulso a la educación elemental de niños y adultos.

En el ramo de escuelas impulsó la educación elemental infantil y adulta [...] creó escuelas técnicas e industriales, y aún en las elementales se instaló como obligatoria la enseñanza para el trabajo. [...] se formaron centros de pequeñas industrias [...]. Los alumnos desbordaban los edificios y había que dar clases en los corredores y en los patios [...]. Más de cincuenta escuelas de este tipo se fundaron en la ciudad de México y en Guadalajara, pero funcionaron muchísimas más en locales sindicales, vecindarios y fábricas. [...]. Respecto a la educación superior [...] dos obras, la flamante y modernísima Escuela de Ciencias Químicas de Tacuba y el Instituto Tecnológico de México (la primera empezó a funcionar con Vasconcelos; el segundo quedó prácticamente hecho antes de que renunciara, con parte del edificio, toda la maquinaria, los talleres y la biblioteca) (Blanco, 2013: 92-93).

¹² El proyecto de ley sobre la creación de una Secretaría Federal de Educación Pública indicaba en octubre de 1920, que el Departamento de Bellas Artes controlaría algunas instituciones heredadas del siglo XIX, y debía llevar a buen fin ciertos grandes proyectos, tales como el desarrollo del teatro nacional y la educación artística del pueblo. Tras la creación de la secretaría, en julio de 1921, el departamento fue dividido en dos secciones: una comprendía el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, la Escuela Nacional de Música, la Academia de Bellas Artes, la Inspección de Monumentos y la Exposición Permanente de Arte Popular; la segunda incluía la Dirección de Cultura Estética, la Dirección de Cultura Física y la Dirección de Dibujo y Trabajos Manuales. Las dos ramas del Departamento de Bellas Artes eran, obviamente, complementarias: la primera catalogaba la producción artística nacional, incluyendo en tal catálogo, antaño exclusivamente destinado a las obras de prestigio, las artes populares, por las que comenzó a haber un interés sistemático durante el periodo de Carranza y que conocían una verdadera renovación entre 1920 y 1924; vigilaba y alentaba la formación de músicos, pintores, escultores, pero también la de arqueólogos, etnólogos e inspectores de monumentos nacionales. (Fell, 1982: 607).

Para Vasconcelos, México era un país mestizo. Podemos decir que desde un discurso sobre la identidad y la cultura, el México mestizo tenía lógica, no obstante, en la práctica, esta idea no encajaba con la realidad. Al inicio de la segunda década del siglo XX, existía en el país una diversidad cultural significativa. No se podía hablar de “el mexicano” o “la mexicanidad” como un concepto homogéneo en el que se incluyeran a todos los habitantes del territorio. Si durante el Porfiriato se habían considerado como mexicanos a los sectores de las clases altas y medias, uno de los problemas a resolver al finalizar el proceso armando de la Revolución Mexicana, era el de definir qué serían, el mexicano, la mexicanidad y qué sectores sociales pertenecerían a estas categorías nacionalistas.

Resumen						
Idioma Oficial:	6 505 809	6 637 563	13 143 372	5 118 804	5 463 802	10 582 606
Español						
Indígenas	956 205	1 004 101	1 960 306	896 574	924 270	1 820 844
Extranjeros	42 457	14 234	56 691	36 661	11 328	47 989
Sumas	7 504 471	7 655 898	15 160 369	6 052 039	6 399 400	12 451 439
Para comprobar:						
Menores de 5 años	-	-	-	946 303	927 597	1 873 900
Mudos y sordo-mudos	-	-	-	5 443	3 998	9 441
Total	7 504 471	7 655 898	15 160 369	7 003 785	7 330 995	14 334 780

Cuadro 1.1 Fuente: Censo General de Habitantes 1921 (INEGI, 2021).

Contrastemos la idea del México mestizo que Vasconcelos tenía en 1921, con el *Censo General de Habitantes* del mismo año. Como podemos observar en el cuadro 1.1 el total de la población para el 30 de noviembre de 1921 era de 14,334, 780 habitantes en el territorio nacional, de ese total, el 29% pertenecían a una comunidad originaria. Del total de la población según este mismo censo, como se puede ver en el cuadro 1.2, en el territorio nacional 10,582, 606 habitantes hablaban español, 1,820, 844 hablaban diversos idiomas de los pueblos originarios, y 47, 989 habitantes hablaban idiomas extranjeros. Esto sin contar a los menores de 5 años, además de mudos y sordo-mudos que sumaban en conjunto 1,883,341 habitantes.

Recapitulando, del total de los habitantes en el territorio nacional 29% eran de origen indígena y de estos un aproximado del 12% no hablaba español, ni tenía relación con la cultura mestiza que Vasconcelos concebía como la mexicana.

Mexicanos de Nacimiento	Hombres	Mujeres	Total	Tanto por ciento
Raza Indígena	2 060 984	2 118 465	4 179 449	29.16
Raza Mezclada	4 134 939	4 369 622	8 504 561	59.33
Raza Blanca	663 291	741 427	1 404 718	9.80
Cualquiera otra raza o que se ignora	73 584	70 510	144 094	1.00
Extranjeros, sin distinción de razas	70 987	30 971	101 958	0.71
Sumas	7 003 785	7 330 995	14 334 780	100.00

Cuadro 1.2 Fuente: Censo General de Habitantes 1921 (INEGI, 2021).

La educación indígena fue un reto importante para la gestión de Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública. Para el autor del *Ulises Criollo*, impulsar la educación de los pueblos originarios tenía como intención final la supresión de sus culturas, para que éstas adoptaran la cultura mestiza. Vasconcelos concebía el indigenismo como una forma de mantener a los indígenas al margen de los derechos de los ciudadanos. Había pues que educar a los indígenas, realizar un proceso de aculturación para que éstos, se convirtieran en ciudadanos mexicanos. No existía en su pensamiento, ni en su gestión como secretario de educación, el deseo de mantener la heterogeneidad cultural de las diferentes regiones del país. Su cruzada educativa apostaba por sentar las bases de una cultura nacional, para que una cultura mexicana (mestiza), se impusiera sobre las muchas culturas indígenas que coexistían en el territorio de la República Mexicana.

El Departamento de Cultura Indígena y las Misiones Culturales tenían como objetivo acabar con la segregación de los indios y unificarlos en torno a la nacionalidad (antes que indios eran “mexicanos”, en la concepción de Vasconcelos) para prepararlos a la vida democrática en la que se realizarían finalmente la redención del México bárbaro (Blanco, 2013: 93).

Durante su gestión en la Secretaría de Educación Pública, Vasconcelos impulsó por los medios que tuvo a su alcance, la construcción de un discurso nacionalista que legitimara por una parte, al gobierno posrevolucionario en el que él se encontraba inmerso, y, por otra, las bases ideológicas de un discurso de identidad nacional mestiza. Si bien es cierto, las escuelas fueron la base de su proyecto educativo, Vasconcelos apostó por dos herramientas de difusión cultural que complementarían este proceso nacionalista en construcción: el libro con una amplia difusión popular, y la pintura mural.

Por una parte, la impresión y difusión masiva de libros para la población en general. Un proyecto que le causó críticas por parte de diversos actores de la vida política nacional, pero que tuvo también un importante apoyo por parte de amplios sectores de la sociedad. Vasconcelos había apuntalado el proceso educativo desde sus primeros años al frente de la Universidad Nacional con la construcción de sus propias imprentas, y al frente de la Secretaría de Educación Pública, no cesaría en este sentido.

Vasconcelos desplegó una particularísima e irrepetida fe en el libro [...] confió en una redención silenciosa, anónima, diferida: el encuentro de un niño con un libro. Cosío Villegas dijo alguna vez con exactitud: “Entonces se sentía fe en el libro, en el libro de calidades perennes; y los libros se imprimieron a millares y a millares se obsequiaron”. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante de un lugar donde descansar y recogerse (Krauze, 1983: 642).

La apuesta de Vasconcelos por el libro como herramienta educativa y cultural no era una improvisación o una ocurrencia al vapor. Escribe Rafael Mondragón en su obra *El largo instante del incendio*, que Vasconcelos tenía una clara conciencia de que la edición de “buenos libros” era fundamental en una cruzada por la independencia intelectual frente a las potencias que en ese momento se disputaban la hegemonía del mundo. De este pensamiento dejó constancias en las palabras preliminares publicadas en el primer tomo de la “colección de los clásicos verdes”¹³:

¹³ El rector tenía un proyecto para publicar, en decenas de miles de ejemplares, textos fundamentales de todas las culturas del mundo, que la Universidad mandaría en cajas de madera a los rincones

Lo escaso y lo incompleto de las ediciones castellanas de los libros más importantes del mundo ha sido causa de que, entre nosotros, las personas cultas tengan que dedicar gran atención al estudio de las lenguas extranjeras, principalmente al inglés y al francés, y de que la gran masa de la población desconozca los libros geniales [...]. Creemos que ha llegado para nuestra raza hispanoamericana un periodo de renovación vigorosa y autónoma, que no puede asentarse en sólidas bases si seguimos de siervos del pensamiento francés, o del pensamiento inglés o de cualquiera otra tendencia extraña [...]. Y el primer paso para la elaboración de una cultura propia es traducir todo el acervo de la cultura contemporánea a los moldes de nuestra lengua, y en seguida difundir libros castellanos, para que, sin menoscabo de la ilustración general, se expulse el libro escrito en idioma extranjero (José Vasconcelos en Mondragón, 2021).

Por otra parte, el analfabetismo de la población mexicana para 1921 era muy alto, según el Censo Nacional de ese año, aproximadamente el 48% de la población adulta en el país no sabía leer, ni escribir. De manera que había que implementar herramientas didácticas que permitieran difundir entre los sectores analfabetas el discurso histórico nacionalista posrevolucionario; para ello, Vasconcelos recurriría a la pintura mural. Como secretario de educación fue el responsable de impulsar el movimiento muralista en México, fue gracias a su gestión y contra muchas voces renuentes¹⁴, que pintores como Diego Rivera (1886-1957), José Clemente Orozco (1883-1949), Gerardo Murillo Coronado, el Dr. Atl (1875-1964), Roberto Montenegro (1885-1868), Federico Cantú (1907-1989), Ramón Alva (1892-1985), David Alfaro Siqueiros (1896-1974), entre otros más, tomarían un papel central en la

más apartados. Eran unos libros verdes que ocasionaron las ironías más punzantes por parte de políticos e intelectuales, el presidente incluido. El encargado de la colección (y de todo el Departamento Editorial de la Universidad) era Julio Torri (1889-1970), el joven ateneísta que unos años antes había creado, junto a Agustín Loera y Chávez, una colección editorial extraordinaria llamada *Cvltvra*. Se trataba de pequeños libros, casi folletos, que aparecían cada mes y se vendían en el precio sorprendente de 1.50 pesos, en una época en que un libro importado costaba alrededor de 45 pesos. Como si fueran una vasta antología, sus 87 títulos ofrecían selecciones de poetas clásicos como sor Juana Inés de la Cruz lo mismo que de autores mexicanos como Guillermo Prieto, Ángel de Campo o Manuel Gutiérrez Nájera, así como revisiones completas de épocas de la historia literaria mexicana como el periodo prehispánico o el modernismo; traducciones de autores contemporáneos de difícil lectura como Marcel Schwob, André Gide, Lord Dunsany y Mark Twain, lo mismo que algunas obras recientes de Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos. (Mondragón, 2021).

¹⁴ Relataba Rivera en su artículo de 1922 que estudiantes, empleados, profesores y personas más o menos letradas al ver los muros decorados se morían de risa o les daba asco e indignación. Por su parte, la prensa comenzó a publicar críticas violentas. Se molestaba a Rivera, sí, pero el tiro iba dirigido al animador del renacimiento, a Vasconcelos. Inclusive algunos acudían a la Secretaría para expresar de viva voz su descontento. Los pintores seguían trabajando y contaban con el apoyo de otros grupos; pero, a causa de tanta cizaña, comenzaron a agitarse, a agruparse unos contra otros, a lanzarse reproches, a dividirse (Tibol, 1984: 674).

construcción del discurso histórico nacionalista en México en la primera mitad del siglo XX.

La diversidad de pensamiento de los muralistas, contrastaba con el pensamiento vasconcelista, sin embargo, éste los apoyaría en sus años como secretario de educación, no obstante, las diferencias políticas e ideológicas irían minando la relación hasta romperse por completo en 1923 cuando el gobierno de Obregón apoyó la imposición de su correligionario Plutarco Elías Calles (1877-1945) como candidato presidencial, frente a la insurrección de Adolfo de la Huerta¹⁵. Mientras el sindicato de los pintores se sumaba a la candidatura de Calles “por considerarse su personalidad definitivamente revolucionaria” y la cual garantizaría en el gobierno “más que ninguna otra, el mejoramiento de las clases productoras de México” (Tibol, 1984: 679). Vasconcelos, contrario a la imposición callista, presentó su renuncia a la Secretaría de Educación Pública el 28 de enero de 1924, pero tuvo que esperar hasta julio del mismo año para hacerla efectiva. Luego de esto, se dirigió a Oaxaca para lanzar su candidatura como gobernador del estado¹⁶.

¹⁵ La rebelión delahuertista inició escindida. Diversas posturas políticas, algunas que habían sido enemigas, se unieron con un fin común: evitar la "imposición" por parte del presidente Álvaro Obregón, de Plutarco Elías Calles como presidente de la República. El camino de las urnas era visto como inviable. La práctica política que surgió de la Revolución, paradójicamente iniciada con el principio del "Sufragio efectivo. No reelección", se quedó con ese gran hueco: la efectividad y libertad del voto. En cambio, el camino de las armas era el más transitado para las facciones que surgieron de la lucha revolucionaria. Como la voz cantante de la política la llevaban los militares, esta característica se magnificaba. Al igual que los militares, los políticos civiles también estaban confrontados por el pasado inmediato, entre otros factores, por la pugna entre el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) y el Partido Cooperatista Nacional (PCN). Esta división hacía indispensable un personaje que funcionara como candidato aglutinador ante el apoyo de Obregón a Calles para las elecciones presidenciales de 1924. Adolfo de la Huerta, quien había sido presidente provisional en 1920 tras el asesinato de Carranza y había preparado las elecciones que llevaron a Obregón a la presidencia, parecía ser el hombre ideal. [...] El conflicto inició al ser evidente que Calles, el secretario de Gobernación, tenía el beneplácito presidencial. La ambición de De la Huerta, confusa, disimulada (negaba tanto que aspirara a la presidencia que terminó por dudarse qué quería realmente), se entrelazó con la de aquellos militares y políticos que también se oponían a Calles. De la Huerta sirvió como aglutinante de esa oposición, primero política y después militar: en diciembre de 1923 inició la llamada rebelión delahuertista con el fin de evitar la imposición de Calles, cuando las elecciones todavía no se realizaban (Plascencia, 2012: 106-107).

¹⁶ Vasconcelos se separaba del grupo gobernante: su pregunta esencial seguía siendo: ¿quién debe gobernar?, y para contestarla sólo tenía una respuesta: el filósofo, el sabio. Al poco tiempo se embarcó en una aventura como candidato al gobierno de Oaxaca, sin el apoyo de los sonorenses y en espera de la “espontánea” decisión del pueblo de apoyarlo. Vasconcelos miraba la realidad con el prisma de su religiosidad. Si Madero había sido “ungido” por el voto popular, igual debía sucederle

Felipe Garrido en su obra *Vasconcelos y las prensas universitarias*, compara al autor del Ulises Criollo con el mitológico Prometeo¹⁷. “Fue entonces el tiempo de Prometeo: el de arrebatarse el fuego y sacarlo a la calle, a manos llenas, para repartirlo” (Garrido, 1984: 685). Entre quienes apoyaron la empresa educativa vasconceliana, la euforia por este periodo fue grande, uno de sus jóvenes partícipes, Daniel Cosío Villegas (1898-1976), escribió sobre este periodo:

Entonces sí que hubo un ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro (Cosío Villegas en Garrido, 1984: 685).

La gestión de José Vasconcelos al frente de la Secretaría de Educación Pública fue breve, apenas duró dos años y ocho meses, de octubre de 1921 a junio de 1924, sin embargo, sentó las bases de un proceso educativo y cultural sin precedentes en México. Un proceso que tenía la intención de educar masivamente a un país en el que la mitad de su población era analfabeta. Las jornadas vasconcelistas compuestas por maestros, artistas e intelectuales, tuvieron como objetivo popularizar la educación y la cultura, para construir a partir de éstas, un sentimiento de pertenencia, consolidar la identidad de una cultura mexicana homogénea, que era para Vasconcelos, una cultura mestiza. Se perfilaba durante este periodo en su pensamiento, la génesis ideológica de la superioridad de la mezcla de razas que plasmaría en 1925 en *La raza cósmica*.

a él. Eso era lo razonable, lo moral. Luego de su fracaso en Oaxaca fundó con Gómez Morín, la revista *La Antorcha*. En 1925 salió del país (Krauze, 2016:209).

¹⁷ Titán de la mitología griega que terminó encadenado como castigo por regalar el fuego a los hombres.

1.4 Obras e influencias (1905-1920)

Desde muy temprana edad, José Vasconcelos tuvo a su alcance una considerable cantidad de libros de diferentes temáticas, historia, geografía, filosofía, literatura y textos católicos, todo esto regulado por su madre, quien en su infancia estaba pendiente de las obras que se encontraban en la biblioteca familiar. En *Ulises criollo*, la autobiografía novelada en la que habla de sus primeros treinta años de vida, Vasconcelos hace un recuento de los autores que leyó desde que era pequeño. Entre las lecturas que menciona se encuentran textos como *México a través de los siglos*, la obra enciclopédica editada por Vicente Riva Palacio, y *La geografía y el atlas* de García Cubas, una de las obras más importantes para conocer el espacio geográfico en el siglo XIX en México. El crecer en la frontera con los Estados Unidos, un país en donde el protestantismo era la religión predominante, llevó a su madre a poner a su alcance lecturas relacionadas con el catolicismo, esto con la intención de evitar que los afectos religiosos del pequeño Vasconcelos se desviaran. Así pudo leer, como menciona en el *Ulises criollo* a Calderón de la Barca (1600-1681), Jaime Balmes (1810-1848), San Agustín (345-430), Tertuliano (160-220), *La historia de Jesucristo* de Luis Veullot (1813-1883).

Resulta un tanto complicado creer que un niño o un adolescente haya realizado este tipo de lecturas, sobre todo de manera casi autodidacta. Es importante no perder de vista que el *Ulises criollo* es una autobiografía novelada en la que Vasconcelos intenta construirse como un personaje épico, no es de extrañar entonces que la narración de su infancia y sobre todo de su adolescencia sea la de un genio. Como menciona José Joaquín Blanco con respecto a este tema en particular “El lector tiene derecho a dudar que un niño de 13 años hubiera agotado catálogo semejante, pues dice haber leído esas obras en Piedras Negras o sea antes de 1895; pero, aunque no lo hubiese hecho o no las hubiera comprendido, trazan bien la atmósfera cultural en que se formó” (Blanco, 2013: 23).

Cuando su familia se trasladó a la ciudad de Campeche después de 1895, Vasconcelos tuvo acceso a otro tipo de literatura a la cual no había podido acceder

en la frontera norte del país. Fue en esta nueva frontera para él, cuyo horizonte se perdía en el Atlántico, que tuvo acceso a una considerable cantidad de literatura francesa, en este lugar leyó por primera vez a autores como François Fénelon (1651-1715), Charles-Irénée Castel de Saint-Pierre (1658-1743), François-René, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), Alphonse Marie Louis Prat de Lamartine (1790-1869), Víctor Hugo (1802-1885), Alphonse Daudet (1840-1897), Pierre Loti (1850-1923).

Durante sus años como estudiante en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, además de las lecturas de los autores clásicos del positivismo como Augusto Comte (1798-1857) o John Stuart Mill (1806-1873), Vasconcelos se aproximó a pensadores que serían un referente en su pensamiento y en su formación autodidacta como filósofo en un país en donde la filosofía no figuraba como una carrera profesional, entre los autores que leyó con gran atención y en contra de las enseñanzas de sus maestros, podemos encontrar nombres como Arthur Schopenhauer (1788-1860), Henri Bergson (1859-1941), Friedrich Nietzsche (1844-1900), Thomas Carlyle (1795-1881), Ralph Waldo Emerson (1803-1882), Benedetto Croce (1866-1952), Plotino (205-270), León Tolstoi (1828-1910), Roman Rolland (1866-1944), Richard Wagner (1813-1883), entre otros. Además, al igual que otros pensadores de su tiempo, entre los que se encontraban sus compañeros ateneístas:

“Vasconcelos se interesó en la literatura y la filosofía griega. Para aquellos jóvenes educados en los rigores del positivismo esa vuelta a los orígenes representaba una revelación y, sobre todo, una liberación. En los veneros clásicos cada quien encontró lo que buscaba o lo que llevaba: Vasconcelos afianzó su fe en lo intuitivo [...] y, a un mismo tiempo, en la aspiración al dominio de la voluntad” (Garrido, 1984: 682).

La lectura autodidacta de Vasconcelos le llevó a reflexiones personales que contrastaban con la enseñanza positivista, a la que habría de confrontar racionalmente junto con otro de los filósofos autodidactas más importantes de la época, Antonio Caso; éste habría de leer la tesis que Vasconcelos escribió para titularse como Licenciado en Derecho, y quedaría extrañado por la falta de

referencias, pues se trataba en gran medida de reflexiones personales (Quintanilla, 2008: 160).

La *Teoría dinámica del derecho* fue un alegato metafísico positivista en favor de la fuerza individual contra el orden pasivo de una sociedad estancada. La visión de la naturaleza y la visión “biológica” de la sociedad en Vasconcelos se postularon como una metafísica. Aunque ya en esta tesis aparecían los factores declamatorios que perdurarían hasta en sus textos póstumos, aquí el estilo fluía generalmente sobrio y paciente. Vasconcelos procuraba seguir con claridad sus razonamientos y, sobre todo, dentro del disparadero metafísico de su concepción, intenta una explicación razonable (Blanco, 2013: 35).

El interés por construir un pensamiento original y de ruptura con su educación formal llevó a Vasconcelos a escribir un trabajo de tesis en el que intentó plasmar ideas y reflexiones personales con respecto a la sociedad y las jerarquías que en ésta se habían construido. En este trabajo académico se vislumbraba el estilo personal que el autor del *Ulises criollo* desarrollaría a lo largo de su vida, un estilo en el que se combinarían razonamiento, lógica y estructura, con frases de oratoria intuicionista y vitalista.

Una década después, ya en el exilio al que lo llevó el conflicto entre las fuerzas revolucionarias del ejército Constitucionalista y los ejércitos de la Convención, Vasconcelos escribió cuatro obras de carácter filosófico en las que vertió el producto de sus reflexiones filosóficas y de sus experiencias de vida: *Pitágoras, una teoría del ritmo*; *Prometeo vencedor*; *El monismo estético*, y *Estudios Indostánicos*. Obras que precederían en ideas a la escritura de *La raza cósmica*.

Pitágoras, un estudio del ritmo, fue su primera obra escrita en el exilio, la primera edición se publicó en la Habana en 1916, posteriormente tuvo una segunda edición con una versión aumentada en la ciudad de México en 1921. En *Los años del Águila*, el historiador francés, Claude Fell menciona que en esta obra, más allá de hacer un estudio riguroso sobre los postulados pitagóricos, Vasconcelos centró su trabajo en el movimiento, en el ritmo, y en un abierto rechazo contra la inmovilidad, y tomó como punto de partida “la constatación de que los fenómenos obedecen a la vez a leyes independientes de la voluntad humana y a una acción, imaginaria y ficticia, de

la conciencia. Ante el ordenamiento misterioso o inmutable de las cosas, el espíritu se sobrecoge, con una mezcla de terror y admiración y, antes de emprender un análisis minucioso de estos fenómenos, la conciencia vibra “naturalmente al unísono de ellos” (Fell, 1982: 580).

Fue en el mismo año de 1916, al mismo tiempo que publicaba una obra de carácter filosófico, que Vasconcelos publicaría una obra de teatro: *Prometeo vencedor*. Una obra que gira en torno al pesimismo e idealismo, construida a manera de diálogo filosófico. La idea de esta obra surgió a partir de que Vasconcelos, exiliado en Nueva York a causa de su adhesión al maderismo, y en un estado económico poco favorable, recibió la noticia de que sería padre por segunda vez, noticia que lo metió en un aura de pesimismo y desesperación, pues en sus deseos no estaba tener más de un hijo, según cuenta en el *Ulises criollo*, la noticia lo llenó de terribles sensaciones. “No podría describir la pena aguda, la sensación de fracaso, el remordimiento de responsabilidad, la repugnancia física que la noticia me produjo” (2017: 300) La escritura de este texto habría servido a su autor como catarsis de sus emociones, las cuales en ese momento lo había llevado a una crisis personal de la cual da cuenta: “Encerrado en mi habitación meditaba. De pronto me ponía a escribir ineptias que tomaba por himnos a la esterilidad y cantos al placer sin resabio. Culto de la virgen y culto de la cortesana. De estas divagaciones fue saliendo el tema que más tarde usé para mi tragedia *Prometeo vencedor*, burla final del instinto genésico” (Vasconcelos, 2017: 300-301).

Al respecto de esta obra escribe Felipe Garrido, que su importancia radica en que su lectura nos permite entrever algunos de los temas que serán recurrentes en el pensamiento de Vasconcelos, temas como “el de una raza nueva, de tronco americano y español, que hará culminar la evolución del género humano” (1984: 683). Encontramos ya en esta obra literaria el reflejo de las preocupaciones y las reflexiones sobre la raza y el mestizaje que sería fundamentales para la construcción de *La raza cósmica*, casi una década después.

Dos años más tarde, escrito principalmente mientras se encontraba en Perú, publicaría su obra *El monismo estético*, una obra con la que Vasconcelos tenía la

intención de plasmar un sistema filosófico propio, emanado de sus lecturas, vivencias y las reflexiones personales a las que había llegado hasta ese momento de su vida. Fiel a su pensamiento de confrontación contra el positivismo y sus maestros, escribe en la introducción a la obra:

“Fui educado en la creencia de que ya no es posible construir nuevos sistemas de filosofía. La escuela inglesa, empirista, evolucionista y plagada de cabezas menores de ensayistas, nos condenaba a concebir el mundo como una sucesión de hechos que deben ser expresados en un estilo narrativo y detallista. [...]. Contradiendo todo esto, mis escritos tienden a organizar un sistema. Si la época pasada, por su fuerza crítica, dejó minadas todas las doctrinas tradicionales, a tal punto que en ningún sentido es posible una reacción completa, no por eso destruyo, ni nada puede destruir, la intuición de la síntesis, esa eterna fuente de sistemas, incompletos, equivocados, pero sistema (Vasconcelos en Fell, 1982: 582).

Al respecto de esta obra, Enrique Krauze escribe, que puede notarse el cambio de Vasconcelos del pensamiento nietzscheano al hinduismo, había pasado también de los sermones de Buda al análisis de los postulados pitagóricos y finalmente había consolidado su pensamiento en ese periodo siguiendo la obra de Plotino. Sobre esta obra en particular, el autor de *Pasión y contemplación en Vasconcelos* apunta:

“En *El monismo estético* (1918) propone el pathos de la belleza como camino místico alternativo, y de hecho preferible al amor cristiano. Es el camino de los “grandes inspirados”, “los verdaderos Budas” que evocan y realizan, sienten y reproducen el aliento de belleza natural que aspira a la Divinidad (Krauze, 1983: 637).

Volcado a los estudios del pensamiento en oriente, Vasconcelos publicará en 1920 su obra *Estudios indostánicos*, en la cual abarca temas como las castas en la India, la necesidad de las élites que permiten el progreso de la humanidad. Aunque habla de una equidad en derechos políticos y bienes materiales “no deja de estar claro que unos hombres poseen más penetración y más elevación que otros [...] Crean y formulan todas las ideas de que vivimos; la obra del espíritu es esencialmente individualista” (Vasconcelos en Fell, 1982: 582). Pero esta *aristocracia del espíritu* no podría justificar la pervivencia de las *viejas aristocracias feudales*, las cuales, además, poco a más inicuas y tiránicas: las del dinero. Estudios

indostánicos, escribe Claude Fell, “esboza una especie de sociología de la dominación” (1982: 582).

Estas cuatro obras que fueron de gran difusión en los primeros años de la década de 1920, cuando su autor volvió al país y se hizo cargo del ministerio de educación, contienen gran parte de las reflexiones que serían el germen para la escritura de *La raza cósmica*, en estas obras se tocan temas como la raza, las castas, el mestizaje, la historia, las elites, y el anticolonialismo hacia el pensamiento y la cultura occidental. Más allá de lo anterior, *Pitágoras*, *El monismo estético* y *Estudios indostánicos* tiene poca relevancia como tratados, pues la forma en como estos fueron escritos careció de toda rigurosidad, como el poeta peruano José Santos Chocano (1875-1934) denunciaría durante el conflicto epistolar que tuvo con Vasconcelos y algunos adeptos al pensamiento vasconcelista en 1925, y en el que este recriminaba al autor de *Prometeo Vencedor* “la irresponsabilidad de interpretar difíciles aspectos de la cultura griega sin saber griego, y de la indostana sin tener ni remotas nociones de sánscrito” (Blanco, 2013: 72), lo cual Vasconcelos admite en el prólogo a la segunda edición de *Estudios indostánicos*. Es evidente que “estos ensayos no fueron resultado de una investigación directa, mucho menos especializada; se apoyaron apenas en elementales textos ingleses y franceses de divulgación, que además difícilmente existían en México y que Vasconcelos consultó desordenada y precipitadamente en universidades y bibliotecas extranjeras, y refundió en la misma forma con el entusiasmo del autodidacto que improvisa e inventa cuanto le viene en gana gracias a la previsible ignorancia total de sus lectores” (Blanco, 2013: 72-73).

1.5 El Sentido histórico en *La raza cósmica*.

Las diversas narrativas históricas con las que nos encontramos en nuestros días, se han escrito para intentar dar respuesta a las preguntas que surgieron en los diversos presentes en los que éstas fueron concebidas. La historia o podríamos

decir “las historias” se escriben y se reescriben en el presente, éstas son resultado de procesos sociales, políticos, económicos, culturales, entre otros, en los que el hombre se encuentra inmerso.

Las diversas corrientes historiográficas que intentan dar una explicación del presente a través de un diálogo con el pasado, mientras apuntan hacia el futuro, son diversas, porque la perspectiva desde la que se escriben y desde la que dotan de Sentido a sus discursos históricos es distinta. En esta diversidad existen múltiples factores entre los que cabe destacar dos que resultan fundamentales: a) El momento desde el que se escribe, lo que llamamos, presente. b) El sujeto que escribe.

Es fundamental tener en claro las circunstancias del momento en que se concibe y se construye un discurso histórico, las características del periodo, la estructura social, la región geográfica, el contexto cultural, los conflictos internos y externos del territorio en el que es concebido, la ideología dominante y los diversos planteamientos teóricos que le anteceden y le circundan, entre otras cosas.

Tener conocimiento general de estas circunstancias, aunque sea de manera superficial, nos permitirá analizar los discursos históricos y dar una interpretación crítica de éstos, sin caer en el lugar que se ha vuelto cada vez más común en el gremio de los historiadores: el anacronismo. Tener clara conciencia de las particularidades de la temporalidad, nos permite también, comprender las diferencias que existen en la producción historiográfica sobre un mismo hecho o proceso histórico, visto no solo, desde diferentes corrientes teóricas, sino también, desde diversos presentes.

Si conocer las circunstancias del presente en el que se construye un discurso histórico es importante, lo es en el mismo nivel, conocer las circunstancias de quien lo construye y lo dota de Sentido. El hombre es un ser social que se encuentra inmerso en los procesos que componen su presente, es casi imposible concebir su existencia fuera de las circunstancias en las que se encuentran los demás miembros de la sociedad a la que pertenece. Este último razonamiento, quizás, sea una de las

razones por las que fuera de los trabajos biográficos, se ha evitado hablar de las circunstancias personales de quienes han realizado producción historiográfica.

El deseo de objetividad en la narrativa histórica, ha llevado a gran parte del gremio de historiadores a sacrificar el análisis de la subjetividad de aquel que construye el discurso. Se han hecho de lado las experiencias de vida que éstos han tenido, la importancia de los recuerdos de sus primeros años, la influencia de las anécdotas familiares, las historias de padres y abuelos, la construcción sentimental del mundo a través de la asimilación de la ideología familiar, la influencia de las lecturas realizadas por imposición o por placer, el contexto social de la familia en la que crecieron, la relación con su lugar de residencia, viajes, exilios, rencores y afectos. Amigos, maestros, enemigos y amores. Cada uno de estos elementos es fundamental para comprender las particularidades que componen el pensamiento de un sujeto en un tiempo determinado.

En *Tiempo en ruptura*, Jörn Rüsen menciona que los pilares sobre los que se sustentan la narrativa histórica son el *contenido*, *la forma* y *la función*, es decir, los hechos del pasado que se traen al presente y se resignifican, la manera en la que se construye esta resignificación, y el objetivo que se pretende alcanzar con su construcción en el presente en el que se escriben. No obstante, plantea que toda narrativa de carácter histórico, adquiere su Sentido a través de un proceso que tiene que ver directamente con quien construye el discurso. Es el autor de la narrativa quien dota de Sentido a ésta, por lo cual, es necesario para quien pretenda realizar un análisis de una obra histórica, conocer las cuatro operaciones mentales por medio de las cuales se construye el Sentido: *Percepción*, *interpretación*, *orientación* y *motivación*.

En primer lugar, es importante tener claro que para 1925, el año en que se publica *La raza cósmica*, no existían en el país los estudios profesionales de historia¹⁸, los textos históricos que se escribieron sobre la nación mexicana a lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, fueron elaborados por

¹⁸ Sería hasta el 14 de abril de 1941 que se funda el primer centro de estudios históricos (CEH) en El Colegio de México, bajo la dirección de Silvio Zavala.

historiadores autodidactas dedicados a otras áreas del conocimiento, abogados, políticos, religiosos, médicos, ingenieros, entre otros. Cada uno de estos construyó sus obras desde su formación personal y académica, y también desde su circunstancia histórica, sus obras intentaron dar respuesta a las preguntas que su realidad formulaba.

Si analizamos estas obras desde la reducida visión a la que se ha apegado una gran parte de la academia de la historia en la actualidad, estos textos carecen de la rigurosidad con la que un historiador profesional debe elaborar sus documentos, por lo tanto, estos no pueden ser considerados como textos con un valor historiográfico. Textos como *El problema de México y la ideología nacional* (1955) de Antonio Caso, *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) de Samuel Ramos, *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz o *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos, por citar algunos, han sido reducidos a la categoría del ensayo. El mitológico centauro de la narrativa, como lo definió Alfonso Reyes, que no se encuentra por completo en ningún lugar. Aunque habría que acotar que estas obras pueden ser catalogadas como ensayos de carácter histórico.

No obstante, la superficialidad y el desdén con el que estas obras han sido revisadas por los profesionales de la historia, es imposible negar que éstas contienen en sí mismas un Sentido histórico, son ensayos de interpretación histórica y es en esto en donde radica su valor historiográfico.

Siguiendo la teoría de Rüsen podemos decir que toda narrativa histórica contiene presente en su estructura una interacción entre los hechos del pasado, las preguntas del presente y una intención de futuro. Estos elementos se encuentran presentes en las obras de Caso, Ramos, Paz y Vasconcelos.

Histórico quiere decir que, en relación con la experiencia, se interpreta el pasado por medio de la simbolización específica de una "historia" y que esta interpretación adquiere una función orientadora en la cultura del presente. [...] La especificidad de la narración histórica consiste en que los acontecimientos relacionados de modo narrativo se consideran hechos que sucedieron en el pasado. Adicionalmente, se concibe su relación interna como una concepción del transcurso temporal vinculado con la experiencia que adquiere importancia para el autoentendimiento y la orientación de la acción de los sujetos-narradores (Rüsen, 2013: 108-109).

Con respecto a las características presentes en una obra o un texto historiográfico, el historiador Javier Rico Moreno, menciona que “es un discurso que dice algo acerca de algo que sucedió, es por esto, una representación de acontecimientos humanos del pasado por medio del lenguaje escrito cuya naturaleza radica en la integración de la temporalidad y la narratividad” (2006: 34). Es a partir de la elaboración de este discurso que un autor logra expresar su conciencia de la historicidad y dotar a su obra de Sentido histórico. Teniendo como base esta concepción de la obra historiográfica, es posible integrar a la reflexión histórica textos escritos por autores que pese a no ser historiadores de profesión “se proponen indagar su significación más amplia, ya sea en términos de una historia nacional o de la historia universal” (Rico, 2006: 34). De esta manera, podemos encontrar el Sentido histórico en textos constituidos a manera de ensayo de interpretación histórica.

La raza cósmica es uno de los ensayos de interpretación histórica, cuyo valor historiográfico ha sido desestimado por los historiadores, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX. La obra carga sin duda con el estigma de la radicalización hacía el pensamiento conservador, fascista e hispanista de su autor a partir del exilio al que se vio obligado después perder oficialmente la elección presidencial del 1929, radicalización que se vio reflejada en obras como *Breve historia de México (1936)* o *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad (1941)*, así como en diversos artículos en los que mostró simpatía por el nacional socialismo, cuyo ejemplo más evidente fue la publicación de la revista *Timón* a partir de 1940, la cual fue patrocinada por el gobierno alemán.

El primer ejemplar de la revista *Timón* comenzó a circular el 22 de febrero de 1940 para desaparecer 16 entregas más tarde, censurada por el gobierno mexicano. “Esta revista fue concebida como una revista semanal de cultura política disfrazada bajo la fórmula de refinada publicación familiar, un espacio impreso dedicado al público de clase media donde coincidieron periodistas y escritores antiimperialistas, germanófilos, antisemitas, hispanistas y anticomunistas” (Orestes,

2007: 154). Dicha revista fue financiada con la compra de espacios publicitarios por empresarios y comerciantes alemanes identificados como notorios militantes nacionalistas en la capital. Sin embargo, el costo de la producción de la revista no podría haber sido cubierto de no ser por el aporte directo de la embajada alemana en México, como menciona Héctor Orestes Aguilar en su artículo *Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos* en el que cita parte del informe confidencial “El nazismo en México”, que se encuentra en el Archivo General de la Nación, en dicho informe se encuentran las pruebas de que el aparato de propaganda nacionalsocialista había destinado recursos para publicaciones afines al pensamiento nazi.

Sabemos de tres ensayos de publicaciones publicadas por cuenta de la Legación Alemana o del servicio secreto nazi: la primera fue una vulgarísima hoja antisemítica llamada “Defensa” [...] La segunda publicación es una edición en español del Periódico Alemán de México, que comenzó a aparecer al comienzo de la guerra actual. [...] La tercera y a la vez más hábil publicación de esta naturaleza es la nueva revista “Timón” cuyo director es José Vasconcelos y cuyo “gerente” (pero extra-oficialmente en funciones de director) es el cubano César Calvo. El periódico dedica el 80% de su espacio a propagar las tesis alemanas. En el número antepasado se publican fotografías de un fraternal tête-à-tête entre Vasconcelos y Dietrich. La presentación de la revista es excelente, y después de “Hoy” es la más costosa de México. Todavía no tiene circulación ni anuncios que valgan la pena, por lo que es casi totalmente costeadada por la Legación Alemana. César Calvo ha dicho públicamente que la revista “Timón” tiene todo el dinero que necesita para mucho tiempo. El compañero Rubio ha sabido que la Legación Alemana se ha comprometido a pagar el costo de la revista durante seis meses, para encarrilarla (Citado en Orestes, 2007: 156-157).

Dejando de lado el estigma que acompañó a Vasconcelos a partir de la segunda mitad de la década de los años 30, y que perdura hasta la actualidad, me parece importante analizar la obra de *La raza cósmica* en el periodo en la que ésta fue escrita, con las circunstancias en las que su autor se encontraba en el momento de redactarla. Circunstancias que se han esbozado en los momentos biográficos descritos en los apartados anteriores.

El contexto histórico de México en el que se publica la obra que analizamos, tiene características particulares. El país comenzaba a recuperarse de un proceso bélico y social que había abarcado una década completa, un proceso que había permeado en todos los ámbitos desde lo social, pasando por lo económico, lo

político, hasta lo cultural. Podríamos considerar a los años que van de 1920 a 1935 como un periodo de crisis tardía del nacionalismo mexicano del siglo XIX. En donde los debates decimonónicos sobre el nacionalismo, se mezclaban con los debates del nuevo siglo, los cuales estaban fundamentados en circunstancias distintas.

En el ámbito intelectual, existía la necesidad de repensar el concepto de la sociedad en México. Después del proceso denominado *Revolución Mexicana*, un movimiento de carácter bélico y social, no se podía seguir sosteniendo la idea reduccionista del porfirismo de los mexicanos como un pequeño sector de las clases privilegiadas, separados del pueblo o “la bola”. Entre 1910 y 1920 a lo largo y ancho del país se habían movilizado diversos grupos sociales y culturales que habitaban el territorio de la república mexicana, actores sociales que habían sido reprimidos e ignorados por décadas, los cuales habían encontrado en el conflicto revolucionario la capacidad de levantar la voz, y esto no podía ser simplemente ignorado por los grupos que se disputaban el poder recién comenzada la década de 1920.

La necesidad de cohesionar a los diversos integrantes de la sociedad mexicana provenientes de un conflicto armado de una década de duración, y que aún se mantenía latente en algunas regiones, obligaba a los pensadores mexicanos a construir narrativas acordes con la realidad de su presente.

Durante el siglo XIX, los debates para la construcción del discurso nacional se habían dado entre “indigenistas” e “hispanistas”, estas dos corrientes de pensamiento habían logrado coexistir a finales del siglo decimonónico en obras enciclopédicas como *México a través de los Siglos* coordinada por Vicente Riva Palacio, o *México: su evolución social*, coordinada por Justo Sierra. No obstante, éstas carecían de un discurso que sintetizara las dos corrientes de pensamiento nacionalista.

Después de concluido el movimiento armado y con el comienzo de un periodo político que tenía como intención crear nuevas instituciones, podemos intuir que desde el ámbito político intelectual una pregunta se hacía cada vez más latente ¿era necesario continuar con el desgastado debate entre hispanistas e indigenistas, o había que ensayar una postura distinta? Vasconcelos redactaría *La raza cósmica*

como una obra que intentaría dar respuesta a esa pregunta, e incluiría en el discurso oficial el concepto de mestizaje, como una necesaria síntesis de la sociedad, y pese a que sus reflexiones partían de la realidad mexicana, su discurso tenía como intención abarcar a las sociedades latinoamericanas en su conjunto.

De manera general, *La raza cósmica* se divide en tres partes, la primera es un ensayo en el cual el autor realiza una reflexión sobre el mestizaje en América Latina, partiendo de una concepción teleológica de la historia en la que sucesos, como la llegada de los europeos al continente que posteriormente llevaría el nombre de América, y los procesos de invasión y colonización de ésta, forman parte de lo que él considera como una predestinación histórica hacía la constitución de lo que llama *la quinta raza*. La segunda y tercera parte, pertenecen a un compendio de las notas de viaje que Vasconcelos realizó al sur del continente Brasil y Argentina respectivamente en las que de manera detallada realiza una descripción literaria de la geografía, sociedad y tradiciones de ambos países, como parte de su reflexión sobre la “grandeza” del sur del continente, y que tiene como intención reforzar su planteamiento sobre las semejanzas de las sociedades iberoamericanas, y la utopía de un bloque socio-geográfico y cultural cohesionado.

Retomando los planteamientos de Rüsen y de Rico, en los que mencionan que toda narrativa histórica o texto historiográfico contienen en su discurso una interacción desde el presente con acontecimientos del pasado, con una intención de futuro, interacción que se hace evidente por medio del lenguaje escrito, podemos afirmar que *La raza cósmica* está dotada de un Sentido histórico, y que contiene en sí misma un valor historiográfico.

Para fundamentar sus postulados teóricos sobre lo que llama la quinta raza, Vasconcelos lleva su reflexión a los orígenes mitológicos de la humanidad, lector de los filósofos griegos, no tiene reparo al sugerir como punto de partida del hombre rojo (indígenas) el continente desaparecido de la Atlántida, la cual Vasconcelos ubica en parte del continente americano y del que escribe:

Las ruinas arquitectónicas de mayas, quechuas y toltecas legendarios son testimonio de vida civilizada anterior a las más viejas fundaciones de los pueblos del Oriente y de Europa. A medida que las investigaciones progresan, se afirma la hipótesis de la

atlántida, como cuna de una civilización que hace millares de años floreció en el continente desaparecido y en parte de lo que es hoy América. El pensamiento de la atlántida evoca el recuerdo de sus antecedentes misteriosos. El continente hiperbóreo desaparecido, sin dejar otras huellas que los rastros de vida y de cultura que a veces se descubren bajo las nieves de Groenlandia; los lemurianos o raza negra del Sur; la civilización atlántida de los hombres rojos; en seguida la aparición de los amarillos, y por último, la civilización de los blancos (2019: 3)

Fundamenta este planteamiento a partir de la *Teoría de la Tectónica de Placas y la Deriva Continental* de Alfred Wegener (1880-1930), y en la *Teoría Autoctonista sobre el Origen del Hombre Americano* del geólogo Florentino Ameghino (1853-1911), y escribe al respecto:

Explica mejor el proceso de los pueblos esta profunda hipótesis legendaria que las elucubraciones de geólogos como Ameghino, que ponen el origen del hombre en la Patagonia, una tierra que desde luego se sabe es de formación geológica reciente. En cambio, la versión de los Imperios étnicos de la prehistoria se afirma extraordinariamente con la teoría de Wegener de la traslación de los continentes. Según esta tesis, todas las tierras estaban unidas, formando un solo continente, que se ha ido disgregando. Es entonces fácil suponer que en determinada región de una masa continua se desarrollaba una raza que después de progresar y decaer era sustituida por otra, en vez de recurrir a la hipótesis de las emigraciones de un continente a otro por medio de puentes desaparecidos (Vasconcelos, 2017: 4).

Vasconcelos pretende fundamentar su reflexión en un origen remoto, su obra intenta ser una obra nacional de origen. Como menciona Rüsen, “no es común encontrarse con un tipo puro de este modo narrativo. Por lo regular, nos encontramos con fragmentos de historias, alusiones, fragmentos de recuerdos, estudios de épocas o regiones determinadas” (2013:113). Desde la primera página encontramos en *La raza cósmica*, una intención por parte de Vasconcelos de dotarla de un Sentido histórico, como hemos visto con lo antes mencionado.

Me parece necesario abrir un paréntesis en este momento de la reflexión sobre el Sentido histórico en *La raza cósmica*, pues el hecho de que Vasconcelos centre el origen de sus reflexiones en un espacio geográfico cuya única prueba de existencia se encuentra en la mitología griega y egipcia, podría detonar las alarmas de quienes cuestionan el carácter historiográfico de esta obra, y que podrían afirmar

además, que su discurso, por lo anterior y por las reflexiones utópicas que aparecen al final de la primera parte, carece de racionalidad y fundamentos.

Aunque anteriormente desde la historia se entendía a la narración provista con un modo argumentativo racional, esta interpretación se perdió de vista en favor de la práctica lingüística de la narración como procedimiento de la configuración del Sentido histórico y a favor de las regularidades internas de esa práctica histórica. Para Rüsen, esto último no representa un problema, pues el “sentido es más fundamental que la racionalidad; y de este modo puede describirse la racionalidad del pensamiento histórico como un modo de configurar el sentido, precisamente a través de su integración en la forma comunicativa del pensamiento argumentativo” (Rüsen, 2013:108). Para lograr lo anterior, la narración debe analizarse como parte de las operaciones mentales de la formación de Sentido al mismo tiempo que debe demostrarse su significado constitutivo para el pensamiento histórico.

Es decir, el Sentido histórico de *La raza cósmica* se encuentra determinado por las circunstancias del contexto histórico en el que fue concebida, además de la formación y el contexto personal de su autor. El Sentido histórico presente en la narrativa, tiene que ver más con la manera en la que su autor resignifica determinados mitos o acontecimientos del pasado -trayéndolos a su presente, y la intencionalidad con la que lo hace-, que con los hechos en sí mismos, pues los hechos por sí solos carecen de carácter histórico, es a partir de su resignificación y su inclusión en una narrativa histórica que estos adquieren Sentido histórico.

Con base en lo anterior, podemos cuestionar a la obra de Vasconcelos sobre los acontecimientos mitológicos o históricos que éste lleva a su presente para construir su discurso, además de la intención que tiene al evocar cada uno de estos acontecimientos. Es importante tener clara la concepción que éste tiene de la historia. Para Vasconcelos la historia es teleológica, tiene un origen remoto en las primeras cuatro razas, y se dirige hacia un estado ideal: la quinta raza, la raza cósmica.

La insistencia de Vasconcelos al plantear que la raza roja, a la cual pertenecían las culturas mesoamericanas e incas, era una raza que había surgido en un pasado

remoto, cuando, según la teoría de Wegener los continentes pertenecían a una misma masa, tenía la intención de hacer frente al posicionamiento de los pensadores occidentales, los cuales planteaban que había sido gracias a la llegada de los europeos que el continente americano había adquirido relevancia, ya que éste adolecía de la madurez con la que contaban el llamado Viejo Continente.

Si, pues, somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y conquistadores? (Vasconcelos, 2019: 4).

Era necesario para el planteamiento teleológico de Vasconcelos, que el origen mítico de la raza cósmica quedara bien cimentado, para éste, la raza roja (indios) habían surgido en la Atlántida, habían sido parte una civilización que había alcanzado su culmen y posteriormente había entrado en decadencia, las civilizaciones mesoamericanas e incas, habrían de ser una muestra de las civilizaciones decadentes de la raza roja. “Al decaer los atlantes, la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario, mezclándose con los dravidios, produjo el Indostán, y a la vez, mediante otras mezclas creó la cultura helénica” (Vasconcelos, 2019: 5). Para Vasconcelos, la civilización es una condición temporal que ha migrado hacia diversas sociedades como parte de un destino final.

Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el mogol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que creyeron sus predecesores; su misión es servir de puente. [...] La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado (Vasconcelos, 2019: 5).

Siguiendo con el análisis del Sentido histórico desde la metodología rüseneana en esta obra, detengámonos ahora a desentrañar las posibles causas de la anglofobia y el desdén hacía las comunidades originarias, presentes en *La raza*

cósmica, si como se ha mencionado, el contexto en el que se escribe la obra es importante, lo es en igual medida, la vida y formación del autor, personal y académica, sus gustos, su ideología, sus anécdotas familiares, entre muchas otras cosas que determinan su pensamiento y su carácter, es importante acotar que hablar de un individuo en particular no lo excluye de su contexto social, en cierta forma la subjetividad del individuo puede darnos una proyección de como una generación percibe e interpreta la realidad en un determinado contexto histórico.

Como se ha mencionado en el apartado biográfico sobre su infancia, los primeros acercamientos que Vasconcelos tendrá con la sociedad estadounidense serán en la escuela primaria de *Eagle Pass*, una población texana en la frontera sur de Estados Unidos. Durante este periodo, el pequeño Vasconcelos percibirá a la sociedad estadounidense como una sociedad hostil que mantiene en la memoria de su población el recuerdo de la independencia de Texas y la guerra entre México y Estados Unidos acontecida cuatro décadas atrás. Las diferencias presentes en esta memoria colectiva, serán replicadas en las mentes de los niños, compañeros de Vasconcelos, quienes verán materializados en los pequeños forasteros mexicanos, a los enemigos de sus padres y sus abuelos. La interpretación que Vasconcelos tuvo de los estadounidenses, desde sus primeros años, fue la de una sociedad hostil, que tendía someter a los más débiles y a la que había que hacer frente sin concesiones¹⁹.

¹⁹ "Y mientras comía rumiando con el pan la amargura de mi derrota de la víspera, se me acercó un condiscípulo mexicano, de los nacidos y criados a orillas del río

-Toma-me dijo, enseñándome una potente navaja-, te la presto. Estos gringos le tienen miedo al "fierro" Guárdala para la tarde.

Volvimos al aula. La maestra eludió gentilmente toda referencia al tema de la discusión enojosa. La clase volvió a sentirse alegre, distraída en sus asuntos. Yo acariciaba dentro de la bolsa del pantalón aquel instrumento que en ocasiones me había servido para cortar madera, para afirmar las "horquetas" con que se cazan a liga los pájaros

Al salir de clase, Jim, mi vencedor, se plantó ante su grupo. Yo me acerqué con los míos. Le hice una seña, invitándole a pelear, a la vez que exhibía en la mano derecha y abierta la hoja, la navaja del compatriota.

-No; así no -dijo Jim. -Busca tú otra -le dije.

-No; así no, Joe... Si quieres, como ayer.

-No, como ayer no; como ahora.

-Ya ves, ya ves me dijo mi aliado acercándose a recoger su instrumento-; cómprate una... que sepan que siempre la traes contigo, y no te volverán a molestar estos gringos (Vasconcelos, 2017: 27-28).

Años más tarde, durante el periodo que vivió y estudió en Campeche, la misma idea sobre los estadounidenses rondó por su mente, y su animadversión ante estos se vio reflejada, como ya se mencionó en el apartado biográfico, en los juegos que tenía con sus compañeros, en los que el proceso de independencia de Cuba -que se separaba de España con la intervención de Estados Unidos- era el tema central. A lo largo de *La raza cósmica*, Vasconcelos no hace ningún intento por ocultar la animadversión hacía lo que él llama la raza blanca, y cuyo representante más importante en esta obra es la sociedad sajona que se instauró al norte del continente americano y de la que surgiría la sociedad de los Estados Unidos de América, a la que el autor consideraba uno de los mayores imperios de la historia, y a quien acusaba de haberse apoderado de los mejores y mayores extensiones de tierra.

Vasconcelos verá en el imperialismo sajón estadounidense y en su ideal de expansión, un peligro para las naciones latinoamericanas, además se sus memorias infantiles, habla en el *Ulises criollo* sobre la intromisión de los estadounidenses en los asuntos políticos de México y en la conspiración que culminaría con el asesinato del presidente Madero y la llegada a la presidencia de Victoriano Huerta.

Tomando en cuenta lo anterior, no es casual que la orientación del discurso de *La raza cósmica* esté encaminada a denostar a la sociedad estadounidense a quienes el autor llama “enemigos hábiles²⁰”, y recurre a hechos del pasado que resignifica para construir una narrativa histórica que le permita fundamentar sus planteamientos.

Un ejemplo de esta resignificación de hechos del pasado lo encontramos en la obra en el tema de la venta de Luisiana en 1803 por Napoleón Bonaparte (1769-1821) dos años después de que los reinos españoles habían restituido su posesión a Francia. Para Vasconcelos esta venta había significado un golpe a la hispanidad

²⁰ “Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas de la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles” (Vasconcelos, 2019: 7).

en el continente, y la puerta a que Estados Unidos consolidara su poder en el continente americano:

La traición de Napoleón a los destinos mundiales de Francia hirió también de muerte al Imperio español de América en los instantes de su mayor debilidad. Las gentes de habla inglesa se apoderarán de la Luisiana sin combatir y reservando sus pertrechos para la ya fácil conquista de Texas y California. Sin la base del Mississippi, los ingleses, que se llaman asimismo yanquis por una simple riqueza de expresión, no hubieran logrado adueñarse del Pacífico, no serían hoy los amos del continente, se habrían quedado en una especie de Holanda trasplantada a la América, y el Nuevo Mundo sería español y francés. Bonaparte lo hizo sajón (Vasconcelos, 2019: 9).

Motivado a construir un discurso en el que el mestizaje sea la piedra angular sobre la que se sustentará el futuro de la humanidad, y también por trascender sobre la que denomina como la raza blanca, Vasconcelos hace hincapié en la discriminación sajona sobre otras sociedades como las asiáticas, menciona el ejemplo de unas mujeres en San Francisco que se han negado a bailar con oficiales de la marina japonesa, porque les consideran carentes de toda atracción e interés. “En los Estados Unidos rechazan a los asiáticos, por el mismo temor del desbordamiento físico propio de las especies superiores; pero también lo hacen porque no les simpatiza el asiático, porque lo desdeñan y serían incapaces de cruzarse con él” (Vasconcelos, 2019: 16).

Paradójicamente, al mismo tiempo que el autor denostaba a la sociedad estadounidense, reconocía en su cultura el sentido de identidad sajona que los hermanaba con los ingleses, y que había permitido su desarrollo. Este sentimiento de identidad y hermandad con la sociedad colonizadora, era al que las sociedades latinoamericanas debían aspirar. “Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España” (Vasconcelos, 2019: 8).

Pese a que el discurso de Vasconcelos se encamina al concepto del mestizaje como el pilar de lo mexicano, nos encontramos en su obra una inclinación ideológica hacia el hispanismo, inclinación que se verá reflejada cuando trae a su discurso, hechos y personajes del pasado, a los cuales resignifica históricamente en su narrativa, y que se orientan a ensalzar a la cultura hispana sobre la indígena. El

autor plantea el mito fundador de México como nación como parte del proceso de invasión y conquista realizado por los reinos de la península Ibérica a partir de la última década del siglo XV, y a lo largo del siglo XVI.

Para Vasconcelos, el mito fundador de historia de la nación mexicana no obedecía a la promulgación de la primera Constitución de la República de los Estados Unidos Mexicanos, en 1824, pues escribió al respecto que la civilización no es algo que pudiera improvisarse o ser truncado, tampoco, desde su perspectiva, podría crearse a partir de un papel o una constitución política, para él, una civilización como la mexicana se derivaba de una “depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia” (Vasconcelos, 2019: 8). Planteaba que habría de buscarse esos orígenes en el proceso de conquista del continente, y de ser posible remontarse al conflicto de latinos y sajones anteriores a este.

Contrario a los planteamientos indigenistas y liberales que había sido comunes en el siglo de que el proceso de independencia de las colonias americanas había sido el punto de origen de estas como naciones, Vasconcelos escribe:

El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la Independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal (2019: 8-9).

En este fragmento, podemos observar como Vasconcelos continúa con la idea de la construcción de un sentimiento de pertenencia a la cultura e historia española como un bloque iberoamericano que haga frente a la fragmentación nacionalista y a los intereses sajones. Por esta razón, realiza una crítica a quienes pretende plantear el inicio de las historias nacionales justo en el comienzo de los procesos de independencia, pues revira el argumento, planteando que es precisamente el proceso de Conquista en el que surge el proceso de mestizaje, origen de la historia iberoamericana.

Para el autor de *La raza cósmica*, personajes como Hernán Cortés (1485-1547), Francisco Pizarro (1478-1541), Pedro de Alvarado (1485-1541), o Sebastián de Belalcázar (1480-1551), los cuales comandaron procesos de invasión en diversas partes del continente americano, no eran vulgares exploradores en búsqueda de aventuras y riquezas, tampoco era lacayos o césares, eran, según el autor “grandes capitanes que al ímpetu destructivo aunaban el genio creador” (Vasconcelos, 2019: 10), pues apenas finalizado el proceso bélico de la Conquista “trazaban el plano de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación” (Vasconcelos, 2019: 10). Vasconcelos resignificaba a estos hombres, no como conquistadores y destructores de las civilizaciones prehispánicas, como era visto por algunos pensadores liberales e indigenistas, por el contrario, los presentaba como constructores de las naciones hispanoamericanas. “Todo ellos se sentían los iguales ante el rey, como se sintió el Cid, en las grandes épocas de todos los hombres libres” (2019: 10).

La necesidad de resignificar en el discurso a estos personajes, obedecía a la intención de dotar al proceso de la invasión española de un aura creadora, éstos habían llegado al “Nuevo Mundo” con el ánimo y la energía que habían adquirido después de proceso de Reconquista de los reinos españoles. Si los capitanes de los ejércitos invasores eran seres superiores, heroicos, impetuosos, paladines de la civilización occidental, sus empresas estaban, por lo tanto, perneadas de características similares a las que emanaban sus personalidades.

En la obra de Vasconcelos, los hispanoamericanos entre los que se encuentra el mexicano, surgieron del mestizaje entre el indio (la raza roja) y el español (la raza blanca), dos razas que formaban parte del proceso teleológico de la historia de la humanidad. La raza roja, según el autor, había alcanzado su culmen en la época de la Atlántida y posteriormente había degenerado. Las civilizaciones Mexica e Inca, con las que se habían encontrado los españoles, eran apenas un vestigio de la grandeza que alguna vez había alcanzado la raza roja. El indio había sido sometido por los españoles, representantes de la raza blanca, como parte del proceso de evolución social y racial de la humanidad, un proceso en el que el indio encontraba

su única salida hacía la civilización en el camino de la occidentalización a través del mestizaje. Del mismo modo, esta combinación racial sería benéfica para la raza blanca, la cual se enriquecerá y perfeccionará en este proceso rumbo a la quinta raza, la raza mestiza que estará construida a partir de la mezcla de las cuatro razas precedentes.

El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina. También el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio (Vasconcelos, 2019: 12-13).

La resignificación del proceso de invasión con el cual Vasconcelos intenta justificar la tendencia hispanista en su discurso, llega a un grado extremo en el que niega la violencia y el genocidio desembocado por el proceso de invasión hispana contra las culturas precolombinas, y vas más allá cuando presenta este proceso histórico como un acto de amor:

Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno (Vasconcelos, 2019: 14).

Vasconcelos reitera su visión teleológica de la historia en este párrafo. Además, es importante observar que omite deliberadamente el carácter violento del proceso de Conquista, en un ejercicio que pretende inducir a la amnesia colectiva con el afán de consolidar la idea de unidad y supremacía del mestizaje. Introduce el concepto “amor” en donde históricamente podemos encontrar actos de una violencia desmesurada.

Más allá de cualquier juicio de valor que pudiera suscitar la postura de Vasconcelos al reinterpretar el proceso de la invasión española como un acto creador y amoroso, no debemos perder de vista que la intención de esta

investigación es comprender la construcción de Sentido histórico que existe en una obra como *La raza cósmica*, un texto que escrito desde el presente, dialoga con el pasado y trae de éste, hechos y procesos que el autor resignifica para construir una narrativa histórica que responda a las preguntas que se ha formulado, y al mismo tiempo se oriente hacia el futuro.

Debemos tener en cuenta que la construcción de Sentido histórico, no es algo aleatorio que se encuentre *per se* en un discurso, este Sentido es una construcción que obedece a las circunstancias, ideología e intereses de su autor. La construcción del Sentido histórico no es objetiva, entendiendo objetiva, una construcción neutral. Siguiendo los planteamientos de Rüsen, podemos decir que la configuración del Sentido histórico tiene en sí mismo un significado práctico. Pues quien escribe, en este caso Vasconcelos, construye su discurso con una intención y lo orienta hacia la consolidación de un pensamiento iberoamericanista.

Si la narrativa histórica en *La raza cósmica* resignifica de manera positiva el proceso de la invasión española a la región del Anáhuac, tendrá una postura contraria con respecto al proceso de la emancipación de las colonias hispanoamericanas en las primeras décadas del siglo XIX. El autor traerá a su discurso este proceso del pasado y lo resignificará de manera negativa. Si el mestizaje representaba para Vasconcelos parte del proceso natural de la historia cuyo fin ulterior es “lograr la fusión de los pueblos y las culturas” (2019:14), el proceso de emancipación de la Nueva España, en el Sentido histórico de su obra, solo podía ser entendido por éste como una ruptura, un retroceso con respecto a la construcción de la raza mestiza, pues el proceso emancipador pretendía romper los vínculos con los reinos españoles.

Además de la evidente ideología hispanista de Vasconcelos en su obra, éste orientará el Sentido histórico en su discurso a denostar a los estadounidenses como ya hemos visto, pero estos no serán los únicos, las comunidades originarias encasilladas en el concepto de indio, serán para el autor de *La raza cósmica*, un lastre para la consolidación de la nueva raza. Para el autor, los indios serán apenas los vestigios de una “raza” que había alcanzado su culmen siglos atrás: los atlantes.

Pero esa grandeza había quedado atrás en el tiempo, como parte de la evolución de la humanidad, el indio tenía que fusionarse con el español, renunciar a su pasado, su cultura y su incipiente historia, para adoptar lo que la cultura de la raza blanca podía ofrecerle. En el discurso vasconcelista el indio se encontraba condenado a su desaparición paulatina en pos de la trascendencia de la raza mestiza. “Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va” (Vasconcelos, 2019: 12). Como se puede ver, no se trataba sin embargo de un mestizaje equitativo, pues el indio debía latinizarse, asumir sin reparo la decadencia de su cultura.

Miembro de una familia de clase media, la relación que Vasconcelos tendría con las comunidades originarias desde sus primeros años sería una relación distante, y podríamos decir que se tornaría tensa sobre todo en el periodo en el que vivió con su en la frontera norte del país, un territorio semipoblado y en disputa no solo con los estadounidenses, sino también con las comunidades originarias que había sido desplazadas por los colonos estadounidenses.

El infante habría de presenciar una incursión armada por parte de los indios de la región al asentamiento en el que vivía con sus padres, como narra en el *Ulises Criollo*, y viviría con el miedo latente de que en cualquier momento se repitiera una incursión que le privara de sus padres y lo llevara prisionero para ser educado por los apaches y formar parte en el futuro de sus filas (Vasconcelos, 2017: 7). Durante los años que viviría en Campeche, la percepción que tendría de las comunidades originarias de la región, no distaría de la que se había formado en el norte. El indio sería en el pensamiento de Vasconcelos, un lastre en la civilización, un impedimento para la consolidación del nacionalismo mexicano, carente de educación necesitaba ser ilustrado.

La construcción de Sentido histórico en *La raza cósmica*, está fundamentado en la narrativa histórica que constituye la obra. Siguiendo los planteamientos de Rüsen, entendemos por narrativa histórica, una narración que se relaciona

directamente con la experiencia, en la cual determinados hechos del pasado se interpretan y se simbolizan orientados hacia un futuro posible. “La especificidad de la narración histórica consiste en que los acontecimientos relacionados de modo narrativo se consideran hechos que sucedieron en el pasado” (Rüsen, 2013: 109). Estos hechos son seleccionados por quien construye la narrativa histórica, para intentar dar respuesta a preguntas formuladas desde su realidad y su presente, y orientar las acciones hacía un futuro probable.

En *La raza cósmica*, nos encontramos frente a una historia nacional de origen, una narrativa histórica que abarca un tiempo de larga duración en las que el autor tiene la posibilidad de elegir determinados acontecimientos de pasado y dotarlos simbólicamente de un carácter histórico teleológico, enlazar estos hechos como parte de una línea temporal que se remonta a un origen y que perdura hasta el presente de quien escribe y se encamina hacia el futuro.

Vasconcelos, como hemos visto, orienta su discurso a la consolidación de la idea del mestizaje, como la piedra angular de la nueva raza, para esto, construye una narrativa histórica tomando acontecimientos del pasado que le permiten fundamentar una historia nacional de origen, retoma de manera general, como se ha mencionado, los procesos de Conquista e Independencia y los resignifica desde una evidente postura hispanista, que tiene como hilo conductor la idea de que es necesario en mestizaje en México y Latinoamérica, pero que éste debe ser entre indios, negros y españoles, no así, con los blancos sajones, quienes representan un peligro para las sociedades hispanoamericanas.

En donde su autor percibe la realidad de toda una generación, la interpreta conforme a la formación intelectual recibida en sus años como estudiante, sobre todo en la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en donde se vinculó directamente con la generación del Ateneo de la Juventud, el grupo intelectual de la capital mexicana que fue referente de un cambio de pensamiento en la intelectualidad nacional justo antes del inicio del proceso revolucionario. Con un bagaje cultural, académico, político y vivencial, y luego de haber fungido como el primer secretario de educación pública del país, Vasconcelos

construirá en *La raza cósmica* un discurso orientado hasta la consolidación de las naciones hispanoamericanas en el continente. Idea que sería retomada posteriormente por otros intelectuales de la época, entre los que se encontraba su discípulo y amigo, Samuel Ramos, quien aportaría también, una encaminada a la construcción del discurso sobre la identidad del mexicano y su cultura.

CAPÍTULO 2 DE HIPÓCRATES A PLOTINO: SAMUEL RAMOS

2.1 Entre la medicina y la filosofía

En el ocaso del siglo XIX, Samuel Ramos Cortés, originario de Penjamillo, Michoacán, egresado del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo en la Escuela de Medicina en la ciudad de Morelia, se unió en matrimonio a Socorro Magaña de Montalbán, oriunda de Tacábaro, Michoacán. Como la mayor parte de las mujeres de provincia en la época, Socorro, había sido instruida en el catolicismo, los deberes del hogar, el bordado, la repostería, y el piano, esto último, una de las aspiraciones de las señoritas distinguidas de la sociedad michoacana. El matrimonio se había consolidado en Zitácuaro, un rústico poblado del estado de Michoacán. Fue en este lugar en el que el día 8 de junio de 1897 nació el primogénito de la pareja: Samuel Ramos Magaña.

El doctor Samuel Ramos Cortés, apasionado conocedor de la cultura francesa y de la literatura clásica, se había convertido en un referente intelectual en el pequeño pueblo michoacano. Zitácuaro era en aquel tiempo una zona rural, carecía de alumbrado público, drenaje, asfalto y escuelas. Ante tales circunstancias, el doctor Ramos se encargó directamente de la educación de su primogénito. “En su consultorio, en donde el niño pasaba horas enteras del día, aquél le dio las primeras lecciones de gramática, matemáticas, historia, geografía, inglés y francés” (Hernández, 1997: 23). Lector de clásicos literarios como *Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Julio Verne, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Johann Strauss, Franz Lehar y Leo Fall*, el doctor Ramos se hacía acompañar del pequeño Samuel cuando tenía que realizar una consulta en los poblados o haciendas cercanas, al regresar, solían detenerse a leer bajo la sombra de un árbol, la parte de alguno de los libros de su biblioteca personal.

El doctor Ramos enseñó a su primogénito las bellezas de la literatura clásica y las fantasías de las letras orientales, unidas al encanto de la música, la ópera, la opereta y la poesía. [...] Sin duda, él más que nadie, puso los cimientos de aquella majestuosa, aunque sencilla, construcción humana. Sus enseñanzas fueron la base de lo que llegó a ser aquel hijo suyo (Arreola, 1997: 12).

En el año de 1907 se daría uno de los primeros cambios significativos en la vida de la familia Ramos Magaña, en ese año, el doctor Samuel Ramos Cortés fue llamado a la capital del estado para impartir la cátedra de Anatomía Descriptiva en la Escuela de Medicina de la Universidad de Michoacán. Debido a esto, la familia compuesta en ese momento por los padres y cuatro hijos, Samuel, Carmen, María y Guillermo, mudaron su residencia a la ciudad de Morelia. El nuevo trabajo del doctor Ramos y la existencia de centros educativos serían factores para que la educación paterna diera paso a una educación formal. Carmen y María ingresaron a la academia de la profesora María Trinidad Ortiz, por su parte, Samuel y Guillermo se incorporaron a la escuela del profesor Carlos Treviño.

La educación que el doctor había dado al pequeño Samuel, permitió que éste tuviera los conocimientos básicos para ingresar directamente al quinto año de primaria. La escuela del profesor Treviño, pese a ser una institución de provincia, contaba con recursos didácticos novedosos para la educación de sus estudiantes, como puede verse con el libro que utilizaban los alumnos de los dos últimos grados, el libro *Franscuelos de G. Bruno*, una obra “que había sido aprobada por las bibliotecas escolares e inscrita en una lista de libros que la ciudad de París suministraba gratuitamente a las escuelas municipales” (Hernández, 1997: 44). Desde temprana edad la formación de Samuel Ramos Magaña habría de ser cercana las culturas francesa y anglosajona.

En el año de 1909, al concluir los estudios primarios y fiel a la tradición de seguir el rumbo de los pasos paternos, el joven Samuel Ramos ingresó al *Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo* con la firme intención de realizar los estudios preparatorios para la profesión de médico cirujano.

El colegio era entonces un paragón de la *Escuela Nacional Preparatoria*. Desde comienzos del siglo se habían sustituido en sus aulas las humanidades eclesiásticas por la filosofía positivista, esto es, se había saneado la enseñanza de toda niebla teológica o ficticia y de toda telaraña metafísica o abstracta, centrándola fundamentalmente en la verdad científica o positiva, en el saber comprobado, en la ciencia organizada metódicamente (Hernández, 1997: 49).

Las materias que componían la currícula de la escuela preparatoria a la que asistía el joven Ramos y que formarían parte de su educación durante su estancia en esta institución fueron: “Matemáticas, aritmética, álgebra, geometría, trigonometría, física, cosmografía, gramática, literatura, historia universal y de México, inglés, francés, dibujo, pintura, raíces griegas y latinas, química, botánica, zoología, mineralogía, geología, lógica, psicología, moral y sociología” (Arreola, 1997: 31-35. Hernández, 1997: 50-56). Durante sus primeros dos años en la preparatoria, su interés en la medicina será la luz que guiará sus esfuerzos, sin embargo, el último año se encontrará en el camino académico con un profesor que cimbraría su pensamiento.

El profesor José Torres Orozco (1890-1925), catedrático de lógica, psicología, moral, y sociología, un conocedor del positivismo de Comte y Spencer que, además, tenía un amplio conocimiento de la filosofía en general. A sus 15 años, la clase del profesor Torres llamó la atención del joven Ramos de manera significativa, aunado a esto, la amistad con un compañero de clase, el exseminarista Francisco Aranda, con quien debatía los temas vistos en la cátedra de Torres, impulsó al primero a profundizar en lecturas y reflexiones de carácter filosófico.

La época de la preparatoria será fundamental en la vida de Samuel Ramos, además de su primer acercamiento con la filosofía, durante este periodo de su vida estudiantil, formará parte del movimiento literario que se había gestado en el colegio nicolaita un par de generaciones atrás y que llegaría a su culmen con la creación de *La Sociedad Literaria Melchor Ocampo Manzo*²¹. A partir de los 12 años, Samuel Ramos habría de incursionar en la redacción de artículos para revistas estudiantiles, entre estas, dos de una amplia difusión en la ciudad: La revista *Flor de Loto*, y la revista *Ciencia y Letras*, de la que fue uno de sus redactores. Desde esta época,

²¹ La sociedad literaria Melchor Ocampo Manzo contaba con socios honorarios y socios aspirantes. Los primeros eran nicolaitas de madurez intelectual; los segundos jovencitos “de corta edad amantes de la literatura y con algunas disposiciones para su cultivo”. A esta clase de socios pertenecieron los estudiantes de 12 años Samuel Ramos e Ignacio Chávez, que parece fueron los únicos nicolaitas que merecieron tan notoria distinción (Hernández, 1997: 60).

plasmar en palabras su pensamiento y reflexiones, serían una actividad trascendental que nunca más dejaría de realizar.

La pasión por la literatura, las artes y la fiesta brava²² fueron parte de un fuerte vínculo sentimental entre Samuel Ramos Magaña y su padre. De éste había aprendido estas pasiones, y habría de conservarlas como parte indisoluble de su existencia. Cuando los años de la preparatoria terminaron, se encontró de pronto en una disputa intelectual y personal, las reflexiones filosóficas que había iniciado a partir de la cátedra de Torres, habían sentado raíces en su pensamiento, no obstante, el vínculo paterno y la tradición obligada de seguir los pasos del doctor Ramos, llevó al joven Samuel a inscribirse en la Escuela de Medicina de Michoacán para cursar el primer año de la carrera de médico cirujano. Sin embargo, una ola funesta se posaría sobre los días por venir, apenas unos días después de ingresar a la carrera de medicina, el 17 de enero de 1915 moría el doctor Samuel Ramos Cortés.

El deceso de su progenitor fue un duro golpe emocional y económico para la familia Ramos Magaña (Arreola,1997:39), la cual, para entonces había aumentado en número, y estaba compuesta por los hijos, Samuel, Carmen, María, Guillermo, Ángela, Manuel y José. Durante los meses posteriores a la muerte del doctor Ramos Cortés, el gobierno del estado ordenó que se continuara dando a su viuda el sueldo completo que éste ganaba como catedrático, esto permitiría a Samuel, concluir el primer año de la carrera, no obstante, este apoyo duraría poco tiempo y la señora Socorro Magaña de Montalbán tendría que hacer uso de los ahorros que tenía por

²² Su padre, el doctor Samuel Ramos Cortés fue comisionado como el médico de la plaza de toros, por lo que el joven Ramos tuvo contacto con la tauromaquia de la cual se volvió un apasionado seguidor. El mismo Ramos en una plática casual habría de responder ante la pregunta de jóvenes entre los que se encontraba José Lozano quien escribió sobre esta anécdota en un texto póstumo a Ramos, y que fue recogido por Adela Palacios en la obra en honor a al filósofo michoacano, titulada *Nuestro Samuel Ramos*:

- Maestro –nos atrevimos a preguntarle-, ¿le gustan las corridas de toros?

- Sí, soy aficionado a ellas –nos respondió-. De pequeño vivía con mi padre en Morelia y lo acompañaba a los toros pues él casi siempre eral el médico de la plaza. El toreo me gusta porque es una trágica danza en la que se hallan múltiples valores estéticos (José Lozano en Palacios, 1969: 70-71).

la venta de la hacienda “Las Joyas”, próxima al pueblo de Tacámbaro, que había heredado junto a su hermana gemela a la muerte de su padre. Gracias a este dinero, pudo costear la manutención y educación de sus siete hijos (Hernández, 1997: 88).

Pero la muerte del padre no sería el único acontecimiento que enturbiaría la preparación profesional de Samuel Ramos, cuando estaba a punto de comenzar el segundo año en la carrera, la Escuela de Medicina de Michoacán entró en crisis. Debido a los conflictos sociales, la escuela de Medicina de Michoacán tenía cada vez menos profesores y estudiantes. Estas circunstancias, aunadas al costo público que representaba su manutención, fueron razones suficientes para que el General carrancista, Alfredo Elizondo (1887-1918) (Diccionario de generales, 2014: 324), gobernador provisional de Michoacán entre 1915 y 1916, hiciera efectivo un decreto que entró en vigor el 31 de diciembre de 1915. En dicho decreto se clausuraba la Escuela de Medicina que era sostenida por el gobierno del estado. Como parte de este decreto, el gobierno revolucionario de Michoacán se comprometía a pensionar a un número no mayor a 15 estudiantes de esta institución para que continuaran sus estudios médicos en alguna de las escuelas de medicina de la capital de país; “debiendo reunir los alumnos que pretendan tal gracia, además de los requisitos de aplicación, aprovechamiento y buena conducta, el ser pobres y carecer de recursos para hacer los estudios por su propia cuenta” (Hernández, 1997: 93).

Samuel Ramos Magaña fue uno de los estudiantes que recibió este apoyo por parte del gobierno de Michoacán, debido a esto y a las circunstancias familiares y personales que había vivido en el último año, no le resultó complicado tomar la decisión de migrar a la capital del país para continuar con su preparación como médico. El 8 de enero de 1916 se separó de su madre y sus hermanos y viajó rumbo a la ciudad de México. La mayor parte de los estudiantes pensionados se matricularon en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional, sin embargo, el joven Ramos, orientado por un hermano de su padre, con quien vivió durante los primeros meses, ingresó a la Escuela Médico Militar en donde cursó su segundo año en la carrera como médico cirujano.

Para el año de 1917, el gobierno de Michoacán reinstauró las clases en la Escuela de Medicina de Michoacán y retiró la pensión a los estudiantes que se encontraban en la capital, incitándoles a volver a la ciudad de Morelia para concluir ahí sus estudios; la mayoría de ellos al quedarse sin los recursos económicos provenientes de su estado decidieron regresar. Samuel Ramos que en ese entonces había conseguido trabajo en un laboratorio microbiológico y contaba además con el apoyo de su tío el farmacéutico don Joaquín Ramos, decidió continuar en la capital del país y comenzar su tercer año de la carrera en la Escuela Médico Militar.

Mientras continuaba su formación como médico cirujano, una de las pasiones que había descubierto en su último año de preparatoria le impulsó a asistir a las lecciones que el maestro Antonio Caso dictaba en la Universidad Nacional, si bien es cierto que la formación positivista que había recibido por parte del maestro Torres eran contraria a la filosofía casista, la curiosidad propia de un provinciano que descubre nuevos horizontes, así como la popularidad de la que gozaba Caso en ese momento, le llevaron a asistir con regularidad a las clases de filosofía del maestro Caso (Rodríguez en Palacios, 1960: 94).

Las apasionadas clases de Antonio Caso tenían una popularidad sin igual entre los jóvenes universitarios²³, esta pasión no pasaría desapercibida para

²³ En Caudillos de la Revolución Mexicana, Enrique Krauze realiza la cita de una de las pocas crónicas escritas del ambiente casi místico con el que se vivía una clase del maestro Caso, crónica escrita por Concha Álvarez, una joven normalista de la Escuela de Altos Estudios para realizar estudios filosóficos; "Se hizo el silencio expectante. Empezó a hablar el maestro. El tema del día era Sócrates. Ante nuestros ojos asombrados resucitó la sociedad fastuosa y refinada de Atenas, la ciudad llena de las obras de arte más grandes de todos los tiempos; la vida del ateniense fuera de su casa, siempre en el ágora, en el gimnasio, en el liceo, en la asamblea, en las calles de su querida Polis. Y la política apasionando su espíritu, su democracia amenazada por ambiciones ávidas de la herencia de Pericles. En ese ambiente situó a Sócrates. "Feo, chato, ventrudo, allí donde todos los hombres eran hermosos. Recorría las calles de Atenas inquietando los espíritus de sus conciudadanos, con preguntas capciosas: ¿Qué es el bien? ¿Qué es la virtud? ¿Es una ciencia? ¿Se puede enseñar? Los atenienses se irritaban; sentíanse lastimados, confundidos. La ironía de Sócrates rompía la cáscara de vida fácil, les preocupaba Y Atenas empezó a odiar al terrible dialéctico. Sócrates, indiferente, recorría la plaza pública desempeñando su oficio perpetuo de despertar almas e inquietar con las grandes inquietudes las conciencias. Y así continuó la cátedra, hasta la muerte del filósofo que describió según la célebre Apología de Platón: "Sentí que mis lágrimas corrían en abundancia y me cubrí la cara con el manto para llorar sobre mí mismo. Pues no era la desgracia de Sócrates la que lloraba sino la mía, el pensar en el amigo que iba a perder". Terminó la clase. Nadie se movió de Asiento. Un silencio recogido, emocionado, siguió a sus últimas palabras. Fue después, pasada un poco la emoción, que estalló el aplauso" (Krauze, 2016: 82).

Samuel Ramos quien quedaría profundamente sorprendido y enganchado por la filosofía casista la cual, sería decisiva para que éste diera por terminada una disputa intelectual que lo consumía internamente: continuar la carrera de médico cirujano como su padre habría querido, o seguir la pasión personal que había despertado en él, el estudio de la filosofía. Las lecciones de Caso le permitieron tomar el impulso que necesitaba para abandonar la Escuela Médico Militar, e ingresar a la Escuela de Altos Estudios para formarse profesionalmente como filósofo entre 1918 y 1919 (Negrete, 2019: 9).

Durante su formación con Caso, las lecciones positivistas que había recibido en el Colegio de San Nicolás quedaron rebasadas, y su pensamiento se encaminó hacia el romanticismo y el pragmatismo filosófico de Bergson. Durante los años en la Escuela de Altos Estudios compartió reflexiones y dialogó con sus condiscípulos entre quienes destacaron: Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), Alfonso Caso (1896-1970), Daniel Cosío Villegas (1898-1976), Palma Guillen (1898-1975), Manuel Gómez Morín (1897-1972), Luis Garrido (1898-1973), Manuel Herrera Lasso (1890-1967), Carlos Díaz Dufoo (1861-1941), Eduardo Villaseñor (1886-1978), entre otros personajes que en los años por venir sería figuras fundamentales para la cultura y política del país.

La atracción por la figura de Antonio Caso, en Ramos comenzaría poco a poco a decrecer, y éste se iría distanciando del pensamiento filosófico del primero, para adoptar las ideas y reflexiones de otro de los pensadores más destacados de la época, el filósofo mexicano José Vasconcelos (1882-1959) quien luego de un exilio por Estados Unidos y Sudamérica había regresado al país en 1920 para hacerse cargo de la rectoría de la Universidad Nacional de México en el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta (1881-1955), y había sido reafirmado en el cargo por el presidente Álvaro Obregón en el mismo año, quien además le asignaría el cargo de ministro de educación y un año más tarde, en 1921, lo pondría a cargo de la recién fundada Secretaría de Educación Pública (SEP). Fue durante este lapso de tiempo que Ramos comenzó a colaborar con Vasconcelos como parte del grupo de intelectuales que trabajaron en el programa de edición y publicación masiva de

libros de autores clásicos del pensamiento occidental, impulsado por Vasconcelos, primero desde la Universidad Nacional y posteriormente desde la SEP.²⁴

2.2 En busca del tiempo perdido

Tras distanciarse de la filosofía de Antonio Caso, por considerar que éste se había quedado estancado en sus reflexiones “y en él mismo desde el inicio de sus estudios” (Hernández, 1956: 46), Ramos comienza a seguir con rigor el pensamiento filosófico de Vasconcelos, con quien colaborará en la revista *La Antorcha*²⁵ (Hurtado, 2012: 60) de la que será director durante un breve periodo cuando Vasconcelos se vea obligado al exilio por segunda ocasión. “Este fue el más influyente maestro de Samuel Ramos”, escribe Raúl Arreola en *Samuel Ramos, la pasión por la cultura*, y cita un artículo que escribió el propio Ramos refiriéndose a Vasconcelos en el que puede leerse:

Desde 1920 la atención pública se enfocó hacia Vasconcelos que acababa de llegar a México para hacerse cargo de la rectoría de la universidad... Llegaba Vasconcelos como una fuerza de la naturaleza que arrasa y destruye, pero con un ímpetu creador también, lanzando ideas que sacudía nuestros espíritus por la electricidad moral de que estaban cargada (Ramos en Arreola, 1997: 85).

La lectura de las obras de Vasconcelos y el dialogo entre ambos “inculcó en Ramos la preocupación por la situación de la identidad cultural mexicana, tema que sería el eje central de sus obras a partir de la década de 1920 (Negrete, 2019: 9).

²⁴ “Samuel Ramos, en los comienzos de sus estudios humanísticos, preparó el volumen dedicado a Plotino; tradujo las *Eneadas* del filósofo alejandrino neoplatónico” junto a Eduardo Villaseñor y Daniel Cosío Villegas (Arreola, 1997: 99).

²⁵ “Al fundar Vasconcelos la revista *La Antorcha* (1924) Samuel Ramos fue uno de los colaboradores más destacados. Publicó allí varios artículos que muestran su apasionado esfuerzo por la cultura. En el número 3 (oct. 1925) se refirió a Otto Weininger en una especie de juguete teatral. Sus textos literarios abundan en esta etapa de su formación. En el número 18 señala (enero 1925) El pecado Original de la Universidad Mexicana; luego, otro texto literario: El genio desconocido (Núm. 19, febrero -todos los números serán de 1925-); La tercera dimensión del conocimiento (Núm. 20, febrero); El Evangelio de la Inteligencia (Núm.29, abril); Una confesión absurda (Núm.35, mayo); Incipit vita nova (Núm.37, junio); José Torres, el primero y último positivista (Núm.38, junio); El ocaso de Ariel (Núm.40, julio) (Hernández, 1997: 100).

Con respecto a esta relación intelectual, Gina Zabłudovsky escribe en su artículo *Samuel Ramos y su visión sobre lo mexicano* “[que] parece tomar de Vasconcelos una serie de sugerencias sobre las posibilidades para una filosofía del continente – por aquel entonces, Vasconcelos se interesa en una interpretación de la cultura ibero-americana”. -Durante ese periodo, ambos filósofos reflexionaban sobre la necesidad de que- “los pueblos americanos se sacudieran de la influencia de filosofías europeas y se aventuraran hacia una filosofía propia” (1991: 177-178). Interés que llevaría a Ramos a centrar sus reflexiones en la creación de una filosofía mexicana, y a reflexionar sobre la identidad del mexicano y su cultura.

También durante este periodo, entre los años de 1921 y 1926, Samuel Ramos impartirá clases en la Escuela Nacional Preparatoria. En un inicio la cátedra de Problemas filosóficos (1921), y posteriormente la cátedra de Ética (1922). Su determinación y sapiencia generó la atención y admiración de sus estudiantes junto a quienes fundó en 1923 el *Centro, Intelectual, Deportivo* (CID) una organización intelectual que tenía como eje central reflexionar sobre las obras del filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955) y los artículos de la *Revista Occidente* que éste editaba y que contenían en sus páginas ensayos sobre diversas corrientes filosóficas como realismo crítico, neokantianismo, fenomenología, historicismo, racio-vitalismo, filosofía de la cultura, marxismo, entre otros.

Entre los alumnos que pertenecieron al CID destacan nombres como Manuel Moreno Sánchez (1908-1993), Andrés Iduarte (1907-1984), Andrés Henestrosa (1906-2008), José Muro Méndez, Baltasar Dromundo (1906-1987), y José Muñoz Cota (1907-1993). Este último escribió un texto póstumo recogido en la antología de Adela Palacios, en el que retrata al profesor Ramos de la Escuela Nacional preparatoria:

Samuel Ramos era, entonces, un maestro joven, hombre delgado, silencioso, casi introvertido; pero tenía un gesto amable, una sonrisa fácil, fraternal, y dentro de la constante sobriedad de sus ademanes y el tono de su media voz, Samuel Ramos prodigaba en generosidad y cariño a sus discípulos.

[...] Estaba tan identificado con sus alumnos; vivía tan en maestro, era tan unitario en la docencia de la vida, que clausurada el aula, Samuel Ramos la prolongaba a su casa y a ella íbamos un grupo de muchachos, ávidos, agónicos por asomarnos al pozo sin fondo

de la cultura. Samuel Ramos nos prestaba libros. Nos explicaba teorías, nos invitaba a escribir.

Así fue como, una noche, después de haber glosado el último *Espectador*, de Ortega y Gasset, después de haber comentado, ágil, sabiamente, con la ironía socrática que le era habitual, la deshumanización del arte, el maestro Ramos nos invitó a organizarnos en un grupo de estudio y de investigación.

El mismo propuso el nombre. Una sigla perfecta. Todo un programa en tres letras. Una filosofía en la síntesis del rubro de nuestro grupo: el CID. [...]. Centro, Intelectual, Deportivo (José Muñoz Cota en Palacios, 1960: 81-83).

En el año de 1925 Samuel Ramos tendrá contacto con el filósofo italiano Benedetto Croce, a quien ya estudiaba en ese periodo y por cuyas ideas estéticas siente atracción. Tal será el interés que le produce el pensamiento del filósofo italiano que realizará la traducción al castellano de su obra *Breviario de estética*, que publica la editorial Cultura. “Parece que el filósofo italiano –escribe Hernández Luna– quedó bien impresionado de esta traducción, porque posteriormente le envió un retrato con la siguiente dedicatoria: A Samuel Ramos, *digno representante della giovane scuola filosófica d’America, cordialmente*” (Hernández, 1993: 20).

Con las reflexiones volcadas al pensamiento occidental de inicios del siglo XX, la necesidad de viajar a los países en donde se habían producido las obras filosóficas que Ramos leía con pasión, fue cada vez más grande. La oportunidad de salir del país se presentó en un año lleno de actividad para el filósofo michoacano. Entre mayo y junio de 1927 se publicó en la *Revista Ulises* un ensayo crítico sobre Antonio Caso escrito por Samuel Ramos, este texto sería el origen de una agria polémica entre ambos filósofos, polémica que marcó la ruptura ideológica entre el antiguo discípulo y su maestro.²⁶

²⁶ Antonio Caso respondió al texto de Ramos en tono violento, con un ensayo de 30 páginas al que tituló: *Ramos y yo*, Un ensayo de valoración personal (1927). El título de esta respuesta fue duro, una clara alusión al libro de Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, en el que el autor elogia a su burro. En este texto Caso menciona que Ramos no fue un discípulo de su pensamiento, sino un alumno que formó parte de un gran número de jóvenes que asistían a sus clases. Caso hace una defensa de su pensamiento filosófico y la manera en cómo difunde éste mismo. La polémica Ramos-Caso se prolongará un par de años entre respuestas y publicaciones, cada uno esgrimiendo argumentos en contra del pensamiento filosófico del otro y la manera de transmitirlo.

“A pesar de todo, Samuel Ramos nunca negó el gran valor que el maestro Antonio Caso había tenido en la historia de la filosofía en México. Consideró que el hombre era superior a la obra, y que Caso era merecedor de respeto, aunque no se estuviera de acuerdo con sus ideas. Tal vez había sido

En octubre de ese mismo año, Ramos emprendió un viaje a la Unión Soviética a lado de Diego Rivera (1886-1957), Miguel Palacios Macedo (1898-1990) y Guadalupe Rodríguez, quienes habían sido designados en una misión diplomática con motivo de los festejos del décimo aniversario de la revolución proletaria. Durante estas celebraciones tuvo la oportunidad de crear un vínculo amistoso e intelectual con Diego Rivera con quien dialogó profundamente sobre la pintura y su papel social.

Al concluir los festejos en la URSS, Ramos se separó de la delegación oficial mexicana para dirigirse a Colonia, Frankfurt, Viena y París. La intención de Ramos en Colonia y Frankfurt era conocer y escuchar una catedra del filósofo alemán Max Scheler (1874-1928), sin embargo, las circunstancias no fueron favorables para que se diera el encuentro con el pensador que había leído desde años atrás y al cual profesaba gran admiración. No sin cierta desilusión y luego de realizar la obligada visita turística en donde pudo apreciar “algunas de las construcciones notables de Frankfurt, como la catedral de estilo gótico, construida en los siglos XIII y XIV; el Römer²⁷, donde eran coronados los emperadores alemanes y la Puerta de la ciudad, así como visitar el museo para extasiarse en la belleza de las pinturas de Dürer, Clauet, Delacroix, Monet y Cezanne y en las esculturas de Rodin y Maillol” (Hernández, 1997: 214); Samuel Ramos partió con rumbo a la capital austriaca en Viena esperaba conocer y escuchar a uno de los pensadores que sería fundamental en su producción futura, el psicoanalista Alfred Adler de cuya obra Ramos era estudioso.

En Viena, Ramos pudo escuchar algunas de las conferencias del curso que el psicoanalista daba a los maestros por parte del Instituto Pedagógico de Viena,

víctima del magisterio y se había prodigado en exceso y no había sabido renovar su discurso a tiempo, pero había sido un gran filósofo. A la muerte de Caso, Ramos escribió un artículo en el volumen de homenaje que prepararon sus discípulos” (Arreola, 1997:92).

²⁷ Römer, o «Romano» en alemán, es un importante monumento que en su momento fue el Rathaus (Ayuntamiento) de Frankfurt. En el año 1405 el ayuntamiento adquirió 9 casas, de las cuales eligió que se ubicaba en el centro de todo para hacerla sede. Durante la Segunda Guerra Mundial el edificio fue destruido parcialmente, afectando las casas aledañas, pero posteriormente fue reconstruido. Actualmente es muy visitado y está ubicado en la plaza Römerberg. <https://www.guiadealemania.com/romer/>

además, tuvo también oportunidad de conversar con Adler, y visitar las clínicas de psicoterapia infantil fundadas por éste, y observar directamente como se llevaba a la práctica la teoría y los métodos adlerianos.

Aquellas conferencias y conversaciones y las visitas a las clínicas de psicoterapia adlerianas, confirmaron a Ramos en la idea ya concebida en México - de emprender una caracterología del mexicano, describiendo sus morbos y tribulaciones y explicándolos por el sentimiento de inferioridad (Hernández, 1997: 215).

El viaje de Ramos continuó hacia París, corría ya el año de 1928 cuando se reencontró con su viejo amigo y excompañero de clases, Daniel Cosío Villegas, ambos asistieron a la Sorbona a escuchar las clases del escritor y filósofo francés Henri Bergson (1859-1941), el filósofo que tanto había influido en el pensamiento de su maestro Antonio Caso, y quien un año antes había ganado el Premio Nobel de Literatura. Además de las lecciones de Bergson, Ramos asistía a los cursos libres que el filósofo ruso Georges Gurvitch (1894-1965) ofrecía en la Sorbona, los cuales versaban sobre las tendencias actuales de la filosofía alemana, cursos en los que se analizaba el pensamiento de Edmund Husserl, Max Scheler, Nikolai Hartmann y Martín Heidegger.

El estudio de filósofos que reflexionaban sobre temas que concernían directamente a sus naciones y su cultura, como el caso de Croce, Ortega y Gasset, así como el viaje que realizó por diversas ciudades europeas, en las que pudo compartir reflexiones con pensadores que fueron fundamentales en su pensamiento como Alfred Adler, incrementó el bagaje intelectual, cultural y filosófico de Ramos y abrió un horizonte en sus reflexiones que se vio reflejado en una madura producción intelectual sobre México y su cultura, cuando éste regresó al país.

2.4 Obras e influencias (1919-1934)

Durante la década de 1920, Ramos se dedicó a escribir una serie de ensayos en los que plasmó las reflexiones que surgieron en su pensamiento a raíz de la lectura de diversos filósofos, primero siguiendo el camino de su maestro Caso, y posteriormente alejándose cada vez más del primero, hasta llegar a la ruptura y confrontación. Seguiría las enseñanzas y las reflexiones de Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, José Ortega y Gasset y Alfred Adler.

En el año de 1919, Samuel Ramos culmina el que será su primer trabajo filosófico aún como estudiante de la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, un estudio presentado para la cátedra de Lógica y Epistemología el cual intituló: *La teoría biológica del conocimiento* (Durán, 1996: 161. Larroyo, 1979: XVIII). En este trabajo Ramos reflexiona sobre un concepto popular durante este periodo, el concepto de la evolución confrontándolo con el concepto de estatismo.

La idea evolucionista capta los aspectos biológicos del saber; culmina en la doctrina pragmatista, que Ernesto Mach ha desarrollado a título de concepción económica (o utilitaria) del conocimiento. Algunos evolucionistas, concluye Ramos, sucumbieron a la ficción del materialismo y del mecanicismo. Error manifiesto. Es dable –y aleccionador– encontrar una forma en la corriente evolucionista que pueda garantizar la libertad humana, y, con ella, la posibilidad de una filosofía autónoma, que, a su turno, reconozca el valor de la ciencia. Piedra de toque de esta orientación es la tesis de la contingencia de las leyes naturales, de Emilio Boutrux (Ramos en Larroyo, 1979: XVIII).

En el prólogo al primer volumen de las obras completas de Ramos, Francisco Larroyo menciona que además de las tesis del filósofo francés Émile Boutroux (1845-1921), este primer trabajo filosófico está influido por las ideas de otro filósofo de la misma nacionalidad Henri Bergson (1859-1941) y del filósofo e historiador francés Ernest Renan (1823-1892), este último había reflexionado ampliamente sobre el tema de la nación y el nacionalismo francés en el último cuarto del siglo XIX.

En 1922 ya como profesor de filosofía, escribió una lección para el curso de lógica, titulada *El concepto de causa*, en esta lección, nos dice Durán, Ramos “sostiene que la causa es necesaria para la realización del conocimiento y de

nuestras experiencias sensibles” (1996: 161). Para fundamentar sus planteamientos en este estudio, Ramos recurrió a las reflexiones de diversos pensadores que con antelación habían abordado el término de causa, entre los que se encuentran John Locke (1632-1704), David Hume (1711-1776), Immanuel Kant (1724-1804), Arthur Schopenhauer (1788-1860), André-Marie Ampère (1775-1836), John Stuart Mill (1806-1873), entre otros. Finalmente, en este trabajo, decantará su pensamiento a la noción que sobre el concepto de causalidad ofrece, en ese entonces su maestro Antonio caso, quien seguía los postulados de Bergson en “La evolución creadora” (Durán, 1996: 161. Larroyo, 1979: XIX).

En 1924, luego de dejar la SEP, José Vasconcelos fundó la revista *La Antorcha*, *Revista de Letras, Artes, Ciencia e Industria*, en la que comenzó a publicar semanalmente artículos sobre diversos temas. Para ese entonces, Ramos que había comenzado a alejarse de la filosofía casista, se encontraba en el círculo más cercano a Vasconcelos, fue en esta revista que el autor de *El perfil del hombre y la cultura en México*, publicó una serie de artículos de temas diversos: “El pecado original de la Universidad Mexicana (Núm. 18), “El genio desconocido” (Núm. 19), “La tercera dimensión del conocimiento” (Núm. 20), “El evangelio de la inteligencia” (Núm.29), “Una confesión absurda” (Núm.35), “*Incipit vita nova*” (Num.37). “José Torres, el primero y el último positivista” (Núm.38) y “El ocaso de Ariel” (Núm.40)” (Arreola, 1997: 164. Durán, 1996: 140. Larroyo, 1979: XX-XXI). Tras el exilio de José Vasconcelos después de su ruptura con el grupo político de Obregón y Calles, y el fallido intento por la gubernatura de su natal Oaxaca, Samuel Ramos quedará a cargo de la dirección de *La Antorcha*, puesto que ocupará por un lapso breve, hasta que la falta de recursos económicos obligó al cierre de la publicación, durante este breve periodo publicó cuatro artículos más: “A guisa de prólogo” (Núm. 1), “Ortega y Gasset, espectador” (Núm.2), “Otto Weininger” (Num.3)²⁸ (Arreola, 1997: 164. Durán, 1996: 140. Larroyo, 1979: XXI).

²⁸ En el prólogo a la primera edición de las obras completas, Francisco Larroyo realiza una explicación sucinta y puntual sobre la temática de cada uno de estos artículos escritos por Ramos para *La Antorcha*.

Conforme la década de 1920 llegaba a su madurez, Ramos se alejaba cada vez más del paradigma filosófico que años antes lo había cautivado al grado de hacerle abandonar la carrera de medicina, con el correr de los años el filósofo de origen michoacano comenzaba a sentir la filosofía de su antiguo mentor, Antonio Caso, como algo repetitivo y que desde tiempo atrás nada aportaba a la filosofía en general. Patrocinada por Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), La revista *Ulises* sería el espacio desde donde Ramos lanzó dividido en dos números, un artículo con el que rompió definitivamente con su antiguo maestro: “*Antonio Caso, la campaña antipositivista*”. Ramos acusa a los ateneístas encabezados por Caso de aprovechar la precaria atmósfera filosófica en México resultado del pensamiento positivista, para hacerse de un lugar entre los pensadores mexicanos. Y va más allá contra su antiguo mentor, cuando le acusa de carecer de un pensamiento filosófico propio y dedicarse exclusivamente a replicar los argumentos de otros filósofos sin siquiera cuestionarlos. “Calibrando el ensayo de Ramos, se advierte que su propósito fue el de reprochar a su maestro su rezagada información filosófica, apoyada en cita oportunas” (Larroyo, 1979: XXV).

Un año después, en 1928 mientras Ramos se encontraba en Europa, se editó su primer libro: *Hipótesis*. Una recopilación de ensayos de su propia autoría publicados entre 1924 y 1927. La temática de la obra es variada, pero permite apreciar el cambio de pensamiento de Ramos durante estos años. Los ensayos presentes en el libro son los siguientes: 1. “Del siglo XIX líbranos señor”. 2. “Plotino”. 3. “La estética de Croce”. 4. “La evolución de Giovanni Papini”. 5. “Otto Weininger” (El simposio en el año de 1925). 6. “Ortega y Gasset, espectador”. 7. “Max Scheler”. 8. “Antonio caso”. 9. “El irracionalismo”. 10. “Mi experiencia pragmática”.

Entre 1928 y 1931 algunos de los artículos de Ramos serán publicados en la revista *Contemporáneos* “la famosa revista publicada por el (grupo sin grupo) de los más destacados escritores contemporáneos” (Arreola, 1997: 165). En esta revista publicó en dos números 15 y 16, “*El caso Stravinsky*”, un artículo sobre el músico ruso. Después de su viaje a Rusia en compañía de Diego Rivera (1886-1957), Ramos comenzó a reflexionar seriamente sobre la obra del muralista mexicano, en

los números 21 y 24 de *Contemporáneos* se publicó un artículo sobre Diego Rivera titulado “*El sueño de México*”. Posteriormente publicaría en los números 38 y 39 de la revista un artículo titulado “*La cultura criolla*”. Un par de años más adelante, estos dos últimos artículos serán el antecedente y formarán parte del libro en el que se encuentra trabajando y que tiene como título tentativo, *El sueño de México*.

El año de 1932 fue fundamental para la producción intelectual de Ramos rumbo a la construcción de su próximo libro, fue en este año, en el primer número de la revista *Examen*, editada por Jorge Cuesta (1903-1942) en donde Ramos publicó su artículo “Psicoanálisis del mexicano”; seguido en el segundo número del artículo “Motivos para una investigación del mexicano”. Estos dos artículos, junto con los dos últimos escritos en la revista *Contemporáneos*, fueron parte fundamental del libro en el que se encontraba trabajando durante este periodo y al que tenía pensado titular *El sueño de México*. Dos años después, en 1934, publicó finalmente un libro al que tituló *El perfil del hombre y la cultura en México*.

2.3 Los maestros

a) Antonio Caso (1883-1946): Durante la década de 1910 a 1920, el filósofo ateneísta Antonio Caso se habría de convertir en un referente para los estudiantes de filosofía en México. Caso era el representante de una generación que cuestionaba el pensamiento positivista prevaleciente en las élites intelectuales surgidas durante el periodo porfirista. Cuando Ramos llegó a la Ciudad de México, Caso era la figura más popular entre los universitarios, interesado como estaba por la filosofía, pero aún en la carrera de medicina, Ramos decidió asistir a las cátedras de Antonio Caso, influido éste, por el pensamiento de Bergson y el romanticismo filosófico. Fue tanto el impacto de las cátedras de Caso en la mente de Ramos, que éste, abandonó la carrera de medicina casi a punto de concluir, para dedicar su vida al estudio de la filosofía. En “Mi experiencia Pragmática”, ensayo contenido en su obra *Hipótesis*, Ramos escribe sobre su maestro:

Era Caso, en aquel momento, el filósofo que yo necesitaba, y desde luego se ganó mi simpatía y mi adhesión. Sus lecciones eran una vehemente requisitoria contra el positivismo y la defensa de una nueva filosofía que reivindicaba el sentido espiritual de la existencia. Entre aquellas novedades, Caso daba a conocer la teoría biológica del conocimiento y el conjunto de la doctrina pragmatista (Ramos, en Obras, 1979 t. 1: 79).

Samuel Ramos se asumirá en ese periodo de su desarrollo intelectual como discípulo de Antonio Caso, quien había propagado “entre los jóvenes –nos dice Arreola- el intuicionismo como el antídoto del positivismo” (1997: 86). A través de las lecciones de Caso, Ramos se acercó a la filosofía bergsoniana y a la fenomenología en las que se refutó la filosofía positivista y agnosticismo kantiano. Al igual que toda una generación, en los primeros años de la década de 1920, el filósofo michoacano fue muy cercano al intuicionismo casista, sin embargo, pronto comenzó a cuestionar y a alejarse de los planteamientos filosóficos enseñados por Caso, pues como él mismo escribe en *Hipótesis* “sentía una vaga repugnancia a convertirme en un adepto incondicional. Un amor exaltado por la libertad íntima me ha llevado a considerar toda adhesión absoluta como una servidumbre que menoscaba aquella libertad” (Ramos, en Obras, 1979 t.1: 66). En 1927 la ruptura entre Ramos y Caso fue total, después de que el primero publicaría en la revista *Ulises*, un artículo en el que realizaba una dura crítica a su antiguo maestro, tildándolo como repetitivo e ignorante de los planteamientos filosóficos más recientes.

Dormido en sus laureles, Caso ha ignorado la evolución del pensamiento de aquellos mismos filósofos con los que se armó para la batalla antipositivista: Bergson, Croce, y James y se ha perpetuado en la defensa de la intuición “en el país en el que hace falta la disciplina de la inteligencia”, y en un romanticismo desubicado y dañino para un país como el nuestro en el que jamás hemos padecido la “tiranía” racionalista (Sheridan, 2003: 292).

En *Hipótesis*, Ramos justifica la crítica que realizó a Antonio Caso, planteando que él poseía todos los datos para realizar un juicio sobre su maestro, pues conocía todas sus obras y había seguido por años sus cursos, había asumido su pensamiento y había además vivido sus doctrinas. Si bien era cierto que otros tantos más había seguido el pensamiento casista y eran discípulos igual de facultados que

Ramos para realizar una crítica, éste menciona que de no haber realizado la crítica a Caso, nadie más de los seguidores de éste lo habría hecho, pues todos ellos “conservando una enseñanza de Caso, piensan que en un país como México, pobre en tradición cultural, es preciso romantizar la historia, crear hombres mitos, idealizando a los que más se presten a ello, lo cual, ya se comprende, no es historia, sino improvisar un santoral” (Ramos, 1979 t.1: 84). Comenzaba ya a hacerse evidente en el pensamiento de Ramos, una dura crítica al discurso histórico heredado del siglo XIX.

b) Pedro Henríquez Ureña (1884-1946): A partir de las independencias políticas y la construcción de los nuevos Estados nacionales el siglo XIX en Latinoamérica, habían surgido entre los pensadores a lo largo del continente, reflexiones que tenía como finalidad explicarse a sí mismos desde su realidad y su contexto. Esta necesidad por construir el discurso de identidad histórica y filosófica, fue ganando adeptos a lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX en diversos países como Chile, Argentina, Uruguay, Venezuela, Brasil, México entre otros.

Mientras el fantasma del comunismo comenzaba a rondar por las calles de Europa, otro fantasma, el fantasma de la identidad, recorría las calles nocturnas de América Latina. A su manera y desde su contexto, cada país había logrado su independencia política, lo que venía a continuación, era intentar romper con las ataduras intelectuales y consolidar un discurso propio desde el pensamiento latinoamericano. La influencia de esta línea de pensamiento llegaría a Samuel Ramos a partir de dos de sus maestros más cercanos, Pedro Henríquez Ureña²⁹ quien en 1925 publicó una obra que estaba encaminada a consolidar el

²⁹ Henríquez Ureña no influyó sobre Ramos a distancia. Fue maestro suyo en trato directo. "Henríquez Ureña, comenta Ramos, profesaba sus propias ideas con un tono un poco escéptico, un poco irónico, que le permitía ser dueño de ellas, no su esclavo. En general, esta reacción era la misma para cualquiera otra idea. Le gustaba jugar con ellas con esa tranquilidad de conciencia del que primero las ha pensado seriamente. A mí me seducía esta entonación jovial, pareciéndome la más apropiada para conservar la libertad interior y recorrer sin inquietud el orbe del pensamiento... Pedro Henríquez Ureña me inició en el secreto de cómo puede comprenderse una idea importante, una obra maestra del arte o un gran hombre, sin ponerse de rodillas" (Larroyo, 1979: XII).

pensamiento hispanoamericano: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Y José Vasconcelos, quien en el mismo año publicaría *La raza cósmica*, obra en la que abordó temas como la identidad, el mestizaje y el hispanoamericanismo.

Sobre Henríquez Ureña, escribe Ramos en *Hipótesis*, que cuando tuvo oportunidad de conocerlo en la década de 1920, éste ya profesaba sus propias ideas, y habría de sembrar en el filósofo michoacano la idea de construir un pensamiento propio a partir de su formación y su entorno. “Pedro Henríquez Ureña –escribe en este mismo texto- me inició en el secreto de cómo puede comprenderse una idea importante, una obra maestra del arte o un gran hombre, sin ponerse de rodillas” (Ramos, 1979 t.1: 83). Esto en contraposición con la figura de Antonio Caso, que a decir de Ramos “ha tenido siempre una entonación solemne de sacerdote, la devoción del que maneja cosas sagradas” (Ramos, 1979 t.1: 83).

c) José Vasconcelos (1882.1959): (El filósofo mexicano José Vasconcelos sería una de las figuras principales en la intelectualidad y la política mexicana en la década de 1920. Al frente de la Secretaría de Educación Pública se dio a la tarea de alfabetizar al mayor número posible de personas en el país³⁰. “El eje de su acción [...] llevaría implícita la alfabetización de la población adulta, el mejoramiento material y moral de las comunidades rurales, la formación del magisterio sobre bases sólidas, la lucha contra la intolerancia, el fanatismo, los vicios y la corrupción” (Arreola, 1997: 95). Además de estas intensas jornadas de alfabetización, Vasconcelos editó una serie de libros con la intención de hacer llegar al mayor número de lectores y a un bajo costo, las obras de los clásicos del pensamiento

³⁰ A partir de octubre de 1921, por los esfuerzos educativos se redoblaron: el presupuesto para educación era cinco veces mayor *per capita*, que el que otorgó Díaz en 1902, por lo que durante tres años se duplicaba el número de maestros y alumnos respecto al año anterior; se promovió la solidaridad continental; se trabajó para incorporar a los indios al plan del país; llegaron intelectuales y estudiantes de toda América; se implantó la educación rural, la escuela técnica y de capacitación y las primarias y secundarias nocturnas urbanas a cargo de universitarios; se inundó el país entero de libros de autores clásicos; se entregaron los muros de los edificios públicos a los pintores, etc. Con palabras de Octavio Paz, Vasconcelos se convertía en “el fundador de la educación moderna en México”, y, quizá por primera vez, un postulado mayor de la Revolución se hacía realidad palpable y tangible (Sheridan, 2003: 100-101).

occidental. Fue precisamente en la edición de los llamados “libros verdes” en la que Samuel Ramos comenzó a colaborar con Vasconcelos, con la traducción de las *Eneadas* de Plotino. También se sumó a otro de los proyectos de alfabetización, las *Lecturas Clásicas para niños*, y las *Lecturas para Mujeres*, obras escritas para que los niños y niñas del país tuvieran un primer acercamiento a las obras clásicas de Oriente y Occidente.

A partir de ese periodo, junto con otros jóvenes de su generación entre los que destacaban, Jaime Torres Bodet, Daniel Cosío Villegas, Alejandro Gómez Arias, entre otros, Samuel Ramos se acercará al pensamiento filosófico autodidacta de José Vasconcelos del cual se ha hablado en el primer capítulo de esta tesis, y quien “les enseñaba, además de filosofía, la forma de convertirla en algo viviente, militante, práctico, que merecía el esfuerzo, y aún el sacrificio de los estudiosos” (Arreola, 1997: 99). Cuando los problemas con el grupo de los sonorenses en el poder le obligaron a dejar la Secretaría de Educación Pública, Vasconcelos fundó la revista *La Antorcha* (1924) en la cual Ramos fue un asiduo colaborador, y de la que se hizo cargo en su última etapa cuando Vasconcelos salió al exilio en 1925.

Sobre el autor de *La raza cósmica*, Ramos escribe en *Mi experiencia pragmática*, el último artículo que aparece en *Hipótesis*, que, desde su llegada a México en 1920, Vasconcelos sería la figura más importante para lo mejor de la juventud literaria del país, quienes estarían cercanos éste durante los proyectos que emprendería a lo largo de casi una década. Mientras Ramos hablaba ya del desencanto de Antonio Caso, de José Vasconcelos se expresaba de una forma que no dejaba lugar a dudas sobre la influencia que éste tuvo en su formación personal e intelectual: “Llegaba Vasconcelos, como una fuerza de la naturaleza que arrasa y destruye, pero con un ímpetu creador también, lanzando ideas que sacudían nuestros espíritus por la electricidad moral de que estaban cargadas” (Ramos, 1979 t.1: 83).

d) José Ortega y Gasset (1883-1955): La formación intelectual y filosófica de Samuel Ramos pasó de sus primeras lecciones sobre el positivismo con el maestro

José Torres, al intuicionismo bergsoniano practicado por Antonio Caso, posteriormente continuó con las tareas prácticas y el vitalismo de Vasconcelos, y “culminó con las críticas, reflexiones y enlaces con los nuevos derroteros de la cultura europea, de José Ortega y Gasset” (Arreola, 1997: 102). Una de las primeras lecturas de Ramos al llegar a la Ciudad de México, fue *Meditaciones del Quijote*, una obra de 1914 en la que Ortega y Gasset habla sobre la crisis en la que se encontraba el pueblo español a principios del siglo XX, y que influyó en los pensadores mexicanos y los incitó a reflexionar sobre sí mismos desde su circunstancia.

Había en Ortega, según lo han apreciado sus biógrafos, un evidente pesimismo por el estado de la cultura española; esta era una herencia que recibió de los hombres de la Generación del 98, abrumados por un sentimiento de decadencia tras la pérdida de las últimas colonias americanas; y esto no porque tuvieran intereses colonialistas sino por lo que significaba como acción de un pueblo que había llegado a un grado de degeneración que aquella pérdida era solo un dato. Ortega recoge este pesimismo y sostiene que sólo la obra de Cervantes trasluce la grandeza efímera de un pueblo, hundido en la ignorancia, la apatía, la pereza y la falta de sensibilidad (Arreola, 1997: 104).

La formación intelectual de Samuel Ramos, se nutrió en gran medida del pensamiento de Ortega y Gasset, entre otros, el filósofo michoacano tuvo acceso a los textos publicados en *El Espectador*³¹, así como los artículos publicados en la *Revista Occidente*, y los volúmenes de la *Biblioteca de Ideas del Siglo XX*. Publicaciones que tenían como intención traer a los países hispanohablantes el pensamiento más reciente de la filosofía alemana y española. Fue gracias a las publicaciones del filósofo español que toda una generación en México y América Latina, entre la que se encontraba Ramos, pudo conocer los postulados de pensadores como Spengler, Scheler, Husserl, Dilthey, Rickert, Brentano, Adler, Freud, Jung, entre otros (Larroyo, 1979: XIII. Romanell, 1960: 170).

³¹ En *Hipótesis*, Ramos habla sobre *El Espectador*, y dice sobre este “no es recomendable a los que no están familiarizados con rarezas. Encontrarán duro y chocante el contraste entre lo trascendente y lo trivial [...]. Las páginas de *El Espectador* sólo complacerán a quien no prejuzga que las cuestiones filosóficas deben estar separadas por los muros de la universidad o de la academia. Hace bien Ortega y Gasset en encontrar por todas partes coyuntura para deslizar teorías, porque de este modo saca la filosofía a tomar sol y aire puro. Solo ahí se humaniza el pensamiento y se dignifica la vida” (Ramos, 1979 t.1: 50).

En los primeros años de la década de 1920, Ramos se había acercado al intuicionismo, antiintelectualismo, y romanticismo, corrientes del pensamiento francés, encabezados por Bergson y Boutroux, con la influencia del pensamiento y las obras de Ortega y Gasset, tendría ocasión de conocer nuevas líneas de pensamiento filosófico como el realismo crítico, el neokantianismo, la fenomenología, el historicismo, el racio-vitalismo, la filosofía de la cultura y la axiología.

En los jóvenes mexicanos estudiosos de la filosofía, aquellas ideas de Ortega tenían mucha importancia porque les hacía comprender que los problemas señalados por el maestro español eran los mismos que ellos observaban en México, agravados aquí por la vigorosa presencia de las culturas indígenas poseedoras de avanzadas culturas, aunque también corroídas por grandes perversidades. De las condiciones aberrantes de la conquista y del resultado social que fue el mestizaje se había nutrido nuestro problema nacional bajo el signo de un sentimiento de inferioridad, éste común de todas nuestras manifestaciones colectivas (Arreola, 1997: 110).

Aunado a la difusión de nuevos planteamientos de la filosofía alemana, Ortega y Gasset tenía la intención de construir una filosofía propia, la cual estuviera enfocada desde una perspectiva española. El carácter profundamente español del pensamiento y el estilo orteguiano, fue la más valiosa enseñanza para la generación de Ramos, quien vio en el pensamiento de Ortega las bases filosóficas para legitimar la aspiración de un pensamiento nacional, que ya había vislumbrado con Vasconcelos.

Escribe Francisco Larroyo en el prólogo al primer tomo de las obras completas de Samuel Ramos (1979), que fueron dos las obras de Ortega y Gasset que influyeron de manera significativa en el pensamiento de Ramos durante su etapa formativa: *Meditaciones del Quijote* y *España Invertebrada*. El mismo Larroyo cita a José Gaos³² quien recién llegado al país, realiza un comentario sobre la segunda

³² “Lo primero que a mí, como español discípulo de Ortega y Gasset, me ha llamado la atención, es la similitud del problema planteado en el libro, y de la manera de plantearlo y aún de tratarlo en busca de la solución, con el problema también de la cultura nacional venidera, y por ya para ella pretérita y actual de que partió la obra del maestro español allá por 1914, el año de las *Meditaciones del Quijote*. La inquietud por España, como cultura, la idea de la salvación de esta cultura nacional por la cultura,

edición de *El perfil del hombre y la cultura en México* (1938), obra en la que ve una clara influencia del pensamiento de Ortega y Gasset, expuesto principalmente en las dos obras antes mencionadas.

... en esta frase (de *Meditaciones del Quijote*): “yo soy y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo”, veía una norma que aplicar a México, cuya realidad y cuyos problemas eran completamente desconocidos para la filosofía. “La meditación filosófica podía muy bien servir a la definición de la circunstancia mexicana, a la determinación de lo que es o puede ser la cultura, tomando en cuenta las modalidades propias de nuestra historia y la forma en que éstas han moldeado la fisonomía peculiar del hombre mexicano” (Larroyo, 1979: XIV).

La influencia del pensamiento de Ortega y Gasset en Ramos no se redujo a plantear las preguntas sobre la identidad y la construcción de un pensamiento propio. Los planteamientos filosóficos de Ortega y Gasset, cuestionaban también a la filosofía de la Europa Occidental, que pretendía realizar su análisis desde un punto de vista en el que se trascienda los nacionalismos; una filosofía con un punto de vista universal humano (Gómez, 1987: 210). Basado en lo anterior, Ortega reflexionó sobre la historicidad de la filosofía en “*El tema de nuestro tiempo*, donde reunió estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote*, aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional” (Arreola, 1997: 105). Estas reflexiones influyeron de manera significativa en algunos de los pensadores mexicanos en la década de 1920, entre los que se encontraba Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Samuel Ramos, entre otros. No obstante, la filosofía de Ortega en México, no habría de permear en los pensadores del país de la misma forma en que antes lo habían hecho las ideas de Comte y Bergson. Como escribe José Luis Gómez en su texto intitulado *La presencia de Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano*, los pensadores en México “no se acercaron a su obra para imitarla; más bien al contrario, en Ortega encontraron su independencia. Vieron en algunos de sus postulados un espejo que

el programa de estudio de la realidad patria, fueron circunstancias, raíces y temas en el complejo punto de partida del maestro español” (José Gaos, en Larroyo, 1979: XIII).

reflejaba una respuesta epistemológica a sus problemas y a su circunstancia” (1987: 207).

Los pensadores mexicanos encontraron en las ideas de Ortega y Gasset, un fundamento teórico que les permitió aventurarse a la emancipación intelectual, a la reflexión de su realidad desde sus propias circunstancias. Les impulsó a intentar lanzar una mirada a sí mismos desde una perspectiva distinta a la europeísta con la que se habían observado hasta entonces. La influencia del pensamiento orteguiano sobre la circunstancia, germinaría en la mente de los pensadores en México e Hispanoamérica a partir de la década de 1920, y serían estas reflexiones las que llevarían a Samuel Ramos a publicar en 1934, la que se considera como la primera obra dedicada enteramente a reflexionar sobre la cultura mexicana y el mexicano.

Otra de las aportaciones de Ortega y Gasset a la formación intelectual hispanoamericana, que sería fundamental en el pensamiento de Ramos, fue la divulgación del psicoanálisis, gracias a su intervención, en 1922 se tradujeron al castellano las obras de Sigmund Freud (1856-1939), el prólogo de esta traducción fue redactado por el propio Ortega, y en este “valoraba el espíritu innovativo y original de su autor, y el interés de algunas de sus ideas y trabajos –como la de *represión*, y el interés por el tema erótico o el libre sobre los sueños-, junto a ciertos caprichos o arriesgadas interpretaciones” (Carpintero, 2020: 435). Ortega y Gasset estudió y reflexionó las ideas del psicoanálisis planteadas por Freud, con quien tuvo acuerdos y desacuerdos respecto a sus planteamientos, pero de cuyas ideas fue un gran impulsor. Su interés por el psicoanálisis le llevó a acercarse y profundizar en las obras del psicoanalista suizo Carl Gustav Jung (1875-1961), y el psicoanalista austriaco Alfred Adler, ambos discípulos y colegas destacados de Freud con quien las discrepancias teóricas sobre el psicoanálisis le llevaron a una ruptura de la que surgieron dos escuelas psicoanalíticas. La psicología profunda, fundada por Jung, y la psicología individual, fundada por Adler.

En la obra *Ortega y Gasset psicólogo*, Helio Carpintero hace entre otras, una disertación sobre la cercanía del filósofo español con los planteamientos de la

psicología individual de Adler, la cual, menciona, no fue tan evidente como la que tuvo con la obra de Freud o Jung. En las colecciones dirigidas por Ortega, la obra de Adler pasó casi desapercibida, excepto por su obra *Conocimiento del hombre*, que en el año de 1931 apareció en la *Colección de Ideas del Siglo XX*, en la editorial Espasa-Calpe (2020: 211). Pese a lo anterior, Carpintero menciona que existen elementos que hacen evidente el interés de Ortega sobre la psicología adleriana. Entre éstos, hace referencia a una entrevista publicada por el psiquiatra húngaro Ferenc Oliver Brachfeld (1908-1967), en esta entrevista, Ortega y Gasset hace manifiesta su afinidad con el pensamiento adleriano, y “en forma sintética, declara su interés por la obra de Adler que ve como una observación dinámica y holista de la vida psíquica, y que, como también piensa Ortega, hace de la psicología la ciencia del vivir”³³ (2020: 214).

Es en el estudio sobre *Los sentimientos de inferioridad*, publicado por F. Oliver Brachfeld en 1944, en donde Carpintero encuentra otro vestigio de la cercanía de las ideas adlerianas con el pensamiento de Ortega. El discípulo de Adler toma como punto de referencia un ensayo publicado en la *Revista de Occidente* en 1923, “Para una topografía de la soberbia española” en este artículo, Ortega plantea que los sujetos se rigen con respecto a los otros, a partir de un sistema jerárquico inconsciente, el cual finalmente “sopesa el valor de aquél y decide si vale más, igual o menos que nuestra persona” (Ortega en Carpintero, 2020: 229). Brachfeld plantea que ese mecanismo de estimación, es a su juicio, el mismo que Adler toma como punto central para sus postulados sobre el sentido de inferioridad y superioridad del individuo. Y hace una comparativa entre el pensamiento de Ortega y el de Adler, con respecto al tema de jerarquización ante los otros, tanto en Ortega como en Adler

³³ “Comienza Ortega diciendo que sus ideas coinciden completamente con las de Adler, cuya obra conoce y ha seguido en su desarrollo. A su juicio, cree que la psicología debe investigar las líneas maestras que guían cada vida individual. Ha de ocuparse ante todo de las metas vitales de cada cual. Y desde ese conocimiento del todo vital es desde donde hay que plantear el sentido de los fenómenos y contenidos parciales. La psique es el aparato que permite vivir. Por eso ha de ser estudiada de un modo, a la vez, dinámico, integral y concreto. Rechaza, pues, una psicología elementalista al igual que otra que esté puramente centrada en el estudio de las funciones psíquicas o aisladas. El tema de la psicología ha de ser la vida; será la ciencia del vivir mismo. Ello implica estudiar a la vez la psique y el mundo hacia el cual nos orientamos en el cual y con el cual vivimos” (Carpintero, 2020: 214).

“hallamos un proceso autoevaluativo que determina la percepción subjetiva de un nivel de competencia y valor concreto. Ese sentimiento del nivel –dice Oliver Braschfeld- es el que da lugar a los sentimientos de inferioridad. Y añade: *Discurriendo sobre el tema, Ortega llega al mismo resultado... que la escuela adleriana*” (2020: 229).

Con base en lo anterior, no resulta fuera de lugar, suponer que Samuel Ramos, cercano a la psicología individual de Adler, encontró en la filosofía orteguiana de quien también era un asiduo estudioso, un respaldo intelectual en las reflexiones sobre los planteamientos del complejo de inferioridad en la psicología del mexicano, reflexiones que le llevarían a escribir su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*.

e) Alfred Adler (1870-1937): Un teórico fundamental en la etapa formativa del pensamiento de Samuel Ramos, fue el médico y psicoterapeuta austriaco Alfred Adler, alumno destacado del famoso psicoanalista vienés Sigmund Freud (1856-1939), quien se alejó de los planteamientos de este último al cuestionar su idea del pansexualismo, y planteó “la importancia de lo social y de la libertad en la explicación de la psique humana, según lo expone en su libro *El conocimiento del hombre*, 1927”. (Larroyo, 1979: XIV). Para Adler será el periodo de la niñez el punto fundamental en donde el individuo desarrolla su personalidad, y será precisamente durante esta etapa de su desarrollo en la que éste adquiere lo que el psicoterapeuta austriaco denominó *complejo de inferioridad*.³⁴ “No era, pues, el subconsciente sólo

³⁴ La doctora Rühle-Gerstel explica las teorías de Adler en los términos más claros: “el hombre entra al mundo –dice- como niño: pequeño, débil, desamparado, ignorante, falto de orientación. En comparación con los adultos de su ambiente, se encuentra inferior en todos los aspectos, desde luego la mera circunstancia de ser inferior en relación con la talla y fuerza de los adultos y el hecho de que las acciones infantiles sean reguladas por órdenes y prohibiciones, mientras que los adultos pueden, en apariencia (es decir, vistos desde la perspectiva del niño) actuar libre y arbitrariamente, es suficiente para que despierte en el niño un sentimiento de disminución, de una posición inferior en la vida”. Así nace el complejo de inferioridad que habrá de manifestarse de muy diversas formas a lo largo de la vida de cada persona, dependiendo de su educación, en el más alto sentido, y de su adaptación al medio social. Si la idea de minusvalía persiste, los individuos manifestarán ese complejo a través de diversas actitudes que corresponderán a la “normalidad” o “anormalidad” de cada quien, desde los tipos neuróticos en diversos grados hasta los que logran superar las deficiencias originales y convertirse en seres “equilibrados” (Arreola, 1997: 111).

un producto del ser individual sino un producto social, común a una edad de todos los individuos. La mayoría de los individuos lograban superar ése y otros complejos mientras que otros los conservaban como el centro de su conducta” (Arreola, 1997: 110). Será precisamente de Alfred Adler, que Samuel Ramos retome la teoría del *complejo de inferioridad* y haga eco de ésta para reflexionar sobre la psicología del mexicano (Zabludovsky, 1991: 178); este planteamiento, será un pilar fundamental en su obra *El perfil del hombre y la cultura en México*.

En el prólogo a la tercera edición de su libro (1951) Ramos habla de la influencia que tuvo la teoría de Alfred Adler en su pensamiento y en esta obra en particular.

Hace algunos años observando los rasgos psicológicos que son comunes a un grupo numeroso de mexicanos, me pareció que podían explicarse desde un punto de vista señalado por Adler. Sostengo que algunas expresiones del carácter del mexicano son maneras de compensar un sentimiento inconsciente de inferioridad. [...]. No voy a repetir aquí las ideas contenidas en el libro, sino únicamente quiero recordar que encontré un tipo popular de mexicano, “el pelado”, cuyo comportamiento para compensar el sentido de inferioridad corresponde con exactitud, a lo que Adler ha llamado “la protesta viril” (Ramos, en Obras, 1979 t.1: 92).

Como ya se mencionó, la importancia de la teoría de Alfred Adler será tal en el pensamiento de Ramos, que durante su viaje por Europa entre 1927 y 1928, el filósofo mexicano hizo una escala en Viena para asistir a algunas de las conferencias que Adler impartía en el Instituto Pedagógico de Viena, aunado a esto, tuvo oportunidad de conversar con el psicoanalista y observar directamente la aplicación práctica de la teoría y metodología adleriana, metodología que utilizó a su regreso al país en su reflexión psicoanalítica del hombre en México.

La teoría del complejo de inferioridad, tiene su origen en los primeros años de Adler como médico, estudiando el deterioro de los órganos del cuerpo humano con el paso del tiempo, llega a la conclusión de que la existencia de éstos, tiene una meta determinada en el cuerpo humano, es decir, los órganos “exhiben un aspecto teleológico” (Rodríguez, 1977: 423). Posteriormente, encaminó su reflexión sobre el tema a construir una analogía entre los órganos del cuerpo y la personalidad de los

seres humanos. Para Adler, la existencia de los hombres está determinada por la meta que cada uno persigue, la cual es forjada desde la infancia.

Dicha meta consiste esencialmente en sobreponerse a las exigencias del ambiente a fin de llegar a una condición superior. Para ello el sujeto se crea un prototipo, identificándose con un individuo real o imaginario, el cual le sugiere su estilo de vida. Ese deseo inherente de superarse nace de un sentimiento de inferioridad. Este concepto es fundamental en Adler (Rodríguez: 1977: 424).

Para la escuela adleriana, el complejo de inferioridad no es en sí mismo un problema, ni una enfermedad, tampoco se trata de algo extraordinario o fuera de lugar en la vida de los seres humanos, por el contrario, es parte de la formación de los individuos, una forma de estimulación en el proceso de crecimiento y desarrollo de la vida en pos de cumplir determinadas metas. En *El sentido de la vida*, publicado en 1935, Alfred Adler diserta sobre la importancia del sentido de inferioridad en los seres humanos, pues esta sensación presente en la vida de los hombres si se aprende a utilizar en beneficio propio, funge como catalizador para que el individuo aspire y llegue a superarse. Esta necesidad de superación es de vital importancia para una especie que carece de elementos biológicos propios para sobrevivir en la Naturaleza, al respecto escribe:

Su vida no está asegurada más que bajo ciertas condiciones, como son una conveniente división del trabajo y una suficiente multiplicación de los individuos. Sus órganos y su espíritu trabajan de continuo para superarse, para afianzarse. A esto hay que añadir su mayor conocimiento de los peligros de la vida y una menor ignorancia de la muerte. ¿Quién puede dudar seriamente de que para el individuo, tan mal dotado de la Naturaleza, la sensación de inferioridad es una verdadera bendición, que sin cesar le empuja hacia una situación de plus hacia la seguridad, hacia la superación? (2018: 59).

Para Adler, cada dificultad a la que se enfrentan los individuos en su cotidianidad, es en cierta medida una oportunidad de ponerse en guardia e ir hacia adelante, en palabra del psicoanalista vienés, “todo movimiento constituye una marcha hacia adelante para pasar de la imperfección a la perfección” (2018: 61). No obstante, el sentimiento de inferioridad puede degenerar en una patología cuando el individuo no desarrolla las capacidades que le permitan utilizar este sentimiento como un catalizador, y por el contrario, se ve superado por la sensación de inferioridad que

lo lleva a un estado de depresión y menosprecio que termina generando en éste, un complejo de inferioridad, es decir, un desequilibrio psíquico en el que el individuo se desvaloriza a sí mismo.

Sobre el complejo de inferioridad, escribe Adler en *Práctica y teoría de la psicología individual*, publicada en 1927, que éste es originado "por impresiones reales, ulteriormente mantenido y subrayado tendenciosamente ya desde la primera infancia -este complejo, continua el autor-, impulsa al paciente a asignarle a sus aspiraciones un objetivo que va más allá de toda medida humana, aproximándose a una autodivinización que le impone caminar como sobre el filo de una espada, exactamente sobre ciertas líneas directrices" (1958: 54-55). Al ser incapaz de lograr estos objetivos que parten de una sobreestimación de sus capacidades, el individuo cae en un estado de depresión y un sentimiento de insuficiencia.

Como ya se ha dicho en este apartado, Adler considera que un individuo, determinado por su entorno, se plantea metas hacía las que dirige su existencia. Ante un sujeto que ha desarrollado un complejo de inferioridad, el especialista formado en la teoría de la psicología del individuo se acerca a éste con la intención de comprender las metas que han detonado esta patología, para tratar al paciente. Adler escribe respecto a esto:

Si conozco el objetivo de una persona, sé, aunque sólo aproximativamente, qué sucederá. Y, por lo tanto, me hallaré en condiciones de inferir los movimientos parciales que han de surgir, seré capaz de verlos en su nexo, o de corregir y adaptar continuamente mi conocimiento psicológico aproximativo de los nexos. En cambio, si sólo conozco las causas, los reflejos y la velocidad de reacción, la capacidad de atención y otras cosas similares, no sabré nada de lo que acontece en el ánimo de la persona en cuestión (1958: 22).

De la misma forma que Adler encaminó sus estudios sobre los órganos hacía una analogía con los seres humanos, Samuel Ramos, estudioso de los planteamientos de la psicología adleriana, encauzará sus reflexiones sobre el complejo de inferioridad, hacía una analogía entre el individuo singular, y el individuo en el que se proyecta la cultura de una nación, en concreto, la reflexión de Ramos girará en torno a lo que en ese momento se entendía como el mexicano.

2.4 El mexicano y su complejo de inferioridad

Al abordar el tema del Sentido histórico presente en una obra, Jörn Rüsen plantea que el Sentido, se ve representado en las tres extensiones o dimensiones que constituyen la narrativa histórica: *contenido, forma y función*. Para que podamos decir que se ha construido Sentido histórico en una obra, estas tres extensiones deben estar presentes y relacionadas entre sí de una manera coherente. Respecto al contenido, Rüsen hace énfasis en que debe existir veracidad en lo que se narra. Y escribe: “el sentido de la historia significa que el pasado hecho presente tiene calidades de experiencia. Debe haber sido como se dice que ha sido” (2013: 55). Sin embargo, para el autor de *Tiempo en ruptura*, no es suficiente la veracidad de los hechos acontecidos en el pasado, en sí mismos, estos hechos no son históricos, es sólo a través de la divergencia y la convergencia de los tiempos, pasado, presente y futuro, que los acontecimientos adquieren su calidad de históricos. “A la pura facticidad del pasado debe añadirse el hecho del transcurso temporal; esto es, el cambio representado” (2013: 55).

Cuando hace referencia a la *forma* en la narrativa histórica, Rüsen se refiere a la coherencia que existe en una narración, es decir, que los hechos que en ésta aparecen, estén representados de una manera que sean comprensibles al lector. “La representación ha de tratar de un sujeto de referencia del transcurso temporal y necesita estar clara y entendible, y tener un principio y un final, los pasos narrativos individuales tienen que relacionarse entre sí y construirse mutuamente por medio de lo narrativo” (2013: 56). La forma en que se construye la narrativa debe ser congruente, estar determinada por una estructura acorde con un marco teórico, los conceptos presentes en ella deben encajar con la narrativa y no sentirse ajenos, superpuestos, fuera de lugar.

Finalmente, la narrativa que constituye el Sentido histórico, escribe Rüsen, “posee una dimensión funcional vinculada con el destinatario y su uso del tiempo interpretado para la orientación de su acción y su pasividad” (2013: 56). La *función*

que cumple el Sentido histórico es la de dar respuesta a las preguntas que desde el presente buscan su explicación en los acontecimientos del pasado, y se proyectan hacia la acción de un posible futuro. Con respecto a la función, continúa Rüsen, “las historias deben responder a las preguntas que comparten el narrador y el destinatario, deben tener y hacer sentido en la relación comunicativa entre ellos” (2013: 56). Es decir, debe existir una coherencia funcional de los acontecimientos del pasado convertidos en historia desde el presente. Desde las necesidades de orientación del presente. “El sentido -escribe Rüsen- tiene una relación coherente con la práctica histórica de hacer presente el pasado y con la perspectiva temporal del presente hacia el pasado, por medio de la cual finalmente se despliega el futuro como horizonte para la acción” (2013: 57).

Profundicemos un poco más en la reflexión sobre el concepto de Sentido desarrollado en la obra de Rüsen. Como se abordó en el primer capítulo de esta investigación, el Sentido se construye a partir de cuatro operaciones mentales: *percepción, interpretación, orientación y motivación*³⁵. Estas cuatro operaciones mentales se desarrollan desde la subjetividad del individuo que construye un discurso, el cual dota de Sentido a su obra. “De este modo –escribe Rüsen-, los cambios se presentan como resultados intencionados, como si los provocara una voluntad intencional dirigida hacia una meta determinada” (2013: 30). Es decir, toda construcción de Sentido se da en un espacio y tiempo determinado, un lugar y un presente desde el cual, el sujeto que dota de Sentido una obra, tiene al momento de escribirla una intención y una finalidad. Para el autor de *Tiempo en ruptura*, el

³⁵ La percepción implica la aprehensión del mundo exterior e interior por medio de los sentidos. La interpretación de estas percepciones explica el mundo y hace posible la comunicación sobre sí mismo con otros. La orientación significa el empleo de las percepciones interpretadas para la dirección intencional de la práctica. Este empleo sucede de dos maneras: respecto del mundo exterior se trata de la interpretación del mundo de los objetos; respecto del mundo interior, la percepción interpretada influye en la constitución del sí mismo personal y social (yo y nosotros), y una individualidad; es decir, la subjetividad humana se configura de modo cultural. Con ello, se determina también la diferencia para con el otro. La motivación finalmente significa que las interpretaciones orientadoras se efectúan mediante intenciones determinadas así como rigen los impulsos volitivos y sobre todo, desempeñan la función de determinar la direccionalidad en la vivienda de los intereses y las necesidades (Rüsen, 2013: 42-43)

Sentido histórico tiene una connotación teleológica, se construye orientado hacia un fin determinado. El presente desde el que surgen los cuestionamientos, busca en el pasado las respuestas que le den sentido a su existencia y al mismo tiempo lo proyecten hacia un futuro posible.

Si el Sentido histórico es una construcción subjetiva desde un presente determinado, para intentar comprender el Sentido en una obra en específico, es fundamental acercarnos al sujeto que construye el discurso. Conocer en lo general su contexto social, político, económico, ideológico, cultural. Pero es necesario ir más a fondo en el conocimiento del sujeto que dota de Sentido el discurso, conocer en lo particular su historia de vida, familia, amigos, anécdotas personales, formación académica, gustos literarios, inclinaciones ideológicas, pasiones, y todos aquellos elementos que a lo largo de la vida de un hombre, influyen directamente en la forma en la que éste percibe e interpreta su realidad.

Dicho lo anterior, para intentar comprender el Sentido histórico en los capítulos de la primera edición, publicada en 1934 de *El perfil del hombre y la cultura en México*, es indispensable además del análisis de la obra, conocer a su autor, profundizar en la historia de vida del filósofo michoacano Samuel Ramos, e intentar comprender a partir de su subjetividad, de qué manera fue construyendo la forma de percibir e interpretar su realidad, y cómo a partir de esta percepción interpretada, orientó la construcción del discurso que constituye su obra.

En *El perfil del hombre y la cultura en México* Samuel Ramos trata e interpreta a la nación mexicana como a un individuo. El filósofo ateniense –Platón, escribe Ramos- “sostenía que el Estado es una imagen agrandada del individuo” (1987: 49). Siguiendo esta línea argumental, Ramos, partió de la idea que el mexicano se comportaba en la vida pública de la misma forma que lo hacía en su vida privada. Bajo esta lógica, México era para el pensamiento del filósofo michoacano, una proyección abstracta de sus habitantes. Luego entonces, para comprender a los habitantes del país, para definirlos, para develar su identidad, era necesario abstraer la pluralidad social y cultural de los habitantes del territorio nacional en la singularidad de la idea de nación.

Como se ha insistido a lo largo de esta investigación, la construcción de Sentido está determinada por las circunstancias de aquel que escribe y dota de Sentido su discurso, en el caso de Samuel Ramos, su formación como médico será determinante. Pese a que finalmente encaminaría sus estudios a la filosofía, y consagraría el resto de su vida al estudio y la reflexión filosófica, la medicina nunca dejó de ser fundamental en su percepción e interpretación de la realidad. Ramos se formó en medicina y se acercó a los planteamientos psicológicos propuestos por Alfred Adler. Con base en lo anterior, no resulta extraño que en sus reflexiones, analizara a la nación mexicana como a un individuo. Más en concreto, como a un paciente.

“Las modernas doctrinas psicológicas –escribe en *El perfil del hombre y la cultura en México*, siguiendo los planteamientos de Adler- nos enseñan que no es posible definir el carácter individual de un hombre si no se conocen ciertas experiencias de su vida infantil que encauzan definitivamente la evolución del alma” (Ramos, 1987: 31). De esta manera se aventuró a analizar el comportamiento de *su paciente* (México) con base en las actitudes propias de las etapas de crecimiento, infancia, juventud, adultez, y vejez; además de diagnosticar los males que aquejaban a *su paciente* de acuerdo con su historial de vida y su comportamiento.

Siendo todavía un país joven, quiso, de un salto, ponerse a la altura de la vieja civilización europea, y entonces estalló el conflicto ente lo que se quiere y lo que se puede. La solución consistió en imitar a Europa, sus ideas, sus instituciones, creando así ciertas ficciones colectivas, que, al ser tomadas por nosotros como un hecho, han resuelto el conflicto psicológico de un modo artificial (Ramos, 1987: 14).

En el discurso de Ramos, se habla del nacimiento de México en el periodo de la Conquista en el siglo XVI; sus primeros años de existencia, tutelado por la monarquía española le darán cierta estabilidad como individuo y le mantendrán a salvo de tomar decisiones apresuradas sobre sí mismo. Al momento de su nacimiento, “México -escribe Ramos- se encontró en un mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores” (1987: 48). Fue a partir del proceso emancipador de la Nueva España que la nación comenzó a tomar consciencia de sí misma. Es durante este periodo, en los albores de su adolescencia que, según el

diagnóstico de Ramos, el sentimiento de inferioridad que tuvo su génesis en el proceso de Conquista y Colonización, comenzó su efecto dañino sobre la nación mexicana.

Ramos apeló a diversos acontecimientos del pasado para construir las respuestas a las preguntas que su presente le llevó a formularse, preguntas sobre la identidad del mexicano. A finales de la década de 1920 y principios de la década de 1930, se intensificaron en el país los debates sobre el nacionalismo y la identidad nacional. El autor de *El perfil del hombre y la cultura en México*, construyó una narrativa histórica de origen que le permitió justificar los planteamientos presentes en su obra, orientados a consolidar el concepto del mexicano y su cultura.

Samuel Ramos, discípulo y compañero de José Vasconcelos, y de Pedro Henríquez Ureña, reflexionó sobre la construcción de una identidad hispanoamericana, fue también, participe activo en las discusiones sobre el nacionalismo mexicano, las cuales se intensificaron en los primeros años de la década de 1930. Como consecuencia de este proceso convulso entre los intelectuales del país, las reflexiones de Ramos desembocaron en un discurso que intentó consolidar un esbozo más o menos homogéneo de los individuos que Ramos consideraba como mexicanos, y también de su cultura.

La obra de Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, se editó por primera vez en 1934, su aparición generó opiniones encontradas entre la élite intelectual del país, no obstante se le concedió a ésta el mérito de ser la primer obra que abordaba el tema del mexicano y su cultura partir de su propia circunstancia. Como ya se ha mencionado en esta investigación, esta obra tuvo su génesis en cuatro artículos: “El sueño de México”, “La cultura criolla”, publicados en la revista *Contemporáneos*, y “Psicoanálisis del mexicano”, “Motivos para una investigación del mexicano”, estos últimos, publicados en la revista *Examen*. En estos artículos Ramos reflexionó de manera profunda y crítica sobre el tema de la identidad del mexicano.

La primera edición del libro, y sobre la que se reflexiona en esta investigación, estuvo integrada por siete ensayos en los que el autor disertó de manera profunda

sobre la psicología del mexicano y su cultura, productos éstos, del desarrollo histórico del país. Los ensayos que integraron esta primera edición fueron: 1. “La imitación de Europa en el siglo XIX”. 2. “La influencia de Francia en el siglo XIX”. 3. “Psicoanálisis del mexicano”. 4. “La cultura criolla”. 5. “El abandono de la cultura en México”. 6. “El perfil de la cultura mexicana”. 7. “El perfil del hombre”. La segunda edición de la obra se realizó apenas cuatro años después, en 1938. Trece años más tarde, en 1951, se publicó la tercera edición en la que Samuel Ramos sumó a la obra, un prólogo y siete ensayos, que tenían como intención “paliar el impacto desfavorable que había causado las afirmaciones del libro, mal interpretadas y comprendidas” (Arreola, 1997: 130). Los ensayos que se agregaron en esta edición fueron: 1. “La educación y el sentimiento de inferioridad”. 2. “La pasión y el interés”. 3. “Juventud utopista”. 4. “La lucha de las generaciones”. 5. “Cómo orientar nuestro pensamiento”. 6. “La pedantería”. 7. “Justo Sierra y la evolución política de México”. Esta tercera edición con un prólogo de Ramos y catorce ensayos, es la que continúa reeditándose hasta nuestros días.

Desde su primera edición, *El perfil del hombre y la cultura en México*, dividió las opiniones entre los intelectuales del país. El punto medular de la obra, y sobre la que versaron estas diferencias, fue el mismo “con algunas breves modificaciones del artículo de la revista *Examen*: ‘Psicoanálisis del mexicano’. Basado en los planteamientos de Adler, de que también los pueblos como los niños suelen experimentar ese mismo sentimiento que manifiestan de modo subconsciente, como forma de carácter” (Arreola, 1997: 131). Como ya se ha mencionado, la influencia de las ideas de Alfred Adler en esta obra de Ramos fue fundamental, en concreto el planteamiento sobre el *complejo de inferioridad*³⁶.

Lo que por primera vez se intenta en este ensayo, es el aprovechamiento metódico de las teorías psicológicas de Adler al caso mexicano. Debe suponerse la existencia de un complejo de inferioridad en todos los individuos que manifiestan una exagerada preocupación por afirmar su personalidad. [...] el sentimiento de inferioridad aparece en el niño al darse cuenta de lo insignificante de su fuerza en comparación con la de sus

³⁶ “Ramos emplea el término ‘sentimiento de inferioridad’ como sinónimo de ‘complejo de inferioridad’. En Adler aparentemente el primero es actitud normal del hombre, mientras que el segundo alude al desequilibrio psíquico” (Rodríguez, 1977: 426).

padres. Al nacer México, se encontró en el mundo civilizado en la misma relación del niño frente a sus mayores (Ramos, 1987: 48)

En términos generales, Ramos menciona en su texto que el mexicano es un ser acomplexado, que se siente inferior, disminuido ante el europeo occidental con quien se compara constantemente debido a la interacción que ha tenido con éste desde los procesos de Conquista y Colonización, periodos en los que el autor plantea, tiene su origen éste sentimiento de inferioridad, el cual comenzó a hacerse evidente a raíz de lo que se conoce como el proceso de Independencia (emancipación política de la Nueva España) a principios del siglo XIX.

Ramos fue explícito en que sus reflexiones tenían como marco teórico los planteamientos de la psicología individual de Adler, y que en ningún momento se afirmaba a lo largo de su obra que el mexicano fuera un ser inferior, sino que se sentía inferior, lo cual, era distinto, y aclaraba, además, que este sentimiento era resultado en la mayoría de los mexicanos de “una ilusión colectiva que resulta de medir al hombre con escalas de valores muy altos correspondientes a países de edad avanzada” (Ramos, 1987: 49).

El autor aclara que sus reflexiones no obedecen a una autodenigración, ni tampoco es su intención exhibir de forma peyorativa el carácter del mexicano, por el contrario, estudioso de los planteamientos adlerianos escribe que “en el caso mexicano, pensamos que le es perjudicial ignorar su carácter cuando éste es contrario a su destino, y la única manera de cambiarlo es precisamente darse cuenta de él” (Ramos, 1987: 47). Para Ramos, el *complejo de inferioridad* que determina el carácter del mexicano, no es una condición natural, ni inmutable, por el contrario, desde una perspectiva psicológica, el carácter se construye con la influencia de su entorno, y puede ser modificado; pero para que esto suceda, es necesario tomar consciencia del problema, profundizar y exponer sus causas y sus efectos. “No es muy halagador –escribe Ramos en su obra- sentirse en posesión de un carácter como el que se pinta más adelante, pero es un alivio –continúa el filósofo mexicano- saber que se puede cambiarlo como se cambia de traje, pues ese carácter es

prestado, y lo llevamos como un disfraz para disimular nuestro ser auténtico, del cual, a nuestro juicio, no tenemos por qué avergonzarnos” (1987: 47).

Como se ha dicho anteriormente, la teoría del *complejo de inferioridad*, surgió en las reflexiones de Alfred Adler, al observar la funcionalidad de los órganos, la existencia de éstos tenía un destino, con esta reflexión, Adler hizo una analogía entre los órganos y el ser humano, ambos estaban encaminados a un destino que se trazaba desde la infancia en el caso de los hombres. Ramos, siguiendo los planteamientos adlerianos, llevó la analogía a México, su cultura y su representación corpórea. El mexicano, intentando definir su carácter y construir su identidad, se impuso como punto de referencia el carácter y la identidad de españoles, franceses e ingleses, y al no poder equiparar su historia o su cultura a la de éstos, terminó acomplejado y desvalorizándose a sí mismo. Sobre el complejo de inferioridad presente en la obra de Ramos, escribe Gina Zabłudovsky, es concebido por su autor como “un mecanismo psicológico que como tal, nunca debe confundirse con una inferioridad real orgánica de la raza mexicana” (1991: 180).

Cabe acotar, que pese a lo anteriormente expuesto, posiblemente por el desconocimiento de los planteamientos adlerianos o la falta de interés en su análisis, para un amplio sector de la intelectualidad mexicana, los planteamientos de Ramos no sentaron bien, hubo cuestionamientos, y en algunos casos, como escribe Raúl Arreola, en la biografía *Samuel Ramos. La pasión por la cultura*, “se discutió tanto sobre la validez de las afirmaciones de Ramos acerca del sentimiento de inferioridad del mexicano, que se llegó a considerar que eran ofensivas para el país” (Arreola, 1997: 130).

2.5 El Sentido histórico en *El perfil del hombre y la cultura en México*

Más allá de las reflexiones sobre el *complejo de inferioridad* del mexicano, tema recurrente en los análisis de esta obra sobre el carácter del mexicano y su cultura;

lo que interesa destacar en esta investigación sobre *El perfil del hombre y la cultura en México* es la relevancia que el Sentido histórico tiene como parte de su estructura. La narrativa histórica es un pilar fundamental en el discurso de Ramos, pues éste, encontrará en los procesos históricos la manera de legitimar sus planteamientos. Sin los acontecimientos del pasado, que lleva al presente en la elaboración de su discurso, habría sido mucho más complejo para él, justificar un planteamiento tan cuestionado (y mal entendido por un gran número de sus lectores), como el del *complejo de inferioridad*. El Sentido histórico con el que Ramos dotó a su obra, permitió a ésta, ser asimilada como una de las respuestas a las preguntas que el presente en el que fue escrita, tenía necesidad de responder. En la segunda edición (1959) de *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz (1914-1998) integró a su obra, un capítulo titulado *La intelligentsia mexicana* en el escribió respecto al trabajo del filósofo michoacano:

No solo la mayor parte de sus observaciones son todavía válidas, sino que la idea central que lo inspira sigue siendo verdadera: el mexicano es un ser que cuando se expresa se oculta; sus palabras y gestos son casi siempre máscaras [...] Ramos nos ha dado una descripción muy penetrante de ese conjunto de actitudes que hacen de cada uno de nosotros un ser cerrado e inaccesible (Paz, 2019: 184-185).

En el prólogo a la tercera edición de la obra (1951) Samuel Ramos hace explícita la motivación, y finalidad al escribir su obra. La intención de “encontrar una teoría que explicara las modalidades originarles del hombre mexicano y su cultura –una empresa de estas dimensiones, implicaba, continúa Ramos- una interpretación de nuestra historia, y conducía a descubrir ciertos vicios nacionales cuyo conocimiento me parece indispensable como punto de partida para emprender seriamente una reforma espiritual de México” (1979: 9-10). Podemos afirmar que el autor, consciente de la importancia de la historia en la construcción de sus argumentos, dotó intencionalmente de un Sentido histórico a su obra.

Rüsen se refiere a la construcción de Sentido histórico como una “construcción significativa del mundo y de sí mismo humano” a través de las cuatro operaciones mentales en las que el *sí mismo* y el mundo, son dotados de una significación, y como resultado de esto, pueden ser *tratados y vividos*. El Sentido -plantea Rüsen-,

permite que el mudo y el sí mismo puedan “discutirse en un nivel universal y antropológico, es decir, en un nivel de reflexión abstracto, relacionado con la historia” (2013: 43).

Que el Sentido sea histórico, significa para el historiador alemán, que se trata en éste “de la elaboración cultural del tiempo como transformación del mundo humano”. (Rüsen, 2013: 43). Cuando hablamos de percepción en el Sentido histórico de acuerdo con la teoría de Rüsen, nos referimos a que el sujeto que construye el discurso, está consciente de que existe una transformación temporal del mundo: presente, pasado, futuro, esta consciencia es evidente en la obra de Ramos, quien intenta dar una respuestas a su presente, a partir de determinados acontecimientos del pasado, y la intención de consolidar en el futuro el carácter del mexicano.

La interpretación de esta percepción de la transformación temporal, la aplica el sujeto que construye discurso cuando selecciona acontecimientos del pasado y los relaciona directamente con su contexto, convirtiéndolos en historia para su presente. “Historia se entiende así -escribe Rüsen- en un sentido amplio como una relación de conjunto temporal extensa de la vida humana que se interpreta” (2013: 44).

Hablar de orientación en el Sentido histórico, es hablar de la dirección de los procesos que se viven en el presente desde el que se escribe, sustentados o justificados en acontecimientos de pasado, convertidos en historia de ese presente, los cuales a su vez, permiten crear expectativas de acción para un posible futuro. Respeto a la cuarta operación mental, cuando Rüsen se refiere a la motivación en el Sentido histórico, plantea que ésta “equivale a la determinación de la voluntad por medio de sentidos intencionados que se configuran a partir del recuerdo, una dirección o determinación de los impulsos de la voluntad en el contexto de las concepciones del transcurso temporal; y sobre todo, equivale a la movilización de sentimientos por medio del recuerdo y de la conmemoración” (2013: 44). En otras palabras, la motivación está determinada por la manera en que se percibe e interpreta la transformación temporal del mundo.

Es importante puntualizar la concepción que Ramos tiene sobre los acontecimientos históricos. En el apartado con el título *Notas para una filosofía de la historia de México*, apunta que en sí misma, una sucesión de acontecimientos no hacen historia por la sola razón de pertenecer al pasado, para que los acontecimientos adquieran el rango de históricos, nos dice el autor, deben estar determinados por una profunda necesidad social. Es decir, para Ramos, el pasado o, mejor dicho, algunos acontecimientos del pasado adquieren el carácter de históricos cuando son concebidos como parte fundamental del presente desde el que se les evoca. A este respecto escribe: “En suma, si concebimos la historia como debe concebirse, no se nos aparecerá como la conservación de un pasado muerto, sino como un proceso viviente en que el pasado se transforma en un presente siempre nuevo” (Ramos, 1987: 24).

Las reflexiones de Ramos sobre la historia, pasan también por la crítica al discurso de la historia política, en el que el eje central era la repetición periódica de procesos, escribe que “La comedia política se repite periódicamente; una revolución, un dictador, un programa de restauración nacional” (Calderón en Ramos, 1987, 25). Para Ramos, existen discursos históricos contruidos por determinados grupos políticos e intelectuales que persiguen un interés en específico, el de legitimarse en el poder. “Esta periodicidad de nuestra historia – escribe- parece obedecer a la intervención insistente de la misma fuerza ciega del individualismo que trastorna una situación sin más objeto que el de afirmarse” (Ramos, 1987, 25). El autor cuestiona esta forma de hacer historia, plantea que no son los intereses individuales emanados del poder político quienes deberían determinar el discurso histórico, este discurso debería estar determinado exclusivamente por el interés social, el eje central de la historia de México, para Ramos, debería estar atravesado por lo que él llama “una necesidad profunda del pueblo mexicano” (Ramos, 1987: 25), y no por los intereses de grupos en el poder. Paradójicamente el filósofo michoacano perteneció a la élite intelectual del país, y es precisamente el pertenecer a ésta lo que le dio la posibilidad de proveer a su presente a través de su obra, de un Sentido histórico.

Podemos aventurar la idea de que, para Ramos, la historia es un diálogo entre pasado y presente en el que aquel que construye la narrativa histórica selecciona y hace hablar a determinados acontecimientos del pasado que le permitan legitimar sus planteamientos. No es de extrañar entonces que exista una intencionalidad en la forma en que Ramos selecciona y analiza los procesos históricos en los que se basa para formular sus planteamientos. Los procesos clave (coyunturales de la historia del hoy México: Conquista, Colonización, Independencia y Reforma), serán fundamentales para que el autor, a partir de una narrativa histórica de origen, dote de Sentido histórico un ensayo de caracterología y de filosofía de la cultura.

Siguiendo la línea de pensamiento de Vasconcelos sobre el mestizaje como base de las sociedades hispanoamericanas, la narrativa de origen de la nación mexicana utilizada por Ramos en su obra, tiene como punto inicio, los denominados procesos de Conquista y Colonización. Para el autor, es partir de la llegada de los españoles al territorio que actualmente ocupa la nación mexicana, que la historia de México y el mexicano tiene su génesis. Después del proceso de choque que representó para Ramos, la Conquista, se desarrolló a lo largo de tres siglos, el proceso de Colonización y consolidación del territorio denominado como la Nueva España. Durante este proceso, según lo menciona Ramos, es donde se puede fechar los primeros años del mexicano, producto éste de la mezcla entra indio y español.

Samuel Ramos, hijo de un médico y la hija de un hacendado michoacano, recibió una educación influida por el pensamiento francés, anglosajón y español desde la infancia por intervención directa de su padre que se encargó los primeros años de su formación académica, y posteriormente, como se ha mencionado, en su paso por las diversas instituciones en las que se formó personal y académicamente, en donde tuvo siempre a Europa Occidental y Estados Unidos, como puntos de referencia. Por el contrario, hasta donde mi investigación llegó, no encontré una relación directa de Samuel Ramos con las comunidades originarias y sus culturas. Lo antes mencionado es relevante, porque en su formación cultural e intelectual había un sesgo representativo de su generación, con respecto a cómo el autor entendía el proceso de mestizaje y al mexicano, producto de éste proceso.

Para el autor, la cultura del hombre que surgió del mestizaje “se encontraba como desmembrada y descorporeizada” (1987: 32). En su génesis, el mexicano era un hombre que se debatía entre dos mundos a los que no pertenecía completamente. “Ya no es europeo, porque vive en América, ni es americano porque el atavismo conserva su sentido europeo de la vida. De este conflicto psicológico inicial derivan los accidentes peculiares de nuestra historia” (1987: 32). Esa circunstancia será la base argumental del origen del planteamiento sobre el complejo de inferioridad presente en su obra.

Según Ramos, el Sentido de inferioridad que se hizo evidente después del proceso de la independencia de la Nueva España, y la conformación de la nación mexicana y al compararse ésta, con las naciones europeas que se habían consolidado anteriormente. La búsqueda de su propia identidad, llevará a la nación mexicana a intentar imitar a las naciones europeas, sin tomar en cuenta sus propias circunstancias. México pasó de imitar a España en sus primeras décadas de existencia, a imitar a Francia en la recta final del siglo XIX. “Según Ramos no es sino hasta el segundo decenio de este siglo cuando se logra un cambio en la actitud del mexicano hacia el mundo. Comienza a interesarse por su propia vida y el ambiente inmediato que lo rodea, descubre en su país nuevos valores y paralelamente empieza a disminuir el aprecio ilimitado por Europa” (Zabludovsky, 2015: 182).

La crítica de Ramos a la imitación, no está encaminada a la ruptura total con el pensamiento europeo, por el contrario, planteaba que la cultura nacional mexicana tenía que asimilar el pensamiento exterior, sin dejar de lado las particularidades de la realidad nacional mexicana. En la disputa ideológica de las primeras décadas del siglo XX en México, entre quienes pretenden construir un discurso nacional mexicano que rompa toda relación con el exterior, y aquellos que instan a la imitación desmesurada, Ramos opta por la mediación, así “considera que en México la cultura mexicana debe concebirse en gran medida como una cultura universal hecha nuestra” (Zabludovsky, 2015: 181-183).

El mexicano era el resultado de la unión entre español e indio, no obstante, la valoración cultural, histórica y racial de estos dos elementos constitutivos, al igual que lo fue en *La raza cósmica* de Vasconcelos, no es equitativa en *El perfil del hombre y la cultura en México*. Para Ramos, el español representaba la civilización, el dinamismo, el porvenir. Fue debido al poco número de españoles en un territorio tan basto, y su mezcla con las comunidades originarias, lo que provocó, según el autor, que se diluyera “la energía original de la raza española” (1987: 32). En la Nueva España, el peninsular no podía reproducir de forma íntegra, su vida en el los reinos españoles, ya que –escribe Ramos- “el hombre no era el mismo, pues el indio había alterado su fisionomía blanca con un matiz de color” (1987: 32). Si bien es cierto que el filósofo michoacano le confiere relevancia a las civilizaciones precortesianas como parte integradora del mestizo; al igual que Vasconcelos, éste no deja de tener reticencia hacia el indio y su cultura.

Influido por las ideas de Vasconcelos de quien fue discípulo y colaborador, Samuel Ramos plantea que las civilizaciones indígenas tuvieron su momento un esplendor, y llegaron a su culmen, pero posterior a esto comenzaron a decrecer, hasta que finalmente para el autor, éstas quedaron estancadas, pasivas, rígidas, apáticas, insensibles. Para definir la situación en la que las comunidades originarias se encontraban al momento de la llegada de los españoles y hasta el momento en el que había publicado su obra, Ramos utilizó el concepto “egipticismo”, acuñado por el historiador alemán y teórico del arte Wilhelm Worringer (1881-1965), para definir el arte egipcio. Siguiendo el planteamiento de Worringer, Ramos consideraba al arte egipcio caracterizado por una “rigidez sobria y seca cuya base es una interna apatía e insensibilidad para los estremecimientos más profundos de la vida” (1987: 35), e hizo una analogía entre los vestigios de la cultura egipcia y las comunidades originarias. Al respecto escribió:

¿Acaso el alma indígena no tendría esa misma "apatía e insensibilidad"? Si el indio mexicano parece inasimilable a la civilización, no es porque sea inferior a ella, sino distinto de ella. Su "egipticismo" lo hace incompatible con una civilización cuya ley es el devenir. Como por un influjo mágico, el "egipticismo" indígena parece haberse comunicado a todos los hombres y cosas de México, que se oponen a ser arrastrados por el torrente de la evolución universal (1987: 35).

Para Ramos, el mestizaje había actuado en demerito de los españoles, la mezcla con el indio había disminuido al español civilizado debido a la rigidez aportada por “la influencia de la sangre indígena” (1987:34). Pero el autor de *El perfil del hombre y la cultura en México*, llevaría sus reflexiones aún más lejos, al plantear que la apatía del indio no se debía al proceso de Conquista y su esclavitud tras este proceso, por el contrario, para Ramos, el indio había permitido la conquista, pues “su espíritu estaba dispuesto a la pasividad” (1987: 34). Aún antes de la llegada de los españoles, las comunidades originarias habían dejado mucho tiempo atrás su esplendor, habían caído en la rigidez del egipcismo, estaban negadas al dinamismo y el cambio, vivían “apegados a sus tradiciones, eran rutinarios y conservadores” (1987:34). En su cotidianidad y su cultura se reflejaba esa inmutabilidad similar a la de las estoicas pirámides egipcias que lejanas en el horizonte se perdían ensimismadas en sus viejas glorias.

Para el filósofo michoacano, esa pasividad no había cambiado en los siglos posteriores al proceso de Conquista, en el presente que Ramos escribió su obra, las comunidades originarias, coteráneas del mexicano, eran desde su perspectiva, comunidades pasivas, desinteresadas de los asuntos de la cotidianidad nacional, al contrario del dinamismo que para él tenían “los mestizos y los blancos que viven en la ciudad” (1987: 54). El discurso de Ramos, estuvo orientado a la consolidación de lo que se entendía como mexicano en la primera mitad del siglo XX, atrás habían quedado las disputas decimonónicas entre indigenistas e hispanistas para definir lo mexicano. En los albores del nuevo siglo un movimiento armado y un movimiento intelectual, habrían de reformular los cuestionamientos sobre el mexicano y su cultura. Una figura trascendental en lo intelectual y académico como lo fue José Vasconcelos en la década de 1920, habría de consolidar el concepto del mestizaje como el que determinaba la síntesis de las culturas hispanoamericanas, con la publicación de *La raza cósmica* (1925), no obstante, el concepto de mestizaje, no significaba para Vasconcelos, la unión equilibrada de dos culturas, por el contrario, había en su discurso, una predilección por lo hispano en detrimento de lo indígena.

Samuel Ramos orientaría su discurso en la misma dirección que lo había hecho su maestro, para ambos pensadores, las comunidades originarias corrían paralelas a los mexicanos, coexistían en el mismo territorio, pero no eran considerados, ni se consideraban a sí mismas como mexicanos, sobre el indio, escribió en otra parte de su obra:

Su influencia social se reduce hoy al mero hecho de su presencia. Es como un coro que asiste silencioso al drama de la vida mexicana. Pero no por ser limitada su intervención deja de ser importante. El indio es como esas sustancias llamadas "catalíticas", que provocan reacciones químicas con sólo estar presentes. Ninguna cosa mexicana puede sustraerse a este influjo, porque la masa indígena es un ambiente denso que envuelve todo lo que hay dentro del país. Consideramos, pues, que el indio es el "hinterland"³⁷ del mexicano (1987: 54).

Como se ha mencionado, la obra de Ramos está orientada a la definición del mexicano y su cultura, a la consolidación del concepto de identidad mexicana. Para construir el discurso sobre la idea del mexicano, el autor creía necesario definir el modo de ser del mexicano, sus deseos, sus capacidades, y su historia. La motivación de la obra de Ramos, partía de la disputa que se había generado durante gran parte de la década de 1920 y principios de la siguiente década, una disputa que se había generado en pos de la consolidación de un discurso nacional mexicano, necesario éste, después del proceso armado que se dio entre 1910 y 1920. Ante la falta de una noción clara sobre la identidad del mexicano, se radicalizaron las posturas sobre si la nación mexicana debía definirse exclusivamente desde lo vernáculo, excluyendo toda injerencia extranjera, los denominados "nacionalistas", o si la nación debía definirse por la influencia del pensamiento europeo occidental, defendida por los denominados "europeizantes". Ramos, quien se vio inmiscuido en esta polémica con sus publicaciones en las revistas *Contemporáneos*, y *Examen*, y quien se decantaba por el mestizaje cultural e ideológico, criticó el radicalismo de ambas posturas.

Para el futuro de la cultura nacional, son igualmente malos los dos métodos extremos que pueden adoptarse en la educación. O distraerse en absoluto de la realidad

³⁷ Zona de influencia.

mexicana, como se hizo durante una centuria, para adquirir una cultura europea con el peligro de un descastamiento espiritual, o negar de plano la cultura europea con la esperanza utópica de crear una mexicana, que naturalmente será imposible obtener de la nada. No podremos jamás descifrar los misterios de nuestro ser si no penetramos en él alumbrados con una idea directriz que sólo podremos tomar de Europa (1987: 87).

Ramos tuvo en claro que para fundamentar los planteamientos presentes en su obra, debía recurrir a acontecimientos del pasado, procesos como la Conquista, Colonización, Independencia y Reforma, a partir de los cuales construiría una narrativa que le permitiera dotarla de Sentido histórico a su obra, y pudiera así reflexionar desde la psicología y la filosofía sobre el mexicano y su cultura. El planteamiento del complejo de inferioridad del mexicano, punto medular de su obra, como ya se ha mencionado, se sostiene a partir de acontecimientos que el autor toma del pasado y convierte en historia de su presente, para dar respuesta a las preguntas que lo explican en ese presente y lo proyectan hacía el futuro. El mexicano en la obra de Samuel Ramos, para definirse y entenderse, gira su vista hacía el pasado, y toma de éste, acontecimientos de los que se apropia en la construcción de una narrativa histórica con la que intenta comprender su contexto, en la obra de Ramos, el mexicano y su cultura, son producto de tres siglos de historia, de la interacción de los hombres en el territorio de lo que conocemos como México, sus traumas obedecen a ese pasado, y sus posibilidades de futuro también.

CAPÍTULO 3 PAISAJES DE PALABRAS: OCTAVIO PAZ

3.1 Octavio Paz: Las raíces del laberinto

El 3 de julio de 1836, casi tres meses después de que Texas hubiera declarado su independencia del territorio mexicano, nació en Guadalajara, Ireneo Paz Flores. Parte de su formación académica la realizó en una institución de origen virreinal que tenía como objeto formar sacerdotes, no obstante, no sería la iglesia el lugar al que consagraría su vida, los pasos de Ireneo Paz, tomarían el camino de la jurisprudencia. A los 23 años recibió el título de abogado, y ese mismo año de 1863 contrajo nupcias con la joven Rosa Solórzano. Pero la idea de una vida apacible le duró muy poco, apenas unos meses después, en enero de 1864 una división del ejército francés comandado por el general Felix Charles Douay (1816-1879) entraba a la ciudad de Guadalajara. Ante esta situación “Ireneo Paz se sumó con otros jóvenes a una *Junta Patriótica*. La resistencia a la intervención francesa lo llevó primero a Colima y luego a Zapotlán, donde las fuerzas de Miguel Echegaray a las que se había unido fueron sitiadas y obligadas a capitular ante las tropas de Carlos Oronoz” (Rico, 2006: 41).

Además de la lucha armada, Ireneo Paz encontró en el periodismo la herramienta más poderosa para librar sus batallas ideológicas y apoyar desde su trinchera al bando político al que era afín. De esta forma comenzó a publicar sus propios periódicos desde muy joven, entre los semanarios que editó se encuentran: *Sancho Panza* y *El Payaso*, estas dos publicaciones tenían un tono burlesco y satírico, y fueron clausuradas pronto por el gobierno. Casi en seguida comenzó a editar *El Noticioso*, aunque abandonó el tono satírico, corrió la misma suerte, y aunado a esto, Paz fue encarcelado y condenado a muerte por parte de las autoridades del Imperio mexicano, pero la orden quedaría sin efecto y recobraría su libertad gracias a que las fuerzas del Imperio evacuaron la ciudad de Guadalajara ante el triunfo de las fuerzas juaristas. Al quedar en libertad “se incorporó al Ejército de Occidente al mando de Ramón Corona (1837-1889), quien lo nombró coronel de Caballería” (Rico, 2006: 41).

En las elecciones de 1867 apoyó la candidatura de Porfirio Díaz a la presidencia y a Ángel Martínez a la gubernatura de Sinaloa. Ante la derrota de Martínez se desató una rebelión en el estado, en la que Paz se vio involucrado y volvió a la cárcel, en donde permaneció hasta agosto de 1869. Poco después de ser liberado, editó un nuevo periódico *El Padre Cobos*, “un periódico alegre, campechano y amante de decir indirectas... aunque sean directas” (citado en Rico, 2006: 42). En sus diarios criticó abiertamente al gobierno de Juárez al que acusaba de anticonstitucional. De nueva cuenta se sumó a una rebelión contra el gobierno, encabezada por Trinidad García de la Cadena (1823-1886), hacendado minero y liberal de Zacatecas. Durante este conflicto Ireneo Paz fue aprehendido el 13 de junio de 1870 y nuevamente fue condenado a muerte en Monterrey, pero logró evadir a sus captores y escapar disfrazado de sacerdote. Finalmente, en diciembre de ese mismo año se acogió a la Ley de Amnistía decretada por el presidente Juárez.

Con la repentina muerte de Benito Juárez el 18 de julio de 1872, las rebeliones antijuáristas en país quedaron en desconcierto y con la llegada de Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889) a la presidencia de la República, se acogieron a la amnistía del nuevo gobierno. Durante esta etapa comenzó la tercera época del *El Padre Cobos*. En junio del año de 1874 Ireneo Paz abrió su propia imprenta, de ésta, escribe Javier Rico “salieron otros periódicos de oposición como *El Ahuizote*, *Sufragio Libre y Combate*, además de una serie de libros entre los que la historiografía tuvo un sitio privilegiado” (2006: 42-43).

Después de que el presidente Lerdo de Tejada hizo pública su intención de reelegirse, Porfirio Díaz se levantó en armas y lanzó el *Plan de Tuxtepec*, un plan firmado por Díaz, “y al parecer corregido por el propio Paz” (Rico, 2006: 43), el cual fue publicado en *El Padre Cobos* el 30 de enero de 1876, acto que llevó nuevamente a Ireneo Paz a la cárcel, para ser exiliado dos meses después, primero en la Habana y después en Brownsville en donde permaneció hasta la caída de Lerdo de Tejada. En el año de 1877 cambiaría la publicación de *El Padre Cobos*, por una publicación en la que el discurso satírico quedaría fuera, *La Patria*, “que con suplementos ilustrados y un famoso almanaque anual, apareció ininterrumpidamente hasta

agosto de 1914 (Krauze, 2014: 24). Un diario en el que apoyaría al gobierno del general Díaz en su primera etapa.

La relación que tuvo con el gobierno de Díaz fue estrecha, durante este periodo ocupó los cargos de diputado, senador y finalmente el cargo de regidor del ayuntamiento de la Ciudad de México, un cargo que ocupó hasta el año de 1910. Durante este periodo su imprenta se vio beneficiada con contratos para imprimir textos gubernamentales como *El diario de los Debates*, *la Colección de leyes y disposiciones gubernativas municipales y de policía, vigente en el Distrito Federal* (1884), así como la *Ley de la renta federal del timbre* (1906) (Rico, 2006: 44). Pero la cercanía con el gobierno de Díaz fue diluyéndose poco a poco, sobre todo, cuando el presidente comenzó a delegar su gobierno en el grupo de los científicos, al final de la época porfirista, el desencanto de Paz le llevó a distanciarse y ser crítico con el gobierno, lo cual le llevó a ser encarcelado una vez más en febrero de 1911. Además de su paso por la prensa y la política, Ireneo Paz también incursionó en la literatura y en la historiografía, escribiendo algunos textos sobre acontecimientos y personajes de la historia del siglo XIX, en su taller reeditó obras de autores como Bartolomé de las Casas (1484-1566), José María Vigil (1829-1909), Fernando Alvarado Tezozomoc (1525-1606), Joaquín Romo de Vivar y Torres (1841-1899), entre otros. “Su trabajo –escribe Krauze- era paralelo al de los autores de la magna colección *México a través de los siglos* (1884): afianzar la conciencia histórica de México mediante la construcción de su panteón cívico” (2014: 25).

Octavio Ireneo Paz Solórzano, fue el menor de los siete hijos del matrimonio de Ireneo Paz y Rosa Solórzano. Nacido el 20 de noviembre de 1883, creció en un ambiente de bonanza, pues su padre se había establecido en la capital del país y su taller prosperaba al igual que su relación con el gobierno porfirista. El joven Octavio Ireneo se graduó de la Escuela Nacional Preparatoria y posterior a esto, siguió los pasos de su padre y en 1905 se inscribió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Tres años después ingresó a la en la Secretaría de Relaciones Exteriores, primero como meritorio sin sueldo, un año después, subió de categoría

con un salario de 30 pesos mensuales, pero su estancia en este trabajo fue corta, en julio de 1909 solicitó un permiso para ausentarse por seis meses para atender asuntos personales y volvió a este trabajo por un periodo muy breve.

A principios de 1911, el joven Octavio Ireneo se hizo cargo de la gerencia de *La Patria*, unos meses después concluyó la carrera de abogado. Al igual que a su padre, el activismo en las movilizaciones políticas no le fue indiferente, escribe Javier Rico que el 24 mayo de ese año participó en una manifestación de repudio a Díaz que se mezcló con el apoyo a Francisco I. Madero (1873-1913), un día después, el 25 de mayo de 1911 “formó parte de una comisión de estudiantes a la que el Jefe del Estado Mayor, el general Samuel García Cuéllar, le pidió su colaboración para calmar los ánimos de la población y evitar los desórdenes que alentaba la inminente caída de Porfirio Díaz” (Rico, 2006: 53). Una de las grandes diferencias ideológicas entre Ireneo Paz y su hijo menor, sería precisamente el apoyo que el primero había dado a Porfirio Díaz desde sus primeros intentos por llegar a la presidencia y la participación en las protestas de Octavio Ireneo, contra el gobierno de Díaz, que finalmente llevarían a su renuncia.

El 11 de noviembre de 1911 defendió su examen profesional con un tema que versaba sobre la libertad de imprenta. El mes de diciembre, dejó la gerencia de *La Patria*, dos días antes de terminar el año, contrajo matrimonio con Josefina Lozano, una joven de ascendencia andaluza que vivía en Mixcoac (Krauze, 2014: 28). Durante dos años ejerció la abogacía en diferentes estados de la república, hasta que volvió de nueva cuenta a la Ciudad de México. En esta ciudad, el 31 de marzo de 1914 nació el primer y único hijo del matrimonio quien llevaría el nombre de Octavio Ireneo Paz Lozano. El acontecimiento sería registrado en *La Patria*, el mismo periódico que pese a haberse mostrado renuente y duro contra el zapatismo años antes, publicó entre sus páginas el *Plan de Ayala* (Krauze, 2014: 30). Esto provocaría que unas semanas después, el 26 de agosto de 1914 la imprenta de Ireneo Paz fuera cerrada por órdenes del general carrancista Pablo González (1879-1950).

Octavio Paz, *el abogado*³⁸, se sumó al movimiento zapatista durante este periodo participó en las negociaciones del pacto entre Villa y Zapata rumbo a la Convención de Aguascalientes, durante los años siguientes participó de forma activa en el zapatismo. Con el avance de las fuerzas carrancistas, el abogado planteó a la Convención, la necesidad de crear una comitiva que llevara al extranjero las ideas del zapatismo, de esta forma, el 15 de abril de 1916, fue acreditado oficialmente como agente confidencial de Emiliano Zapata (1879-1919) en los Estados Unidos de América. El trabajo de Paz durante este periodo no rindió los frutos que el zapatismo esperaba, aunado a esto, el abogado habría de sucumbir al vicio del alcohol. Tras el asesinato de Zapata, se encontró sin un propósito claro, imposibilitado a volver al país, debido a la persecución del gobierno carrancista contra los zapatistas. En 1919, en Los Ángeles, California, publicó la revista *La Semana* “en el que habrían de colaborar Ramón Puente, Antonio I. Villarreal, José Vasconcelos, Manuel Bonilla y Federico Cervantes, entre otros exiliados” (Krauze, 2014: 35. Rico, 2005: 59). Fue también en este lugar en el que a principios de 1920 se reuniría por un periodo aproximado de tres meses con su esposa y su hijo, el pequeño Octavio³⁹ (Krauze, 2014: 35. Rico, 2005: 59). Tras la rebelión de Agua Prieta y el posterior asesinato de Carranza, tendría por fin la posibilidad de volver a México.

De regreso en el país, volvió con su familia a la casa paterna y casi de inmediato se sumó a la organización del Partido Nacional Agrarista, fundado por Antonio Díaz Soto y Gama, junto con algunos de sus antiguos compañeros de la Convención. Este partido fue durante varios años, el espacio desde el que los zapatistas continuaron participando en la vida política del país. En las elecciones del 1 de agosto de 1920 en las que resultó electo presidente de la república el

³⁸ Como se le llama en las biografías de Sheridan, Krauze, Domínguez, Solano, entre otras, para distinguirlo de su hijo Octavio Paz Lozano.

³⁹ En la biografía sobre Octavio Paz, *Poeta con paisaje*, Guillermo Sheridan pone en duda que dicho encuentro se haya realizado, pues era poco probable que el abogado hiciera viajar a su esposa e hijo a los Estados Unidos, con todas las dificultades que eso conllevaba. Christopher Domínguez en la biografía *Octavio Paz en su silgo*, hace eco de la duda y de las palabras de Sheridan, pero agrega que “un alcohólico solitario es una persona arbitraria”, dejando así la posibilidad de que esta anécdota contada por Paz hasta la década de 1990, pueda ser verídica, aunque hasta el momento no se cuentan con los elementos para verificarla (Domínguez, 2014: 31-33. Sheridan, 2015: 71-72).

general Álvaro Obregón, Octavio Paz Solórzano se convirtió en uno de los siete diputados agraristas de la XXIX legislatura⁴⁰ “en la que también participaron, entre otros, Antonio Díaz Soto y Gama, Felipe Carrillo Puerto, Vito Alessio Robles, Juan de Dios Bojórquez, Emilio Portes Gil y Basilio Badillo” (Rico, 2005: 60). A partir de este periodo y hasta su muerte, Paz Solórzano participó activamente apoyando conflictos agraristas, principalmente de la región zapatista.

3.2 Semillas del silencio: La Casa Grande

Octavio Paz Lozano, pasó sus primeros años en la casa de su abuelo en Mixcoac. General liberal republicano del siglo XIX, Ireneo Paz Flores, es definido por los biógrafos de su nieto, como un hombre de honor, espada y pluma (Domínguez, 2014: 27. Eufracio, 2016: 20. Krauze, 2014: 24). Ante la recurrente ausencia de su padre, Papá Neo, como llamaba el niño cariñosamente a su abuelo, llenaría ese vacío. Ireneo Paz jugó el papel de figura paterna en la vida del pequeño Octavio, hasta su muerte en 1924, cuando su nieto tenía apenas diez años. No obstante, su influencia en la vida del poeta fue profunda y significativa. Patriarca de la Casa Grande, Ireneo Paz fue el pilar de su familia y mantuvo siempre una estrecha relación con el pequeño Octavio quien solía acompañarlo a cobrar algunas rentas y a su visita semanal a la casa de la madre de la actriz de moda, Mimí Derba (1893-1953). Los jueves y los domingos, junto a su tía Amalia y su madre, asistían “al cine vecinal a ver cine en episodios” (Sheridan, 2015: 35). El viejo editor y

⁴⁰ Como miembro del Congreso, Paz Solórzano suscribió una iniciativa de ley de pensiones de retiro para periodistas; participó en la elaboración de la Ley Evolutiva Agraria del 10 de abril de 1922 y en la discusión de la Ley sobre Accidentes del Trabajo. Con Díaz Soto y Gama, Enrique Bordes M. y Carlos Riva Palacio, desató un intenso debate del 23 al 29 de septiembre al proponer que se borrara del recinto legislativo “el nombre del primer contrarrevolucionario mexicano, Agustín de Iturbide” para sustituirlo por el del “heroico revolucionario doctor don Belisario Domínguez”. Una de sus últimas tareas consistió en participar en el Primer Congreso Nacional Agrarista, que se llevó a cabo del 1 al 5 de mayo de 1923; ahí se le comisionó, con Francisco J. Mújica y Aurelio Manrique, para elaborar un historial de agravios y atropellos cometidos por hacendados, guardias blancas y autoridades en contra de los campesinos del país (Rico, 2005: 61).

periodista liberal, transmitió a su nieto la pasión por la escritura y las artes. Gracias a la nutrida biblioteca que papa Neo había acrecentado por décadas, el pequeño Paz se acercó a las obras clásicas de literatura e historia, mexicana, española y francesa.

Octavio se pasa horas sentado junto al abuelo en el balcón ‘donde leía o veía pasar las horas’. Durante esas sesiones, sucederían cualquier cantidad de pequeñas charlas imperecederas [...]. El abuelo es un ‘prodigioso surtidor de anécdotas y sucesos’. Si guardaban proporción con su larga vida, habrán sido realmente inagotables: viajes, guerras, exilios, cárceles y un episodio sombrío (que Papá Neo no metía a la matriz de sus relatos pero merodeaba por la casa): el duelo que dio muerte a Santiago Sierra⁴¹ (Sheridan, 2015: 38).

Papá Neo, sería un pilar fundamental en la formación del pequeño Paz, gracias a él atravesaría el portal de los libros, la letras y la historia. Sería compañero de sus caminatas, aventuras, y un atento escucha de sus anécdotas y narraciones históricas. Sería su refugio para los días duros y también su primera gran pérdida, la cual lo dejó en una relativa orfandad, que el pequeño Octavio intentó afrontar sumergido en la biblioteca del abuelo, con el silencio de un padre ausente y la palabra escrita.

Mi experiencia personal y, me atrevo a pensarlo, la de todos los poetas, confirma el doble sentimiento que me ata, desde mi adolescencia, al idioma que hablo. Mis años de peregrinación y vagabundeo por las selvas y las ciudades de la palabra son inseparables de mis travesías por los desiertos, océanos y arenales del silencio. Las semillas de las palabras caen en la tierra del silencio y la cubren con una vegetación a veces delirante y otras geométrica. Mi amor por la palabra comenzó cuando oí hablar a mi abuelo y cantar a mi madre, pero también cuando los oí callar y quise descifrar o, más exactamente, deletrear su silencio (Paz, 1997).

⁴¹ En el marco de las elecciones presidenciales del año de 1880, Ireneo Paz se enfrascó en una disputa política a través de su periódico *La Patria*, con Santiago Sierra, redactor del periódico *La Libertad*, y hermano de Justo Sierra. Paz denunciaba la candidatura de Manuel González como una artimaña de Porfirio Díaz para mantenerse en el poder, al mismo tiempo que impulsaba la candidatura del general Trinidad García de la Cadena, antiguo compañero de armas de Paz. Por su parte, Sierra apoyaba al candidato impuesto por Díaz. Ireneo Paz y Santiago Sierra intercambiaron ofensas e insultos a través de sus publicaciones, el conflicto escaló en intensidad hasta llegar a las armas. El 28 de abril de 1880 en la Hacienda de San Javier, ambos se batieron en un duelo de pistolas en el que general Ireneo Paz mató de un disparo en la cabeza al poeta Santiago Sierra.

Octavio Ireneo Paz Solórzano, el padre del poeta, fue en la vida de éste, una figura ausente, “perdido en la Revolución, primero, remoto luego en el exilio y aún más lejos después, obnubilado por el alcoholismo” (Domínguez, 2014: 33). A diferencia de Papá Neo, el abogado no fue para su hijo, “una puerta de salida sino un muro de silencio” (Krauze, 2014: 40). En el poema *Pasado en claro*, poema en el que Paz hace referencia a su familia, le dedica a su padre estos versos:

Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las llamas.
Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de polvo
una tarde juntamos sus pedazos.
Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora en sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa se desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos (Paz, 2004 t.12: 84).

En una entrevista televisiva con Joaquín Soler Serrano, transmitida en España en 1977, Paz habla sobre la relación con su padre. Existió entre ambos “cierta lejanía y cierta cercanía”, mi padre, -continúa el poeta en la entrevista- “era una figura contradictoria. Un hombre lleno de generosidad por una parte, y lleno de pasiones por la otra. Un hombre habitado por los demonios, diríamos. En consecuencia el trato con él era un trato difícil, extremoso” (EDITRAMA, 2021).

La relación entre Octavio Paz y su padre, fue clave en la forma en que el poeta percibió e interpretó a la figura paterna en el arquetipo de la familia mexicana. Interpretación que plasmó en el capítulo que lleva por título “Los hijos de la Malinche” incluido en *El laberinto de la soledad*. En este ensayo, Paz reflexiona sobre la figura del Padre como sinónimo del “macho” y escribe al respecto:

La admiración por el padre, símbolo de lo cerrado y agresivo, capaz de chingar y abrir, se transparenta en una expresión que empleamos cuando queremos imponer a otro nuestra superioridad: ‘Yo soy tu padre’ [...]. ‘El macho’ representa el polo masculino de la vida. La frase ‘yo soy tu padre’ no tiene ningún sabor paternal, ni se dice para proteger, resguardar o conducir, sino para imponer una superioridad, esto es, para humillar. [...].

El atributo esencial del 'macho', la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar. Nada más natural, por tanto, que su indiferencia frente a la prole que engendra. No es fundador de un pueblo; no es el patriarca que ejerce la patria potestad; no es rey, juez, jefe de clan. Es el poder, aislado en su misma potencia, sin relación, ni compromiso con el mundo exterior. Es la incomunicación pura, la soledad que se devora a sí misma y devora lo que toca. No pertenece a nuestro mundo; no es de nuestra ciudad; no vive en nuestro barrio. Viene de lejos, está lejos siempre. Es el extraño (Paz, 2019: 94-96).

Es posible encontrar entre las líneas del fragmento anterior la proyección de la figura paterna por parte del poeta, la orfandad, la humillación familiar, el abandono, la indiferencia, la violencia, la extrañeza, y la soledad. Para Paz, su padre encarnó en su vida, todas y cada una de esas sensaciones.⁴² "Ni siquiera se daba cuenta de mi afecto, y me volví distante. La falla de mi padre, si es que la tuvo, es que no se dio cuenta de ese afecto que yo le daba" (Paz en Krauze, 2014: 40). Cercano y lejano al mismo tiempo, existió entre ambos una gélida frontera que el poeta nunca pudo cruzar con palabras y a la que siempre antepuso un ardiente silencio.

Su padre y su abuelo, representaban posturas ideológicas y generacionales contrapuestas, no obstante, ambas posturas fueron fundamentales en la formación intelectual del pequeño Octavio.

Papá Neo y el abogado discuten, sobre todo, de política. El sostiene que el abuelo no entiende la Revolución; el abuelo contesta que la Revolución cambió a un caudillo, Díaz, por "la dictadura anárquica de muchos". [...]. El tema del abuelo -abrevia Paz- es la democracia; el del padre, la modernización. [...]. No se puede insistir demasiado en la escuela viva que los dos hombres otorgan a su descendiente. Nace en una familia *ancien regime* que se gradúa pronto a venida a menos y acaba de revolucionaria, tironeada por dos hombres de carácter muy fuerte (Sheridan, 2015: 34).

Pero don Ireneo y el abogado no serían las únicas personas que figuraron en la formación del pequeño Octavio. Fue igual de representativa la presencia de su madre, doña Josefina Lozano, y de su tía paterna, Amalia Paz Solórzano. Josefina Lozano, hija de padres andaluces, una figura sumisa y abnegada, alejada de los asuntos políticos y los temas históricos del país, fue ella quien aportó a la formación del pequeño Octavio, una cercanía con la cultura andaluza de la que ella provenía.

⁴² "Enrique Krauze ha ensayado ya la idea de que la teoría de la soledad del mexicano que Paz registra a partir de 1942, así como su posterior teorización en *El laberinto de la soledad* –desde sus observaciones sobre el machismo hasta la reflexión sobre la fiesta–, obedecen en parte a su necesidad de explicarse la personalidad incómoda del abogado" (Sheridan, 2015: 54).

Fue a través de la cotidianidad maternal, llena de historias y canciones que le cantaba cuando era pequeño, que se construyó en su vida, un vínculo de sensibilidad con la cultura de su familia materna. Ante la ausencia del padre, la figura de doña Josefa se convirtió en un refugio para el infante, “ella mitigaba el desamparo, el hueco, la carencia” de la figura paterna (Krauze, 2014: 39). Poco escribe Octavio Paz sobre su madre y la influencia que de ésta tuvo, sus recuerdos quedaron en su memoria, reservados para sí, poco escriben también sobre ella los biógrafos del poeta, intentado arrancarle a los versos que éste escribió a su madre, un poco de información sobre esa figura que habita los silencios de su obra.⁴³ Domínguez y Krauze apenas la mencionan, siguiendo lo marcado por Sheridan, quien dedica más tiempo a escudriñar los poemas de Paz en busca de respuestas que finalmente no llegan: “Criatura misteriosa, la madre de Paz es inconspicua: si el padre es una desaparición por elección, la madre parecería desaparecer por un prurito de discreción... ¿Dónde está? La madre de Paz siempre se aleja cantando” (Sheridan, 2015: 59).

Por su parte, la tía Amalia, también tuvo un papel fundamental en la vida y la formación del poeta. Alejada de los asuntos históricos y políticos, sumergida en sus recuerdos de juventud y la literatura, será ella quien siembre en el pequeño, la semilla de la imaginación, la creación y la sensibilidad,⁴⁴ “sería ella quien lo iniciará

⁴³ Mi madre, niña de mil años,
madre del mundo, huérfana de mí,
abnegada, feroz, obtusa, providente,
jilguera, perra, hormiga, jabalina,
carta de amor con faltas de lenguaje,
mi madre: pan que yo cortaba
con su propio cuchillo cada día.
Los fresnos me enseñaron,
bajo la lluvia, la paciencia,
a cantar cara al viento vehemente.

(Fragmento del poema Pasado en claro) (Paz, 2004 t.12: 84).

⁴⁴ Virgen somnolucua, una tía
me enseñó a ver con los ojos cerrados,
ver hacia dentro y a través del muro.

(Fragmento del poema Pasado en claro) (Paz, 2004 t.12: 84).

en la literatura” (Krauze, 2014: 39) y quién lo acerque al idioma y la literatura francesa desde muy temprana edad. Sheridan escribe sobre ella, que era culta y bilingüe y fungía como secretaria de su padre en el trabajo y era, además, su compañera de viajes, “ama de llaves y jardinera, madre complementaria para el niño, quizá una rival para su cuñada y censora de su hermano briago” (2015: 36). Sobre la tía Amalia escribe Paz en *Tránsito y permanencia*:

Era inteligente y delirante, solícita y perversa. Obediente a su signo, el melancólico Saturno, se saltaba del entusiasmo al abatimiento. En la vejez la soledad es un peso insoportable y quizá por esto ella buscaba mi compañía: yo era el más chico de la casa y el único que escuchaba embelesado sus historias. Me fascinaba y me aterraba (Paz en Sheridan, 2015: 36).

Además de la tía Amalia, también vivían en la Casa Grande, su tío Arturo, con su esposa y sus hijos (Krauze, 2014: 30), estos últimos, compañeros de juegos del pequeño Paz, no obstante, no tuvieron una influencia significativa en la formación intelectual del poeta, como si la tuvieron Ifigenia y Elodio, una pareja de indios nahuas que trabajaban en la casa de papá Neo. La pareja de origen nahua complementaría culturalmente la formación mestiza del pequeño Octavio, brindándole la oportunidad de profundizar en una cultura que, en otras circunstancias, por su estrato social, le habría sido, cuando menos lejana. La familiar interacción con los trabajadores de la casa, le permitió experimentar en carne propia elementos de la cosmovisión nahua, un ejemplo de esto, y que lo marcó de por vida, fue el hecho de que Ifigenia le hiciera pasar en más de una ocasión por el ritual prehispánico del temazcal.

“un rito de comunión con el agua, el fuego y las creaturas incorpóreas que engendran los vapores” cuyo significado profundo es más que una purificación: un “volver a nacer”. [...]. Al parecer, el niño recorrió ese ritual varias veces: “al salir del baño, yo sentía que regresaba de un largo viaje al comienzo del tiempo”. Escena no por previsible menos misteriosa: el rubiezuelo, pequeño hijo de familia, es guiado por la vieja chamánica hacia el origen, realizando un “viaje inmóvil”, un viaje “con los ojos cerrados, pero despiertos los sentidos y el espíritu” (Sheridan, 2015: 67).

La infancia de Octavio Paz Lozano, transcurrió alrededor de estos cuatro integrantes de su familia, ellos serían fundamentales en su formación personal e

intelectual, el abuelo liberal porfirista, el padre revolucionario zapatista, la madre andaluza, la tía con la sensibilidad literaria, cercana a la cultura francesa y los sirvientes de origen nahua, cada uno de ellos un pilar en su formación; pilares que se complementan y contraponen al mismo tiempo, en la formación de un pensamiento que habría de sintetizar ese multiculturalismo en sus reflexiones futura, sobre el nacionalismo mexicano.

3.3 Escritura de fuego y jade

Una de las anécdotas más conocidas de la infancia de Octavio Paz, tiene que ver con su estancia en los Estados Unidos cuando él y su madre se reunieron con el abogado en 1920, durante su estancia en este país, fue inscrito en un *kinder garden*, el primer día de clases el pequeño Octavio que no tenía un dominio del idioma inglés, se vio en un serio problema cuando a la hora del descanso necesitaba una cuchara para poder comer, pero al no conocer la traducción de la palabra y pedir “una cuchara” en español, sus compañeros comenzaron a burlarse de él, repitiendo una y otra vez la palabra “cuchara”, ante la burla y la desesperación el niño terminó por afrontar el problema a golpes. “No volví a la escuela durante quince días; después, poco a poco, todo se normalizó: ellos olvidaron la palabra cuchara y yo aprendí a decir *spoon*” (Paz en Domínguez, 2014: 32. Sheridan, 2015: 71). A su regreso a México, el pequeño Paz que había aprendido la palabra *spoon*, se enfrentó a un escenario similar, sus compañeros mexicanos al ver a un chico rubiecillo de ojos azules lo confrontaron. Las burlas y riñas fueron comunes durante su formación elemental.

Así comenzó la relación de Paz con el mundo fuera de la casa grande, extranjero para sus compañeros estadounidenses, extraño para sus compañeros mexicanos. La sensación de no pertenecer a un lugar, de carecer de una identidad con la que pudiera presentarse ante los otros. El pequeño Paz, un *outsider* que, formado en una mezcla cultural y de lenguaje, habría de reflexionar desde muy pronto sobre “el choque entre los pueblos y las civilizaciones” (Sheridan, 2015:72).

La formación primaria la inició con los hermanos franceses de La Salle en un colegio confesional edificado en la antigua hacienda de El Zacatito, en Mixcoac. Después del cuarto año, continuó sus dos últimos años de formación primaria en el colegio de los hermanos ingleses Johnny y Charlie William. Al concluir la educación primaria, en un contexto económico familiar más precario, continuó sus estudios en la Secundaria Pública No. 3 en la colonia Juárez. Durante este tiempo, siguiendo la formación dada por el padre y el abuelo, comenzó a interesarse en temas sociales y políticos. En el año de 1929 participó en las manifestaciones por la autonomía universitaria y apoyó junto con otros estudiantes de la capital, la fallida candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la república.

La década de 1930 fue definitiva en su formación personal, académica e ideológica. Con 16 años cumplidos, Octavio Paz Lozano ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria en el antiguo palacio de San Ildefonso, ubicada el centro de la capital del país. Durante esta década, las ideologías de izquierda, comunismo, anarquismos y agrarismos serían un tema recurrente en México. La lucha agraria no era un tema desconocido para el joven Paz, gracias al activismo de su padre. En la preparatoria se encontró con agrupaciones militantes del comunismo con las que simpatizaría,⁴⁵ y fue durante este tiempo que profundizó en la lectura de la ideología anarquista gracias a la amistad que mantuvo con su compañero de escuela, el catalán, José Bosch (1910-1998). En San Ildefonso, Paz militaría en la *Unión Estudiantil Pro-Obrero y Campesino* (UEPOC),⁴⁶ ésta “aportaba un ámbito

⁴⁵ Como buena parte de la precaria *intelligentsia* nacional, Paz y sus amigos piensan que sólo su graduación a revolución comunista podrá modificar seriamente al país. La clase política en el poder, desde luego, y el vecino del norte son de otra opinión. Los muchachos viven de cerca la fobia anticomunista que se desata en el país en 1930, luego del atentado contra el presidente Pascual Ortiz Rubio (que no produjo más baja que su maxilar). Militantes rojos como Tina Modotti, Valentín Campa y Juan de la Cabada, comienzan a aumentar el censo carcelario. Los muchachos de San Ildefonso, con la experiencia organizativa del vasconcelismo, “toman” las calles en protesta. El 20 de marzo de ese año, participan en una sonora manifestación contra el imperialismo en la que tienen el honor de ver caer prisionero a su compañero José Revueltas. Al poco tiempo, pasado el desfile del primero de mayo, caerán el pintor David Alfaro Siqueiros y el periodista Jorge Piñó Sandoval en una manifestación de la Confederación General de Trabajadores (CGT) (Sheridan, 2015: 93-94).

⁴⁶ Fundada en 1926 [...] la UEPOC había avanzado a tropiezos en la búsqueda de una definición ideológica que finalmente le aportará el marxismo. En 1927. la UEPOC aparece entre las comisiones que acuden a la estación de Buenavista a recibir con rebumbio a la embajadora de la URSS, la mítica Alejandra Kollontái, luego de la reanudación de relaciones. En 1928, el ministro Narciso Bassols consigue locales para que la UEPOC continúe sus tareas de alfabetización. Ese mismo año, se

adecuado para el joven Paz, que “quería ser rebelde y más aún un poeta rebelde”, fue durante sus años en la preparatoria que comenzó a publicar sus primeros poemas, también, siguiendo los pasos del padre y del abuelo, editó junto a algunos de sus amigos, su primera revista: *Barandal* (Domínguez, 2014: 49. Sheridan, 2015: 105).

Con respecto a su formación académica, en la Escuela Nacional Preparatoria impartían clases varios de los intelectuales más importantes que habitaban en la capital del país. El joven Paz recibió de Carlos Pellicer (1897-1977) la clase de literatura hispanoamericana, de Pedro Argüelles, la clase de historia de Grecia y Roma, de Alejandro Gómez Arias (1906-1990) la clase de literatura mexicana, Antonio Díaz Soto y Gama (compañero y amigo de su padre) sería su profesor de Historia de la Revolución. También recibió ocasionalmente clases de Samuel Ramos y José Gorostiza (1901-1973) (Domínguez, 2014: 45. Sheridan, 2015: 94-95).

Al culminar sus estudios preparatorios, Paz se matriculó en la Facultad de Derecho, más por presión paterna que por una vocación personal (Domínguez, 2014: 51. Krauze, 2014: 50). La decisión no es sencilla en lo personal, pero tampoco en lo ideológico, pues durante esos años, la Facultad de Derecho se encontraba controlada por un grupo de derecha, el *Grupo Lex* y la omnipresencia jesuita. “Paz viviría de cerca ahí, a partir de 1934, la agudización de los conflictos entre la UNAM y el presidente Cárdenas, que decide castigar su oposición a la reforma socialista retirándole el subsidio y descalificándola como una *institución enemiga, ideológica y material, del proletariado*” (Sheridan, 2015: 115). No obstante, los estudios universitarios no impidieron que continuara con la militancia política, un año

suman a sus filas algunos muchachos amigos de Paz, mayores él. En 1929, la UEPOC se alía a Vasconcelos y aporta algunas de las brigadas más conspicuas del zipizape callejero. En 1930 fundan su primera revista, *El Frente*, en la que se percibe cierta desilusión con el Vasconcelos derrotado, y el ingreso a un filomarxismo de sazón anarquista. Militaba con Atwood una brillante generación de jóvenes nacidos entre 1908 y 1912. En la medida que se inclina hacia el marxismo, la UEPOC incorpora a José Bosch como secretario de organización y propaganda, y a Ramírez y Ramírez como secretario general. Liderean a militantes como López Mateos, Salvador Toscano, Eli de Gortari, Frida Kahlo -apodada "La Cafiaspirina" porque no afecta el corazón-, José Revueltas, Andrés Iduarte, Juan de la Cabada, Octavio Novaro, Julio Prieto, Rubén Salazar Mallén y Ernesto P. Uruchurtu, entre otros (Sheridan, 2015: 102-103).

después, viajó a Veracruz junto a su amigo José Bosh, para apoyar a grupos de campesinos en conflictos legales. Debido a esta empresa, los jóvenes serán encarcelados; Paz quedará libre y sin mayor repercusión, con el apoyo de su padre, pero Bosh será expulsado del país, pues no era la primera ocasión que era detenido. Paz y Bosh fueron detenidos anteriormente en dos ocasiones, la primera en 1929 por participar en una manifestación por la autonomía universitaria, la segunda en 1930, por una manifestación en la Escuela Nacional Preparatoria, en ambas ocasiones, “El abogado” había liberado a los dos jóvenes de la cárcel y el exilio.

El 10 de marzo de 1935, en un trágico accidente de tren, moría el abogado Octavio Ireneo Paz Solórzano. “La tarde de ese domingo, –escribe Sheridan- el abogado regresaba con su amigo, luego de comer y beber en abundancia. Trató de cortar camino cruzando un patio hacia los andenes cuando un convoy que se puso en marcha súbitamente, lo arrolló y lo despedazó entre sus ruedas” (2015:148). En los últimos días de su vida, la relación entre el abogado y su hijo fue tensa y cada vez más distante. Tras la muerte de su padre, el poeta no tardó en abandonar la carrera de Derecho, en una facultad a la que asistía poco, y en la que apenas había aprobado siete de veinticinco materias.⁴⁷

Luego de abandonar la carrera de Leyes, Paz consiguió trabajo como mecanógrafo en el Archivo General de la Nación. Y posteriormente como parte del proyecto educativo del presidente Cárdenas, tomó la invitación para hacerse cargo de una secundaria federal en Mérida, lugar al que se trasladó desde la capital del país en marzo de 1937. Sin embargo, fue poco el tiempo que estuvo en Mérida,

47 En *Octavio Paz el poeta y la Revolución*, Enrique Krauze, siguiendo la narrativa anecdótica del propio Paz, menciona que cuando el poeta abandona la carrera, está a solo una materia de titularse. Sin embargo, en *Habitación con retrato*, su segundo libro de ensayos sobre la vida de Paz, Guillermo Sheridan retoma el trabajo de Ángel Gilberto Adame, y escribe al respecto: “Muerto el padre, indiferente a la escuela, Paz prefiere amar a Elena Garro (a la que llama Helena), vagabundear con sus amigos, escribir y leer, militar en política. En sus evocaciones declaró que decidió no titularse como abogado, pero la verdad es otra: el repaso de su expediente en la escuela de Leyes –como lo documenta Ángel Gilberto Adame- muestra que apenas acudía a clases, solía esquivar los exámenes y logró nota aprobatoria en apenas siete de las veinticinco materias. Durante mucho tiempo, el joven Paz mantuvo en la ignorancia de este desaprovechamiento a su madre, convencida de que su hijo sólo tenía pendiente el examen profesional, y esa ficción terminó por convertirse en parte de su propia narrativa (Sheridan, 2015b: 177).

pues apenas unos meses después, fue invitado al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, a realizarse en Valencia, España, a principios de julio de ese mismo año.

En septiembre de 1936, como respuesta al inicio de la Guerra Civil Española, Octavio Paz escribió el poema titulado *No pasarán*,⁴⁸ como apoyo al bando republicano. El gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, que fue un abierto aliado de los republicanos españoles, mandó a imprimir 3,500 copias de este poema para el pueblo español, el poema circuló en México y en España (Domínguez, 2014: 81. Krauze, 2014: 56-57. Sheridan, 2015: 164). Este poema fue la razón por la que un joven poeta como Paz, fue invitado para representar a México en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, junto al escritor y poeta Carlos Pellicer, invitación extendida por los poetas Rafael Alberti (1902-1999) y Pablo Neruda (1904-1973). El hecho de que ni Pellicer, ni Paz formaran parte de la *Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios* (LEAR), generó entre los escritores del país un conflicto interno que desembocó en la asistencia al congreso de dos delegaciones por parte de México, una integrada por Pellicer y Paz quienes había sido invitados de manera oficial, la otra, por militantes inscritos a la LEAR, que ante su inconformidad, había impuesto su asistencia.

Su estancia en Europa se prolongó por un periodo de seis meses, cuatro en España, y dos en Francia antes de volver a México. Fue durante este tiempo que

⁴⁸ (Fragmento) Detened a la muerte. / A esos muros siniestros, sanguinarios, / oponed otros muros; / reconquistad la vida detenida, / el correr de los ríos paralizados, / el crecer de los campos prisioneros, / reconquistad a España de la muerte.

No pasarán. / ¡Cómo llena ese grito todo el aire / y lo vuelve una eléctrica muralla! / Detener al terror y a las mazmorras, / para que crezca, joven, en España, / la vida verdadera, / la sangre jubilosa, / la ternura feroz del mundo libre. / ¡Detened a la muerte, camaradas! (Gob.mx, 2022).

En este poema, Paz tomaba desde su poesía, una postura política orientada en ese momento hacia la izquierda. Enrique Ramírez y Ramírez (1915-1980), escribió con respecto a este poema: "No pasarán causaba un estupor en gran parte de la equivocada credulidad de los que creen que la poesía se refiere exclusivamente al misterio de las palabras entrelazadas cabalísticamente. Paz ha sido de los primeros poetas mexicanos- sino el primerísimo. En demostrar que en tal pretensión no hay sino una gran impotencia para conocer la realidad y para exaltarla poéticamente" (Ramírez en Sheridan, 2015: 166).

Paz tuvo la oportunidad de conocer y convivir con un gran número de escritores de izquierda, con quienes compartiría experiencias y reflexiones. Fue también durante su estancia en la Península Ibérica que estrechó lazos con los integrantes de la revista *La hora de España*, a quienes, tras el triunfo del franquismo en 1939, apoyó para su exilio en México y les abrió las puertas de la *Revista Taller*,⁴⁹ publicación que el poeta fundó en 1938. También fue durante este congreso que Paz tuvo ocasión de presenciar en primera persona uno de los tantos juicios que la izquierda radical con lazos directos a la URSS tendría en el ámbito artístico e intelectual. En este segundo congreso se juzgó el caso del escritor André Gide (1869-1951), quien era acusado de traicionar al comunismo con la publicación del libro *Retour de l'U.R.S.S.* El radicalismo de las confrontaciones entre los diversos grupos de izquierda que conformaban el bloque republicano, así como la persecución y las expulsiones producto de éstas, provocó en Paz un sutil distanciamiento crítico de estas facciones, como escribe Jacques Lafaye en su obra, *Octavio Paz en la deriva de la modernidad*:

Según testimonios como el del pintor mexicano Juan Soriano y el del escritor español Jorge Semprún (ambos figuras parisinas), Octavio regresó de España a México en 1937, con una actitud ya muy crítica respecto del espíritu sectario de ciertos grupos republicanos; ya había empezado las violentas tensiones entre comunistas, anarquistas y troskistas (las FAI, el POUM y demás disidentes no más tolerantes). Es notorio que la República española no se hundió solo por la agresión fascista germano-italiana, sino también como consecuencia de las divisiones internas (2013: 33).

No obstante, los cuatro meses del año 1937 que Paz estuvo en España, le dieron una gran variedad de experiencias, durante su estancia “nada faltó, salvo el enrolamiento definitivo en la guerra (que Paz intentó seriamente): fraternidad revolucionaria, aparición en estaciones de radio, temerarias visitas al frente, escenas desgarradoras de niños y familias, racionamiento, bombardeos aéreos y marinos” (Krauze, 2014: 67). Estas vivencias fueron fundamentales, un año más tarde, ya en el país, participó en actos públicos en los que ensalzó a los jóvenes españoles, la cultura y la poesía en guerra en España.

⁴⁹ Paz editó la revista *Taller* entre los años de 1938 y 1941.

En el año 1943, después de trabajos esporádicos y de publicar en algunas revistas y periódicos entre 1939 y 1943, Paz se hace acreedor a la beca *Guggenheim*⁵⁰ y sale del país nuevamente, ahora con rumbo a San Francisco. Fue ahí en donde se encontró con el embajador de México en Estados Unidos, Francisco Castillo Nájera (1886-1954), antiguo compañero y amigo de su padre, será gracias a él, que el poeta comenzó su carrera diplomática como relator de la cancillería mexicana, en la que se encargará de la redacción de informes oficiales y artículos de prensa.

Posteriormente siguiendo a Castillo Nájera se trasladará a Nueva York, será ahí que, con apoyo de José Gorostiza (1901-1973), que impartirá cursos de verano en el *Middlebury College*. Entre otras actividades realizará doblaje para una película, y tendrá planes fallidos de alistarse a la marina mercante (EDITRAMA, 2021). Finalmente, en 1945 Castillo Nájera será designado Secretario de Relaciones Exteriores y logrará su traslado a París, con él, viajó también Octavio Paz Lozano. Durante su estancia en París “se afilió al movimiento surrealista que dirigía André Breton y asistió a sus reuniones de café. En estos años publicó el que llamó su primer libro verdadero de poesía, *Libertad bajo palabra*” (Brading, 2002: 28), fue también en ese lapso que escribió los ensayos que componen la primera edición de *El laberinto de la soledad*.

3.4 Primeas lecturas e influencias

Los libros, las historias y las palabras acompañaron al poeta desde los albores de su existencia. Hijo y nieto de escritores y periodistas, el pequeño Octavio pasó la mayor parte de sus primeros años rodeado de libros en la Casa Grande, como llamaba a la casa de su abuelo Ireneo Paz Flores. Quizás el único momento de su infancia en la que los libros no fueron parte de su cotidianidad, fue durante el tiempo que el poeta y su madre mudaron su residencia a los Estados Unidos en

50 Otorgada por la *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*.

donde se reunieron con su padre, el abogado. No hay registros publicados sobre este punto en particular en la vida del poeta. Sin embargo, a su regreso al país, Octavio Paz Solórzano, su esposa doña Josefina Lozano, y su pequeño hijo, se instalaron definitivamente en la casa del abuelo paterno.

Además de un amplio jardín, la Casa Grande contaba con un lugar que sería fundamental en la vida del pequeño Octavio, una enorme biblioteca que el poeta describiría como “hermosa, resguardo de unos seis o siete mil volúmenes [que] hacía única a la casa de Mixcoac” (Eufracio, 2016: 32). La biblioteca de su abuelo será una evocación recurrente a lo largo de la vida y obra de Paz, en sus primeros años disfrutará de escucharlo “hablar de sus campañas en las guerras de Reforma e Intervención y sus sublevaciones contra Juárez y Lerdo de Tejada” (Krauze, 2014: 31). El lugar estaba adornado por imágenes de escritores, filósofos y algunos de los personajes históricos admirados por Papá Neo, “sobre las mesas, en las paredes, entre los libros, hay altares al santoral de preceptores laicos. En las mesas, un globo terráqueo e instrumentos de escritura” (Sheridan, 2015: 25).

En el texto titulado “Silueta de Ireneo Paz”, contenido en sus obras completas. *La casa de la presencia (tomo I)*, el poeta hace mención de algunas de las obras históricas y literarias que la biblioteca de su abuelo contenía. Papá Neo, tenía predilección por literatura y la historia de la Revolución francesa, “sus héroes -escribe Paz-, eran Maribeu⁵¹ y, un poco menos, Danton⁵², Camilo Desmoulins⁵³ y Bonaparte⁵⁴. Detestaba a Marat⁵⁵ y a Robespierre.⁵⁶-sobre su tía Amalia, con quien

⁵¹ Honoré Gabriel Riquetti, Conde de Mirabeau (1749-1791) revolucionario francés, escritor, diplomático, francmasón, periodista y político.

⁵² Georges-Jacques Danton, llamado también Jorge Dantón (1759-1794) abogado y político francés que desempeñó un papel determinante durante la Revolución francesa.

⁵³ Lucie-Simplice-Camille-Benoist Desmoulins (1760-1794) fue un personaje relevante de la Revolución francesa de 1789.

⁵⁴ Napoleón I Bonaparte (1769-1821) militar y estadista francés, general republicano durante la Revolución francesa y el Directorio, y artífice del golpe de Estado del 18 de brumario que lo convirtió en primer cónsul de la República el 11 de noviembre de 1799.

⁵⁵ Jean-Paul Marat (1743-1793) científico y médico francés que realizó gran parte de su carrera en Inglaterra, pero sobresale y es más conocido como periodista y político durante la Revolución Francesa.

⁵⁶ Maximilien François Marie Isidore de Robespierre (1758-1794) fue uno de los más prominentes líderes de la Revolución francesa, diputado, presidente de la Convención Nacional en dos

su abuelo compartía la pasión por la cultura francesa, continua el poeta- Mi tía, en cambio, prefería las novelas y gracias a ella leí, primero, a Alexandre Dumas⁵⁷ y, más tarde, a Balzac⁵⁸, Constant⁵⁹ y otros” (Paz, 2001 t.14: 147-148).

Aunque el acervo de la biblioteca de la casa grande, no se reducía a la historia y literatura francesa, sus libreros contenían también obras de escritores anglosajones, alemanes, rusos y españoles. Entre algunos de los escritores que Paz menciona, se encontraba en la biblioteca familiar obras de los escritores españoles, Benito Pérez Galdós (1843-1920), José María de Pereda y Sánchez Porrúa (1833-1906), Pedro Antonio de Alarcón y Ariza (1833-1891), Ramón de Campoamor (1817-1901), José Zorrilla (1817-1893), Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), los escritores mexicanos Manuel José Othón (1858-1906), Mariano Azuela (1873-1952). Se encontraba también, textos de escritores de novedad de la época como Henrik Ibsen (1828-1906), los filósofos alemanes, Arthur Schopenhauer (1788-1860), Friedrich Nietzsche (1844-1900). “Además los clásicos españoles, los griegos y los latinos” (Paz, 2001 t. 14: 148).

En *Poeta con paisaje*, Guillermo Sheridan presenta una lista de autores presentes también en la biblioteca de don Ireneo Paz (2015: 25-33), la lista, menciona, “puede reconstruirse de las citadas en artículos o entrevistas y, sobre todo, con las obras mencionadas al paso en su poesía” (Sheridan, 2015: 26). Entre estas obras se encuentran. *México a través de los siglos*, de Vicente Riva Palacio (1832-1896), *La divina comedia*, de Dante Alighieri (1265-1321), *El cantar del Mio Cid* (autor anónimo, 1200 año aproximado), *La Ilíada*, *La Odisea*, de Homero (siglo VIII a.C.), *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne (1828-1905), Libros sobre piratas de Emilio Salgari (1862-1911), *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe

ocasiones, miembro de los jacobinos y del Comité de Salvación Pública, entidad que gobernó Francia durante el periodo revolucionario conocido como el Terror.

⁵⁷ Alexandre Dumas Davy de la Pailletterie (1802-1870), más conocido como Alexandre Dumas, novelista y dramaturgo francés.

⁵⁸ Honoré de Balzac (1799-1850) novelista francés, representante de la llamada novela realista del siglo XIX.

⁵⁹ Henri-Benjamin Constant de Rebecque o simplemente Benjamin Constant (1767-1830) pensador político, activista y escritor suizo-francés sobre teoría política y religión. Republicano comprometido desde 1795, respaldó el golpe de Estado del 18 Fructidor y el siguiente del 18 Brumario.

(1660-1731), *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne*, de Alexander Dumas, Los cuentos de Hans Christian Andersen (1805-1875), *Las mil y una noches. Fábulas*, de Ramón de Campoamor. *Ecos de las montañas*, de José Zorrilla, *Prosas profanas*, de Rubén Darío (1867-1916). *Degeneración*⁶⁰, de Max Nordau (1849-1923). Poesía de Manuel Gutiérrez Nájera⁶¹ (1859-1895). “También alguna historia de Francia y otra de España”, entre otros (Domínguez, 2014: 37).

Si bien es cierto que el pequeño Octavio tuvo acceso a éstos y una gran cantidad de libros desde su infancia, fue posterior a la muerte de su abuelo, que la biblioteca se convirtió en el lugar en el que podía escapar de la orfandad en la que quedó sumido ante su pérdida. Como escribe Enrique Krauze en *Octavio Paz: el poeta y la Revolución*, “con el transcurso de los años su refugio fue la biblioteca de ‘Papa Neo’, donde rodeado de retratos leyó sus novelas, poemas y leyendas históricas y guardó sus álbumes, libros, manuscritos, obras inéditas (Krauze, 2014: 32). El joven Paz, se nutrió intelectual y moralmente de las obras contenidas en la biblioteca de su abuelo, no es errado asegurar que “Octavio Paz se forjó poeta y ensayista entre sus paredes y estantes” (Eufracio, 2016: 33).

Durante su paso por la Escuela Nacional Preparatoria y su posterior ingreso a la Facultad de Derecho en la Universidad Nacional de México, el joven Paz se verá influido de manera significativa por la efervescencia de los movimientos de izquierda que se prolongarían en el país a lo largo de la década de 1930. Fue en los primeros años de esta década, gracias a la influencia de su amigo José Bosch, que el poeta se acercó a las obras de filósofos anarquistas como Mijaíl Bakunin

⁶⁰ Una lectura de adolescencia traspapelada en la infancia (Domínguez, 2014: 37).

⁶¹ “Con una de sus primas [...] Octavio logra introducirse furtivamente a la habitación de la tía y violar su secreter de ‘señorita burguesa de fin de siglo’. Los niños descubren un álbum de pastas doradas: dibujos y acuarelas, poemas y prosas en ‘caligrafía finisecular, jardín de letras de rasgos esbeltos como tallos sinuosos rematados por flores raras’. La tía riega flores más reales en la terraza mientras su intimidad se exhibe ante los sobrinos burlones. Entre risas furtivas, el niño repara en un poema de escritura ‘pequeña, nerviosa, rápida’ bajo el que hay una firma y una fecha: *Manuel Gutiérrez Nájera, agosto 25 de 1888* (Paz solía decir que ése fue su primer contacto con la poesía mexicana)” (Sheridan, 2015: 37).

(1814-1876) Piotr Kropotkin (1842-1921), Élisée Reclus (1830-1905) Francisco Ferrar Guardia (1859-1909) Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), el representante del socialismo utópico francés Charles Fourier (1772-1837). Durante este periodo también leyó *El manifiesto comunista*, de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895), *Anarquismo y socialismo*, de Gueorgui Pléjanov (1856-1918), *Escritores de la Rusia revolucionaria*, y, *Rusia en 1931*, de César Vallejo (1892-1938), entre otros autores y textos.

“Y como casi toda su generación estudiantil en América Latina, se identificaron con *Sachka Yegulev*, el estudiante heroico de la novela de Leonidas Andreiev, que ofrece su vida por la Revolución” (Krauze, 2014: 46). En *Poeta con paisaje*, Sheridan hace una breve reseña sobre esta obra, y la importancia que tuvo entre los estudiantes de la generación de Paz, de quien dice, “estaba en un momento especialmente ruso de su juventud: además de Andreyev, durante 1930, lee con pasión a Turguéniev, Dostoivski, Tolstoi, Chéjov, Pushkin, [y] Dmitri Merezhkovski” (2015: 111).

Como gran parte de los estudiantes de su generación, el joven Paz, empezó a combinar las enriquecedoras lecturas de la biblioteca familiar, con la lectura de escritores, poetas, filósofos y pensadores que comenzaron a ser referentes en los círculos y las revistas culturales, Sheridan enlista una cantidad significativa de los autores que durante este periodo empiezan a poblar las lecturas de Paz, entre estos podemos mencionar a D.H. Lawrence (1885-1930). T.S. Eliot (1888-1965), Saint-John Perse (1887-1975), Paul Valéry (1871-1945), James Joyce (1882-1941), Ramón María de Valle-Inclán (1866-1936), Ramón Gómez de la Serna (1888-1863), Juan Ramón Jiménez (1881-1958), Federico García Lorca (1898-1936), Nicolás Guillén (1902-1989), Rafael Alberti (1902-1999), William Faulkner (1897-1962), Frank Kafka (1883-1924), Thomas Mann (1875-1955), André Malraux, (1901-1976), Jorge Luis Borges (1899-1986), Xavier Villaurrutia (1903-1950), Jorge Cuesta (1903-1942), Pablo Neruda (1904-1973), Edmund Husserl (1958-1938), Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud (1856-1939), Louis Aragon (1897-1982), André Breton (1896-1966), Vicente Huidobro (1893-1948), César Vallejo (1892-1938) entre otros.

Como se puede observar, la diversidad de autores y temáticas a las que se acercó el joven Paz a partir de la década de 1930, fue bastante amplia y en cierta forma fue producto de la gran divulgación a cargo de los grupos culturales y las revistas que éstos impulsaban. Desde mediados del siglo XIX, las revistas literarias se habían convertido en el medio de divulgación más importante para los pensadores y escritores en México, gracias a éstas publicaciones periódicas, se conocieron en el país las más recientes aportaciones literarias, filosóficas, psicológicas y culturales.

Entre los años de 1928 y 1931, la revista literaria de mayor relevancia en el país, fue la revista *Contemporáneos*,⁶² una revista constituida por algunos de los principales intelectuales de la época en México, la cual estaba además, atenta de conocer y divulgar la vanguardia artística y literaria de esos años. La generación que integró *Contemporáneos* influyó de manera significativa en la formación del joven Paz. Como escribe Enrico Mario Santí en la introducción a *Primeras letras*, una recopilación de publicaciones de Octavio Paz entre 1931 y 1943, *Contemporáneos* fue “la generación de vanguardia inmediatamente anterior a la suya y cuyo contexto condiciona y determina sus primeras nociones sobre arte y poesía” (1992: 19).

Otras revistas literarias que influyeron en la formación de Paz durante estos años fueron la revista literaria argentina *Sur* (1931-1979), la revista cultural española, *Cruz y Raya* (1933-1936), la revista española *Leviatán* (1934-1936), la revista mexicana *Examen* (1932), la *Revista de Occidente* (1923-actualidad), esta última dirigida entre 1923 y 1936 por José Ortega y Gasset, los planteamientos del filósofo español influyeron significativamente en el pensamiento y la obra de Paz. Estas revistas culturales difundieron en México a “los nuevos autores europeos;

⁶² “En el grupo destacaban sobre todo poetas y dramaturgos (Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Salvador Novo, etc.) y un ensayista notable, Jorge Cuesta. Coetáneos de la ‘Generación española del 27’ (Alberti, Altolaguirre, Diego) y admiradores de Juna Ramón Jiménez y Antonio Machado, publicaron a los autores de la *Nouvelle Revue Française* (Gide, Monrand, Maurois, Larbaud), tradujeron *The Waste Land* de Eliot, *Morning in Mexico* de Lawrence y *Anábasis* de Saint-John Perse” (Krauze, 2014: 49).

promueve[n] géneros como el teatro de vanguardia o el cine; utiliza[n] el ensayo, la crítica y el periodismo como método de difusión y debate intelectual y, en general, busca [n] mantener el diálogo con la cultura de Occidente” (González, 2002: 19). Cercano a las letras y la imprenta desde temprana edad, y consciente de la relevancia que la edición de revistas tenía en la difusión de ideas y debates, Octavio Paz, siendo estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria, junto a sus compañeros y amigos Rafael López Malo (1912-2005), Salvador Toscano y Arnulfo Martínez Lavalle, fundó su primera revista titulada *Barandal* en el año 1931. La publicación alcanzaría los siete números entre agosto de 1931 y marzo de 1932, como escribe Santí, “sus páginas transparentan el cruce entre vanguardia poética y política que define el momento: textos de Joyce, Marinetti y Valéry se alternan con los de Alberti, Stalin, [Huizinga] y otros” (1992: 19)

Entre la gran diversidad temática que flotaba en el ambiente intelectual en México durante la década de 1930, existían algunos temas que podríamos considerar centrales en las reflexiones y debates suscitado entre los diversos intelectuales de la época. El tema del rumbo de la educación en el país, que había pasado de los planteamientos de Vasconcelos en la década de 1920 a impulsar un modelo de educación socialista con el gobierno de Cárdenas. El tema del compromiso del artista con el cambio social, que había suscitado fuertes debates y fracturas en grupos artísticos y culturales en distintos países. El mismo Paz, habría reflexionado desde muy temprana edad sobre este tema, en la revista *Barandal*, con su primer ensayo titulado “Ética del artista”. Dos de los temas centrales en el debate de los intelectuales mexicanos durante este periodo y que se prolongarían unas décadas más, fueron el tema de la identidad del mexicano, y la conciliación entre lo nacional y lo universal. Ambos temas habrían cobrado una gran relevancia a partir de la década de 1920, habrían de ser abordados por diversos intelectuales entre los que podemos mencionar a Alfonso Reyes, Rodolfo Usigli (1905-1979), Jorge Cuesta, José Vasconcelos, Samuel Ramos, entre otros. Paz, publicó diversos artículos que versan sobre estas temáticas, y llegó al culmen de estas reflexiones con la publicación en 1950 de *El laberinto de la soledad*.

3.4.1 Cuesta: un paréntesis en el desierto

En la infancia y pubertad, los maestros más importantes en la formación de Octavio Paz, habían sido los integrantes de su familia, de ellos había aprendido la pasión por el arte, la poesía, la literatura, y la historia de México, Francia y España. En su juventud habría de ser influido por amigos como José Bosh, quien le habría de introducir al pensamiento anarquista. En la Escuela Nacional Preparatoria, recibió clases de algunos de los intelectuales más importantes que vivían en la capital del país, entre los que, como se ha mencionado anteriormente, se encontraban Carlos Pellicer, Pedro Argüelles, Alejandro Gómez Arias, Antonio Díaz Soto y Gama, y ocasionalmente Samuel Ramos y José Gorostiza. La educación formal la complementaría con lecturas de la biblioteca de su abuelo Ireneo, y con nuevas lecturas a las cuales llegaba por recomendación de sus amigos, profesores, también mediante la lectura de revistas literarias y culturales. Será mediante estas publicaciones que conoce a escritores y pensadores de diversas partes del mundo, pero también que se acercará a diversos intelectuales mexicanos que editaban estas revistas, como fue el caso de su cercanía con algunos de los integrantes de la revista *Contemporáneos*. En marzo de 1935, Paz, que anteriormente había hecho amistad con Pellicer y Villaurrutia, comenzó una amistad con quien sería su mentor intelectual durante esa década, el poeta, ensayista y editor Jorge Cuesta.

En esos días de 1935, cuando Paz lo conoció, Cuesta defendía, con una abrumadora dialéctica, a la universalidad de la violación, para empezar, de la libertad de cátedra, implícita en imponerle la educación socialista. [...]. Cuesta, recuerda Paz, salió a fumarse un cigarrillo. Lo conocía de vista, compartían un amigo (Salazar Mallén) y hacía poco Paz lo había observado acompañando a Aldous Huxley en su visita a los frescos de José Clemente Orozco en la ENP. Paz se presentó mentando a Huxley y de ahí pasaron a Lawrence y más allá del viejo colegio jesuita de San Ildefonso convertido en escuela preparatoria, Cuesta se llevó a comer al joven Paz a un céntrico restaurante alemán de la calle de Bolívar (Domínguez, 2014: 63).

A partir de ese momento, los encuentros entre ambos fueron recurrentes, intercambiando ideas y opiniones, leyendo y opinando mutuamente sobre sus

creaciones poéticas, y reflexionando sobre temas de actualidad artística, política, cultural e ideológica. Sheridan plantea que es posible que las conversaciones entre maestro y discípulo, giraran en torno a los temas abordados en los escritos publicados por Cuesta en aquellos años “habrá que suponer a Paz escuchándolo disertar sobre la naturaleza del nacionalismo, la ética de la poesía, marxismo y economía, las relaciones entre Estado y sociedad, el surrealismo y Breton [...], la cuestión universitaria, teoría de la democracia, Freud y el arte, las similitudes entre ‘el socialismo de Estado’ (es decir, el fascismo) y la ‘dictadura del proletariado’ (el comunismo)... Y López Velarde, y Díaz Mirón, y Vasconcelos... (Sheridan, 2015: 146). Bajo esta misma lógica, es posible que en estas charlas, ambos intercambiaran ideas y opiniones sobre el libro de Samuel Ramos *El perfil del hombre y la cultura en México*, cuyo génesis se remontaba a cuatro artículos aparecidos en las revistas *Contemporáneos*, y *Examen*, ésta última editada por el propio Cuesta.

Las reflexiones vertidas en los ensayos de Cuesta, fueron un eje fundamental en la formación del pensamiento de Paz sobre temas como la nación mexicana, el mexicano y su cultura. En el debate que se generó a finales de la década de 1920 y principios de 1930, en el que se discutía si cultura mexicana debía ser nacional o universal⁶³, Jorge Cuesta “emprendió no sólo una crítica de la actitud nacionalista, sino también del nacionalismo como una idea importada de Europa y de actitud ante la tradición. [...] La tradición no se preserva, sino que se vive... es una seducción, no un mérito; un fervor, no una esclavitud’. Esa crítica conducirá a plantear el carácter de la cultura nacional, en la que Cuesta identifica la universalidad como rasgo esencial (Rico, 2006: 148-149). Esta acepción de la cultura mexicana como producto de una construcción universal, mestiza y no exclusivamente vernácula, sobre la que habían ensayado Vasconcelos, Ramos, Cuesta, entre otros pensadores de la primera mitad del siglo XX, fue un pilar fundamental en el pensamiento de Paz, y en las reflexiones presentes en *El laberinto de la soledad*.

⁶³ Debate del que ha hecho mención en el según capítulo de esta investigación.

Un par de años más tarde, después de su regreso de España, en un restaurante ubicado cerca del Bosque de Chapultepec, Jorge Cuesta presentó a Octavio Paz, al grupo de Contemporáneos en sesión. Entre los miembros presentes en este encuentro se encontraban, Xavier Villaurrutia (con quien Paz, tenía trato desde tiempo atrás), Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949), José Gorostiza, Celestino Gorostiza (1904-1967), Samuel Ramos, Octavio G. Barreda (1897-1964), Jaime Torres Bodet (1902-1974), Enrique González Rojo (1899-1939) y José María Gonzáles de Mendoza (el Abate de Mendoza) (1893-1967). “No estaba Pellicer, ya entonces alejado del grupo, ni tampoco Gilberto Owen, el poeta alquímico atado a un puesto diplomático en Bogotá, ni Novo, el más incómodo porque era el único cuya adhesión a la República española, rutinaria entre los Contemporáneos y que tranquilizaba a Paz, resultaba dudosa” (Domínguez, 2014: 65).

3.5 Entre revolución y rebeldía: Obras y publicaciones (1931-1943)

A partir de su viaje a España en 1937 y de ser testigo del juicio a André Gide por parte de los escritores comunistas más radicales del congreso, Paz, que se había formado ideológicamente cercano a la izquierda, pero que había optado por no militar directamente en grupos comunistas con línea directa a la URSS, como lo había hecho contemporáneos y amigos suyos afiliados a Partido Comunista, como, Enrique Ramírez y Ramírez (1915-1980), Ricardo Cortés Tamayo (1911-2002), José Revueltas (1914-1976), y Efraín Huerta (1914-1982), comenzó lentamente a alejarse del arquetipo del pensador revolucionario y se abrazó a la idea del pensador rebelde; este proceso de separación y definición le llevaría un par de décadas más, pero tiene su génesis en estos años.

En la década de 1940 la formación intelectual de Paz se ampliaría a nuevos horizontes, los conflictos dentro de la izquierda en México y occidente, le harán mantenerse alejado en la medida posible de la militancia, aunque no de la ideología

marxista⁶⁴ en cuya línea se mantendría por un par décadas más, y sería fuerte influencia en el pensamiento de Paz al momento de escribir la primera edición de *El laberinto de la soledad*. Con el paso de los años, ante la imposibilidad de renegar de ella, Paz intentaría minimizar la influencia del marxismo en esta obra, como se puede observar en la nota al pie de página que agregó en una de revisión de la obra en 1993, al final del capítulo “La intelligentsia mexicana”, capítulo agregado en la segunda edición (1959), en la que escribe:

Releo este capítulo con sentimientos encontrados. Por una parte, se resiente de la influencia del marxismo que circulaba durante esos años en los círculos intelectuales y que fue una simplificación de la realidad política, económica y social, por otra, sobre todo hacia el fin, aparece ya una crítica del socialismo totalitario. Fue mi adiós al marxismo escolástico, al que, por lo demás, nunca fui enteramente fiel. Cuando escribí esas páginas, los movimientos revolucionarios de la periferia me hicieron concebir esperanzas excesivas que pronto se disiparon. Señalo al lector interesado que en ‘Itinerario’, prólogo a Ideas y costumbres-sexto volumen de *Obras completas*-, me refiero con cierta amplitud a la evolución de mis ideas políticas (2019: 200).

Entre 1938 y 1943, antes de salir del país, primero rumbo a Estados Unidos y luego a Francia, Paz colaboró en algunas de las publicaciones más relevantes de la época⁶⁵, como lo fue la revista *Taller* (1938-1941), la revista *Letras de México*, la revista universitaria *Tierra Nueva* (1940-1942), *El hijo pródigo* (1943-1946), la revista literaria argentina *Sur*; también sería colaborador en *El Popular*⁶⁶ un diario sindicalista dirigido por Vicente Lombardo Toledano. Además de algunos trabajos esporádicos como el que tuvo en el Banco de México en el que se encargaba de quemar los billetes que se encontraban fuera de circulación, o cuando el año de

⁶⁴ “Si yo hubiera escrito *El laberinto de la soledad* en 1937, sin duda habría afirmado que el sentido de la explosión revolucionaria mexicana terminaría en la adopción del comunismo. La sociedad comunista iba a resolver el doble conflicto mexicano, el interior y el exterior: comunión con nosotros mismos y con el mundo” (Paz en Sheridan, 2015: 199).

⁶⁵ “Durante esos años Paz colaboró en quince publicaciones periódicas; en cuatro de ellas como fundador o editor: *Barandal* (agosto de 1931 a marzo de 1932), *Cuadernos del Valle De México* (septiembre de 1933 a enero de 1934), *Taller* (diciembre de 1938 a febrero de 1941) y *El hijo Pródigo* (abril de 1943 a septiembre de 1946). Como colaborador publicó en otras nueve revistas mexicanas (*Romance*, *Ruta*, *Futuro*, *Artes Plásticas*, *Letras de México*, *Tierra Nueva*, *Hoy*, *Cuadernos Americanos* y *Mañana*), en dos extranjeras (*El Mono Azul* y *Sur*) y en cuatro periódicos *El Nacional*, *Diario del Sureste*, *El popular* y *Novedades*. Las fechas entre paréntesis indican la duración de las revistas” (Rico, 2006: 72).

⁶⁶ Colaborará en este diario hasta la realización del pacto germano-soviético de no agresión firmado ente Alemania y la URSS el 23 de agosto de 1939.

1943 “llegó a colaborar en algunos diálogos y letras de canciones para *El rebelde*, película del famoso actor Jorge Negrete” (Krauze, 2014: 86).

Con la década de 1940, comienza en el pensamiento de Paz, el distanciamiento ideológico de la izquierda comunista, vienen también rompimientos personales con amigos y compañeros militantes, las reflexiones sobre la mexicanidad que se verán reflejadas en escritos publicados durante esos años, y de los que se habla más adelante en este capítulo. Aunado a esto vendrá la salida del país, primero a Estados Unidos y luego a Francia en donde tendrá “la posibilidad de respirar aires intelectuales nuevos y el encuentro, en una época de oscuridad, con nuevas figuras tutelares (George Orwell, André Breton, Raymond Arón, Albert Camus, Kostas Papaioannou), que reafirman la vocación literaria y brindan un ejemplo de equilibrio analítico e integridad intelectual al joven Paz (González, 2002: 22).

Con 29 años, Paz salía del país para respirar nuevos aires y sumergirse en otros océanos culturales cuyos horizontes había vislumbrado en su infancia desde la biblioteca de la Casa Grande, con respecto a este primer exilio, Sheridan recoge un fragmento que Paz escribió en el texto “Entrada retrospectiva” en *El peregrino en su patria*, el octavo libro de sus obras completas, en el que se pregunta por las razones de su partida:

¿En busca de qué o de quién? En busca de México o de mí mismo, tal vez de un lugar en México: mi lugar. O del lugar en mí, de México. La peregrinación comenzó con una sensación de extrañeza y con una pregunta: ¿yo soy el extraño?, o ¿esta tierra que llamo mía es una tierra ajena? Esta pregunta es tan antigua como los hombres. Las religiones la han respondido casi siempre de la misma manera: esta tierra no es tu tierra verdadera sino el lugar de tu exilio. Tu patria está allá, afuera de este mundo” (Paz en Sheridan, 2015: 433).

La pluma de Octavio Paz fue diestra y fluida, los años que anteceden a la publicación de *El laberinto de la soledad*, fueron años en los que su palabra escrita surgió y comenzó su proceso de maduración, proceso que le llevaría toda la vida y el cual lo consagró como el escritor más importante de las letras mexicanas durante el siglo XX, y uno de los más importantes del mundo, título que fue reafirmado con la obtención del Premio Nobel de Literatura de 1990. Heredero de la pasión por los

libros y la palabra escrita, el joven Paz comenzó a escribir desde temprana edad. Con 19 años publicó su primer *plquette* de poemas titulada *Luna silvestre* en 1933 (editorial: Fábula), tres años más tarde, en el contexto del inicio de la Guerra Civil Española, publicó en apoyo al bando republicano el poema *¡No pasarán!* (1936, editorial: Simbad), un año después a inicios de 1937 publicó el poemario *Raíz de hombre* (editorial: Simbad). Ese mismo año en el marco del Segundo Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, en España, publicó *Bajo tu clara sombra y otros poemas sobre España* (editorial: Ediciones Españolas). En 1941 publicaría dos obras más, la primera, una recopilación de poemas, titulada *Bajo tu clara sombra, 1935-1938*; la segunda, el poemario *Entre la piedra y la flor* (editorial: Nueva Voz). Un año más tarde, en 1942 publicó el poemario *A la orilla del mundo* (editorial: ARS). Además de estos poemarios, publicó de manera individual varios poemas en revistas y periódicos durante esos años. La obra poética que Paz escribe a la par de ensayos en los que reflexiona sobre el contexto nacional y mundial, está vinculado a estos últimos. A lo largo de la obra poética que Paz produjo durante estos años, podemos encontrar sus “obsesiones, intuiciones, preguntas y respuestas que permean su producción en prosa; de ahí que no puedan aislarse plenamente una de la otra” (Rico, 2006: 71).

La producción en prosa entre los años de 1931 a 1949, fue bastante fructífera, ensayos publicados en revistas y periódicos en los que plasmó sus reflexiones sobre temas literarios, poéticos, sociales, históricos y filosóficos. De acuerdo con el historiador Javier Rico Moreno, entre 1931 el año que sus textos comenzaron a ser publicados hasta 1943, el año que se fue del país rumbo a Estados Unidos y luego a Francia, Octavio Paz publicó más de ochenta textos en prosa, ensayos, artículos, notas y reseñas, en las que se puede apreciar algunos de los temas e inquietudes que durante estos años formaron parte de sus reflexiones, y que fueron el germen de *El laberinto de la soledad*.

En 1988 Enrico Mario Santí, con la aprobación y revisión del mismo Paz, publicó la obra titulada *Primeras Letras (1931-1943)*, una recopilación y selección de textos en prosa publicados por el poeta a lo largo de esos años. En estos textos se pueden

apreciar algunas de las inquietudes de Paz con respecto a temas como el amor, el erotismo, la mujer, la muerte, la libertad, la poesía, la literatura, y la búsqueda de la identidad. En *Primeras Letras* podemos encontrar parte de los temas y reflexiones que serían el germen de los ensayos que compondrían *El laberinto de la soledad*. En los textos en prosa publicados por el poeta durante este periodo, escribe Javier Rico “aparecen imágenes, figuras retóricas, intuiciones e ideas que en *El laberinto de la soledad*, a manera de claves o códigos de significación, irán modelando su visión de la historia” (2006: 71-72).

En 1938, Paz publicó *Americanidad de España*, un ensayo breve enmarcado en la guerra civil española, y que le da pie a reflexionar sobre el debate entre hispanistas y antihispanistas que se había suscitado a partir del siglo XIX, con la influencia del liberalismo francés, que había desembocado en una carga peyorativa hacia lo español en México. “Y entonces lo español fue sinónimo de crueldad, injusticia, rapacidad y usura” (Santí, 1992: 153). En este ensayo Paz se inclina a favor del discurso del mexicano y su cultura como producto de un mestizaje, que se venía construyendo desde los primeros años del siglo XX, y del que Vasconcelos y Ramos eran referentes. “La Colonia fue también historia. Y lo que ella tiene de historia, es decir, de creación, aún nos toca, aún nos impulsa y nos mueve. [...] El drama de nuestra patria, desde ese día, ha sido, precisamente, realizar lo que, sin saberlo, conquistadores y frailes, indios y castas fundaban: una nación y una democracia”. (Santí, 1992: 154). Para el autor, lo hispano era parte fundamental de la nación mexicana, al igual que lo era lo indígena, el periodo de la Nueva España, con su clara connotación española, entonces, no podía quedar excluida de una historia nacional mestiza.

Durante este periodo, las reflexiones de Paz giran en torno al cuestionamiento de la existencia ontológica de las naciones y los continentes, para el poeta, éstos existen solo a partir de la interacción del hombre, son resultado de un proceso histórico. Los continentes, como las naciones se construyen desde la historia, entendiendo como historia, el cambio constante producto de la interacción humana.

En un ensayo breve publicado en la revista *Así*, en enero de 1941, titulado “América, ¿es un continente?”, escribió:

Un continente no es nunca un lugar vacío; no hay, en la historia, continente vacío, por la sencilla razón de que cada continente es una creación de la historia. Una tierra, aunque en la geografía se llama a eso continente, no es un continente. Para la historia un continente es la obra de unos hombres que dan sentido, sabor y forma a la informe materia. Europa es el único continente hoy vivo que conocemos nosotros los americanos, hijos suyos. Y es un continente no sólo porque posee una estructura física y un clima sino, sobre todo, por la obra de los hombres que le han dado un esqueleto y una voluntad capaces de sostener y mover esa nada de carne, sangre y nervios que son las naciones europeas (Santí, 1992: 190).

Para Paz, no era la homogeneidad de las naciones europeas lo que constituía a Europa, era la particularidad de cada nación, el propio conocimiento de ésta, su identidad. Y es precisamente esto lo que menciona en este ensayo, aún faltaba profundizar en las naciones en América, pues para el poeta era “evidente que nos parecemos más los mexicanos a los chilenos o a los centroamericanos que los italianos a los alemanes o que éstos a los españoles” (Santí, 1992:190). Como se puede apreciar, se encontraba latente en el pensamiento de Paz el tema de la identidad nacional.

En respuesta a una encuesta sobre la literatura mexicana realizada por la revista *Letras de México*, publicada en abril de 1941, Paz aprovechó para verter sus reflexiones sobre lo que entendía como lo mexicano, lo cual desde su perspectiva, era producto de la interacción entre lo vernáculo y lo universal (entendiendo como universal a la cultura occidental). Para el poeta la universalidad es un producto de interacción entre las diversas naciones, solo a partir de la conciencia de lo propiamente nacional en esa interacción es posible la universalidad, en este sentido, para Paz, era inconcebible la una sin la otra. “No puede existir auténtica universalidad sin tener los pies sobre la tierra que nos crio” (Santí, 1992: 258-259).

En esta respuesta escrita a manera de ensayo, podemos observar también, que los del nacionalismo mexicano y la identidad, ocupan parte de las reflexiones del poeta y ensayista. Para Paz, la nación y el nacionalismo son construcciones que resultan de la interacción social, ambos, nación y nacionalismo, son producto del

cambio constante de la sociedad que habita un territorio. Se puede apreciar también desde este ensayo, que el autor dota de Sentido histórico a su discurso cuando habla sobre la identidad del mexicano y la nación mexicana. Menciona sobre el mexicano, que lo primero que lo distingue históricamente con la influencia de liberalismo y la cultura francesa a lo largo del siglo XIX, es su deseo de no ser español:

La negación de lo mexicano, su deseo de no ser español, es un síntoma, una señal de que ha nacido, de que tiene consciencia de su singularidad. Pero esta singularidad se ha manifestado como negación. Cuando el mexicano ha afirmado algo, esa afirmación no partía de su ser, sino que tendía a subrayar, disculpar, justificar, su negación. La afirmación de sí mismo no se puede obtener fuera de sí, no a través de su negación, sino en la hondura de nuestra conciencia (Santí, 1992: 260).

Existe una clara consciencia en el pensamiento de Paz, esto es, que el discurso sobre la nación, la identidad y la cultura del mexicano en el siglo XX, es construido desde los grupos políticos e intelectuales en el poder, y que éste discurso varía de acuerdo con las decisiones e intereses de estos grupos y los procesos históricos de los que forman parte, como podemos ver, cuando escribe:

La Revolución Mexicana -a pesar de todo- significó para México encontrarse de pronto, consigo mismo. Mantener vivo este encuentro, el asombro de este encuentro, de este diálogo, debió ser el propósito de los hombres de 1910 y de sus sucesores. Pero no fue así. No fueron los únicos culpables los escritores, sino los revolucionarios, tan pronto corrompidos. Ellos hicieron hermético, insensible, al pueblo mexicano que, por primera vez en su historia, había despertado. Ahora todos hemos vuelto a la soledad y el diálogo está roto, como están rotos y quebrados todos los hombres (Santí: 1992: 60).

O cuando en el ensayo breve titulado “Arte tricolor” publicado en *Novedades* en julio de 1943, escribe:

El pueblo y sus líderes ‘extranjerizantes’ (Ramírez, Juárez, Altamirano y demás ‘afrancesados’) habían hecho suyas las ideas liberales no sólo de un modo académico sino sirviéndose de ellas para destruir los privilegios de la Iglesia y dando su sangre por ellas. Y ésta es la única manera de ‘mexicanizar’ una idea y de hacer nuestro lo universal (Santí: 1992: 340).

Inmerso en las reflexiones sobre el nacionalismo mexicano de las primeras décadas del siglo XX, que había desembocado en amplios debates y publicaciones de los intelectuales de la época, Paz no permanece indiferente a esta temática. En éste y otros escritos del periodo, podemos encontrar vestigios de los temas que desarrollará en los ensayos que integrarán la primera edición de *El laberinto de la soledad*. Como hemos visto, el tema del nacionalismo y la identidad está presente cuando escribe: “Encontrar a México significa hacerlo: porque nuestro país está deshecho o aún no nace totalmente. La cultura, decía Machado, sirve para despertar al dormido” (Santí, 1992: 261).

Pero también podemos encontrar antecedentes de su polémico capítulo “Lo hijos de la chingada”, en un breve texto publicado en abril de 1943 en la revista *Novedades*, titulado “¡Viva México, hijos...!”. Tomando como punto de partida, los recuerdos de las fiestas patronales de las que fue testigo en su infancia, Paz se cuestiona sobre el sentido de una de las frases festivas de uso popular en el país: “Viva México, hijos de la chingada”. En este ensayo, el autor deja entrever la connotación histórica que más adelante atribuirá a la frase, pero que en ese momento dejaba de lado. “en la primaria, cuando supe de gachupines, gringos y franceses, pensé que se trataba de una alusión histórica. Pronto me convencí de que también era absurda la atribución. Aquella frase no estaba dirigida a nadie y no poseía ninguna significación concreta” (Santí, 1992: 313). El tema de la orfandad, la soledad, el vacío, la paradoja, son también parte de las reflexiones del autor en textos como este, y que también podemos encontrar en otro texto publicado en *Novedades* en octubre del mismo año con el título “La mentira de México”, en donde apunta:

Somos un pueblo triste, pero nadie gasta más que nosotros en las fiestas; somos un pueblo manso, pero todos los días nos matamos; somos un pueblo sobrio, pero todos nos emborrachamos; la mentira nos envuelve y nadie se engaña a sí mismo con tal natural hipocresía, pero tampoco nadie se dice las cosas con tal desnuda desesperación. Este desequilibrio brota de nuestra inseguridad enfermiza, que ahora sólo sirve para destruirnos, pero creo que necesitamos, ante todo, de la verdad. Pues si la mentira torna fantasma cuando toca, decir la verdad es empezar a existir verdaderamente (Santí, 1992: 370).

La obra recopilatoria de los primeros escritos de Paz, publicada por Enrico Mario Santí, nos da la posibilidad de acercarnos a los temas que ocupaban la mente del joven Paz entre los 17 y los 29 años, en cierta forma los temas expuestos en el libro de Santí, son una radiografía aproximada de los temas que interesaban a los intelectuales de la generación de Paz durante las décadas de 1930 y 1940, escritos que fueron a su vez, los cimientos de las reflexiones sobre las que se sustentarían los ensayos unos años más tarde, en 1950 integrarían la primera edición de *El laberinto de la soledad*.

3.6 El Sentido histórico en *El laberinto de la soledad*

Las reflexiones de Octavio Paz sobre el mexicano, la nación mexicana y su cultura, se fueron condensando a lo largo de la segunda mitad de la década de 1940. Fue a partir del autoexilio, que el poeta comenzó a escribir una serie de ensayos que tuvieron como eje rector reflexiones sobre el mexicano, su cultura y su historia. El primero de estos ensayos, titulado “El pachuco y otros extremos”, fue publicado en la revista *Cuadernos Americanos* en el número de septiembre-octubre de 1949. El segundo, titulado “Mascaras mexicanas” se publicó un par de meses más tarde, en el número de enero-febrero de 1950, en la misma revista (Rico, 2006: 10). Estos dos ensayos, sumados a otros seis inéditos, fueron condensados en la primera edición de *El laberinto de la soledad*, obra publicada por la editorial Cuadernos Americanos en el mes de febrero de 1950. La primera edición del libro, estuvo compuesta por ocho capítulos: 1. “El pachuco y otros extremos”. 2. “Máscaras mexicanas”. 3. “Todos Santos. Día de Muertos”. 4. “Los hijos de la Malinche”. 5. “Conquista y Colonia”. 6. “De la Independencia a la Revolución”. 7. “Nuestros días”. 8. “La dialéctica de la soledad”. Sobre el carácter general de estos ensayos, escribe David Brading en su obra *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*:

El primero de los cuales no era más que un prólogo. Los siguientes tres capítulos analizan los mitos, los festivales y el lenguaje, y de este modo definen a través del ejemplo los rasgos sobresalientes del carácter del mexicano. Los capítulos cinco y seis

recorren la historia de México desde la Conquista hasta la Revolución. El capítulo siete, titulado “Nuestros días”, cierra la discusión con una nota universal. El capítulo ocho ofrece la “resolución” personal del autor sobre la dialéctica de la soledad y la comunión (Brading, 2002: 40).

Una constante en la vida de Octavio Paz, fue la relectura exhaustiva, y podríamos decir, obsesiva de su obra en general, realizando constantemente apuntes, correcciones cuando era posible o aclaraciones que hicieran evidente su cambio de pensamiento con el paso de los años. Solía omitir, ampliar o añadir capítulos enteros en nuevas ediciones a sus diversas obras, una hábito que lo acompañó hasta el final de sus días.

El caso de *El laberinto de la soledad* no fue la excepción. Apenas nueve años después de su publicación, en 1959, vio la luz en la colección “Vida y pensamiento de México” por el FCE, la segunda edición de esta obra, la cual tuvo cambios significativos con respecto a la primera, y cuya estructura capitular no cambiará en adelante, salvo por anotaciones y aclaraciones al pie de página que continuó haciendo Paz en ediciones posteriores. La estructura capitular resultado de las revisiones y adhesiones de la segunda edición, será la definitiva, y estará constituida por ocho capítulos y un apéndice: 1. “El pachuco y otros extremos”. 2. “Máscaras mexicanas”. 3. “Todos Santos. Día de Muertos”. 4. “Los hijos de la Malinche”. 5. “Conquista y Colonia”. 6. “De la Independencia a la Revolución”. 7. “La *intelligentsia* mexicana”. 8. “Nuestros días”. Apéndice: “La dialéctica de la soledad”.

En la introducción a la erudita edición de *El laberinto de la soledad* preparada por Enrico Mario Santí para la editorial Cátedra, Santí escribe sobre los significativos cambios que Paz realizó a la segunda edición de la obra:

Entre las revisiones más evidentes están [...] la expansión de un capítulo (el VIII, “Nuestros días”) donde se pone al día la situación del México posrevolucionario dentro del nuevo panorama de descolonización mundial y la Guerra Fría. [...] Las mayores revisiones se hacen [...] a los capítulos IV al VII, donde se hace evidente, entre otras cosas, el refinamiento del análisis psicoanalítico. El famoso capítulo IV, por ejemplo, sobre “Los hijos de la Malinche”, abunda ahora en la descripción del “romance familiar” mítico (Padre, Madre e Hijo). Es en relación a esta triada, de hecho, que Paz introduce toda la discusión sobre la Virgen de Guadalupe –de la que carece la primera edición– como contrapunto mítico de “La Malinche” y, de ahí, como elemento estructural de la

ambivalencia y conflicto psíquico que guarda en el subconsciente histórico mexicano. En cuanto al análisis histórico propiamente, la segunda edición resalta aún más el carácter “cerrado” de la sociedad novo-hispana, expande el relato histórico de la Independencia y Revolución mexicana, y, en general, elimina redundancias que resultaban demasiado evidentes en la primera edición. Pero es sobre todo en el nuevo capítulo VIII donde introduce una visión mucho más crítica de los resultados históricos de la Revolución mexicana (Santí, 2003: 56).

Aunque la obra está atravesada por los ejes temáticos del mexicano y su cultura, desde la primera edición, se aprecia una división que no está explícita en la obra, pero que consta de una introducción y tres partes temáticas. El primer capítulo funge esencialmente como una introducción a la obra, en éste, el autor expone las circunstancias que lo llevaron a adentrarse en la reflexión sobre el mexicano y su cultura. La primera parte temática, a la que Javier Rico llama del *mito y carácter* (2006: 107-116), abarca los capítulos 2, 3, y 4 en éstos, Paz exponen los que a su juicio, son los elementos principales que constituyen el carácter del mexicano, así como los diversos arquetipos que constituyen a la sociedad mexicana, por ejemplo, el macho, el patriarca, la madre, la mujer, el indio. Además de enmarcar sus reflexiones en la cotidianidad, la fiesta, la celebración, el rito y la reunión. Sobre esta primera parte escribe Brading:

El meollo del *El laberinto de la soledad* son tres capítulos, que llevan los espléndidos y ominosos títulos de “Máscaras mexicanas”, “Todos Santos, Día de Muertos” y “Los hijos de la Malinche”, en los que Paz ejemplificó su definición del modo en que los mexicanos difieren del hombre moderno. Al exponer sus “características”, Paz las aplicó explícitamente a todos los mexicanos y se incluyó a sí mismo, como cuando empezaba diciendo “nosotros los mexicanos” vivimos detrás de máscaras, toda vez que los anima la desconfianza hacía sus vecinos y tienden a las estoicas virtudes de la resignación y la defensa. Esta actitud hermética era acompañada por una formalidad social, la evasión de la espontaneidad y un gusto por la ceremonia, los rituales y las costumbres (Brading, 2002: 45).

La segunda parte temática de la obra está constituida por los capítulos 5. “Conquista y Colonia”, y 6. “De la Independencia a la Revolución”, dos capítulos a través de los cuales, Paz estructura una historia nacional de origen. Con una narrativa histórica que permite al autor sostener y dar legitimidad a las reflexiones sobre la nación mexicana, el mexicano y su cultura, expuestas a lo largo del libro.

Es precisamente en esta parte de la obra en la que podemos vislumbrar con mayor claridad el Sentido histórico con el que Paz dotó su discurso sobre el mexicano y su cultura.

Finalmente la tercera parte temática de la obra, comprende los capítulos 7 y 8 en la primera edición, y los capítulos 7, 8 y el Apéndice, a partir de la segunda edición. En los ensayos que componen estos capítulos, el autor ensaya ideas sobre el contexto político, ideológico, económico y cultural que abarca las décadas de los años 40 y 50 del siglo XX, el periodo que abarca los años en los que se publicó la primera y segunda edición de la obra.

Pese a que actualmente *El laberinto de la soledad* se ha convertido en una de las obras mexicanas con más ediciones y reimpresiones en el país y a nivel internacional. La acogida que tuvieron las primeras ediciones fue bastante modesta, aplaudida por intelectuales como Alfonso Reyes o José Vasconcelos, tocada superficialmente por José Gaos, y un referente del tema, como lo era en ese momento Samuel Ramos, y criticada abiertamente por el círculo cercano a este último. Pero lo que llama la atención, y que además es relevante para las reflexiones que se realizan en este trabajo de investigación, es la indiferencia con la que la obra fue recibida por los historiadores mexicanos, indiferencia que con el paso de los años, y ante la gran difusión de la obra, se convirtió en condescendencia, en una sonrisa fingida a ese poeta que, víctima de la nostalgia se había aventurado a escribir un ensayo cultural con lenguaje poético sobre el mexicano, en el que tocaba sin el rigor del historiador profesional, temas de la historia de México. “En varias ocasiones se ha dicho que *El laberinto de la soledad* tiene un origen espontáneo, motivado por la nostalgia que su autor experimentó al estar lejos de su país. – Escribe el historiador mexicano, Javier Rico Moreno, sin embargo, continúa- La complejidad del texto ayuda a desmentir esta idea de la que quizá el mismo Paz fue responsable” (2006: 18). Es posible que el hecho de que Paz se definiera a sí mismo como poeta, un poeta que escribía cercano a la tradición romántica, fuera razón suficiente para que una gran mayoría de historiadores, con excepción de

historiadores como David Brading y Javier Rico Moreno en la primera década del siglo XX, evitaran realizar una lectura desde la historia a esta obra de Paz.

Como ya se ha mencionado, una manera de acercarnos y realizar el análisis historiográfico de una obra, es a través de la teoría de Rüsen, en la cual, como hemos visto, el historiador alemán plantea que la construcción de Sentido histórico está determinada por las cuatro operaciones mentales sobre las que ya se ha profundizado a lo largo de esta investigación: *percepción, interpretación, orientación y motivación*. Con base en los planteamientos rüseneanos, para realizar un análisis de *El laberinto de la soledad*, y vislumbrar el Sentido histórico presente en esta obra, es fundamental conocer en la medida de posible al autor, su contexto familiar, social, cultural, político. Su anecdotario personal, emocional, ideológico, para posteriormente tener la posibilidad de relacionar lo anterior con el discurso y la narrativa histórica que constituye la obra en cuestión.

En los primeros apartados de este tercer capítulo, se ha abordado de manera sucinta la biografía personal de las primeras tres décadas de vida de Octavio Paz Lozano, así como su contexto familiar, personal, y sobre todo haciendo énfasis en la formación intelectual, las influencias y las publicaciones del poeta y ensayista que antecedieron a la publicación de la obra que analizamos en este capítulo. Todo lo anterior, nos permite entrever a manera de caleidoscopio, diversos fragmentos que fueron conformando el pensamiento y las reflexiones en torno a la nación mexicana, el mexicano y su cultura, fundamentadas en la narrativa histórica desarrollada por el autor en sus ensayos.

En una reflexión similar, David Brading menciona que si bien es cierto, Paz fue primero y antes que nada un poeta de la tradición romántica, y agregaría, también un ensayista, su contexto familiar y su relación con dos periodos históricos del país, no se puede pasar por alto, pues además de poeta, era “el nieto de Ireneo Paz (1836-1924), distinguido liberal, y el hijo de Octavio Paz Solórzano (1883-1934⁶⁷), abogado de la Revolución que ayudó al campesinado zapatista del estado de

⁶⁷ La muerte de Octavio Paz Solórzano aconteció en marzo de 1935

Morelos (2002: 19). Por su parte Javier Rico Moreno escribe que la obra en cuestión “registra los arribos intelectuales –provisionales unos, de mayor permanencia otros– por los que Octavio Paz transitó a lo largo de casi veinte años” (2006: 70).

Tanto Brading como Rico Moreno, comparten la idea de que existen fundamentos historiográficos en la constitución de *El laberinto de la soledad*. Obra que, contrario a lo que comúnmente se piensa, no fue producto de la nostalgia o la casualidad, ni carece tampoco de Sentido histórico en su narrativa pese a no ser una obra escrita por un historiador de profesión. Desde temprana edad, el pensamiento de Paz se había nutrido de anécdotas (en el caso de su abuelo y su padre), lecturas, discusiones, inquietudes y reflexiones que giraban en torno a acontecimientos de la historia de México en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. De lo anterior dejó constancia en sus escritos en prosa publicados antes de 1950. El hecho de que Paz eligiera el ensayo de carácter histórico para plasmar sus ideas, y no exclusivamente la narrativa y la metodología del historiador, no es razón suficiente para desestimar la trascendencia historiográfica de la obra, Rico escribe sobre la construcción del ensayo histórico:

El ensayista puede no recurrir a la metodología de los historiadores, pero ha de documentarse en sus obras, y los recursos narrativos no pueden serle ajenos, pues la dimensión histórica de los problemas que aborda no permite hacer a un lado la estructura de la temporalidad. De hecho, el ensayo exige también una estructura narrativa, además de analítica, y supone una tarea de indagación, pero su búsqueda se orienta hacia el nivel de significación más general (2006: 106).

Para Rüsen, la percepción en el Sentido histórico consiste en que aquel que construye el discurso, tenga plena consciencia de que existe una transformación temporal en el mundo; que existe una connotación teleológica en su discurso, en donde pasado y futuro convergen en un presente desde el que aquel que escribe, los evoca y los encamina hacía un origen y un destino. El discurso de *El laberinto de la soledad*, es un discurso teleológico, además, como menciona Rico, “es una construcción por la que atraviesa una multiplicidad de resonancias, paralelismos, convergencias y divergencias en torno a la forma de pensar la situación del hombre

en el mundo, la historia y, en particular, el devenir histórico y cultural de México” (2006: 70).

Sobre la percepción histórica, es decir, sobre la consciencia de una transformación temporal del mundo, podemos encontrar una gran cantidad de referencias a lo largo y ancho de la obra, el ejemplo más claro son los capítulos 5 y 6 en los que Paz plasma la narrativa de una historia nacional de origen, con base en su formación intelectual y sus reflexiones. Algo similar a lo que hicieron en las obras de Samuel Ramos y José Vasconcelos, como hemos visto en los primeros dos capítulos de esta investigación.

No es la intención de esta tesis realizar un análisis entre las semejanzas y diferencias de estas tres obras, baste decir para los fines de esta investigación, que con respecto a los periodos que constituye el discurso de la historia de origen nacional mexicana, presente en la obra de los tres autores, existen pocas diferencias, éstas estriban más bien, en la manera en que cada uno aborda y profundiza en las características de los periodos que componían la estructura de la historia oficial de origen de la nación mexicana: Época prehispánica, Conquista, Colonia, Independencia y Reforma. Paz, con la distancia que su edad le daba de las primeras décadas del siglo XX, agregó a su historia nacional de origen, el periodo de la Revolución mexicana.

El poeta reflexionó en su obra, sobre la transformación temporal de la nación mexicana, ese pasado que el presente evoca contantemente, un pasado en el que se explica, se define y le permite proyectarse hacía un posible futuro. Paz presentó un nítido ejemplo de esto en el gran número de conmemoraciones cívicas y religiosas que formaban parte de la cotidianidad y el sentido de pertenencia del mexicano. “Nuestro calendario –escribe el autor- está poblado de fiestas. Ciertos días, lo mismo en los lugarejos más apartados que en las grandes ciudades, el país entero reza, grita, come, se emborracha y mata en honor a la Virgen de Guadalupe o del general Zaragoza” (2019: 55). Paz, hace alusión, además a dos festividades que con el paso de los años han cobrado fuerza en la cultura del mexicano, la primera de carácter cívico, el llamado grito de Independencia, celebración realizada

cada año, el 15 de septiembre, celebración sobre la que escribe, cada año “una multitud enardecida efectivamente grita por espacio de una hora quizá para callar mejor el resto del año” (2019: 56). La segunda celebración de carácter religioso, es la conmemoración del mito guadalupano, realizada el 12 de diciembre de cada año. Sobre la celebración más importante para el catolicismo mexicano, Paz apunta:

Durante los días que preceden y suceden al 12 de diciembre, el tiempo suspende su carrera, hace un alto y en lugar de empujarnos hacía un mañana siempre inalcanzable y mentiroso, nos ofrece un presente redondo y perfecto, de danza y juerga, de comunión y comilona con lo más antiguo y secreto de México. El tiempo deja de ser sucesión y vuelve a ser lo que fue, y es, originariamente: un presente en donde pasado y futuro al fin se reconcilian (Paz, 2019: 55-56).

Cuando Paz escribe su obra, tiene bastante claro que en el discurso sobre la identidad nacional se encuentra presente esta interacción entre pasado, presente y futuro. Interacción que surge a partir del presente desde donde se construye este discurso, desde un presente que busca en los hechos del pasado, una legitimación y un propósito. Siguiendo los planteamientos teóricos del historiador alemán, podemos entrever en estas reflexiones del poeta, la segunda operación mental que constituye el Sentido histórico, es decir, la *interpretación*. De acuerdo con los planteamientos rüseneanos, la interpretación en la construcción de Sentido histórico se lleva a cabo cuando el sujeto que construye la narrativa histórica, influido por su *percepción*, realiza un proceso de selección de determinados acontecimientos del pasado y los relaciona directamente con su presente, incluyéndolos en su discurso, en este caso, en el discurso de la historia nacional de origen presente en esta obra de Paz.

Esta selección de determinados hechos del pasado, que forman parte de la narrativa histórica de una obra, no son resultado de la casualidad o el azar. Por el contrario, son parte de la percepción de quien escribe, de su contexto social, político, ideológico, cultural, histórico, son consecuencia de su formación y percepción de la realidad en la se ha desarrollado. En el caso de Paz, las circunstancias personales y familiares jugaron un papel importante en la formación

de su pensamiento, y en su manera de concebir determinados momentos históricos que retomó en la construcción de su discurso sobre el mexicano y su cultura.

La historia familiar del poeta, no pasa desapercibida para Javier Rico, y David Brading, sobre todo la influencia con respecto a su concepción de la historia nacional mexicana. En sus obras, ambos autores hacen hincapié en la influencia que la familia tuvo en la formación intelectual de Paz, sobre todo la influencia de carácter histórico del padre y el abuelo, cuya biografía tiene una relevancia en la formación del poeta (Brading, 2002: 19. Rico, 2006: 40-70). El hecho de que Octavio Paz Lozano pasara los primeros años de su infancia cerca de su abuelo paterno, un viejo editor, escritor, y general liberal que había luchado contra el Imperio de Maximiliano I de México, y había sido cercano a Porfirio Díaz como general y durante gran parte de su gobierno, influyó en la percepción e interpretación histórica de Paz al momento de construir su narrativa histórica, como se puede apreciar de manera más nítida en el capítulo 6 de *El laberinto de la soldad*, en donde plantea que la verdadera consumación de la Independencia de la nación mexicana, no se da entre 1810 y 1821, como se asumía en el discurso oficial imperante, para Paz, fue a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el periodo de la Reforma que México alcanzó realmente su independencia, pues fue a partir de los planteamientos liberales, que se contaba realmente con un “proyecto histórico capaz de mover las voluntades dispersas y dar unidad y trascendencia al esfuerzo solitario. México nace en la época de la Reforma. En ella y por ella se concibe, se inventa y se proyecta (2019: 147).

Volvemos a encontrarnos en la obra de Paz con esa consciencia de la transformación temporal que es percibida desde el presente. Nos encontramos también con la plena consciencia por parte del autor, quien retoma en su obra los planteamientos de Ortega y Gasset de que la nación es una invención, una proyección de los grupos que desde el poder construyen un discurso nacionalista apoyado en una narrativa histórica, con la intención de legitimar su proyecto. (2019: 147). El proyecto la Reforma, escribe Paz, fue producto de “un grupo bastante reducido de mexicanos, que voluntariamente se desprende de la gran masa,

pasivamente religiosa y tradicional. La nación mexicana es proyecto de una minoría que impone su esquema al resto de la población, en contra de otra minoría activamente tradicional (2019: 147).

Podemos aventurarnos a plantear que existen vestigios de la influencia del abuelo en estas reflexiones sobre la época Reforma. Pero veamos otro ejemplo de como la percepción del pensamiento de Paz, influyó significativamente en su interpretación histórica al momento de seleccionar determinados hechos del pasado para integrar su narrativa histórica. En la primera parte de este tercer capítulo, además de la vida de Ireneo Paz, se ha hecho un sucinto recuento biográfico de Octavio Ireneo Paz Solórzano, revolucionario zapatista, y abogado que encaminó su trabajo a la causa agrarista. La figura paterna, aunque un tanto velada en la vida de Octavio Paz, tuvo una influencia importante en la formación ideológica e histórica del poeta. Su cercanía con el movimiento agrarista del centro y sur del país, así como su relación con personajes como Antonio Díaz Soto y Gama, formaron parte del contexto en el que el autor de *El laberinto de la soledad* pasó gran parte de sus primeras dos décadas de vida, el mismo Soto y Gama fue su profesor de historia de la Revolución, en la Escuela Nacional Preparatoria.

Tomando en cuenta lo anterior, no resulta extraño que Paz dedicara parte de sus reflexiones en el apartado sobre la Revolución Mexicana, a hablar sobre el movimiento encabezado por Emiliano Zapata, en un periodo en el que el zapatismo no tenía la relevancia y el peso que actualmente se le confiere. En *Vuelta a El laberinto de la soledad*, la entrevista que el historiador francés Claude Fell realizó a Octavio Paz en 1975 con motivo del 25 aniversario del libro, Fell cuestiona al poeta sobre la relevancia que éste confiere al zapatismo en su narrativa histórica:

CF: En su presentación de la Revolución mexicana de 1910, usted privilegia el zapatismo, lo que en la época en que fue escrito el libro era algo nuevo y excepcional, en la medida en que casi no se hablaba de Emiliano Zapata. Cuando aparecía en los periódicos o en unos escritos se le presentaba invariablemente como el *Atila del Sur*, como un bandido sanguinario, etc. ¿Cómo se explica el relieve que tiene el zapatismo en su libro? (2019: 354).

La respuesta de Paz a este cuestionamiento, revela la importancia del contexto en el que se vio inmerso desde su infancia y juventud, para que sus reflexiones giraran en torno a un tema, el del zapatismo, que no le era del todo ajeno, pues formaba parte de su anecdotario personal:

OP: Hay dos razones. La primera es de tipo anecdótico, y es que mi padre, aunque originario de una familia burguesa, fue amigo y compañero del gran revolucionario Antonio Díaz Soto y Gama, uno de los fundadores de la Casa del Obrero Mundial. Mi padre formaba parte de un grupo de jóvenes más o menos influidos por el anarquismo de Soto y Gama. Estos jóvenes querían irse al norte, en la época de la dictadura de Victoriano Huerta, donde estaban los ejércitos más disciplinados y los que realmente, desde el punto de vista militar, le dieron el triunfo a la Revolución. En el norte dominaban los rancheros y la clase media; en el sur, los campesinos sin tierra, bandas que la prensa llamaba “bárbaros”, hunos, etc. [...] El sur era y es acentuadamente indio; allá la cultura tradicional ésta todavía viva. Cuando yo era niño visitaban mi casa muchos viejos líderes zapatistas y también muchos campesinos a los que mi padre, como abogado, defendía en sus pleitos y demandas de tierras. Recuerdo a unos ejidatarios que reclamaban unas lagunas que están –o estaban por el rumbo de la carretera de Puebla (Paz, 2019: 355).

En la obra de Paz, el proceso de la Revolución Mexicana es presentado como un proceso caótico en donde convergen diversas posturas e intereses, menciona que si bien es cierto, el proceso revolucionario tenía causas y motivos, carecía de precursores a diferencia del proceso de Independencia el cual, menciona, se había gestado a partir de diversas circunstancias históricas. También distaba del proceso de la Reforma, el cual era producto de “ideología de varias generaciones intelectuales, que la preparan, predicen y realizan” (Paz, 2019: 158). Por su parte, la Revolución terminó por definirse, según el autor, a lo largo del proceso armado, pues carecía de inicio de un proyecto, escribe al respecto que “esta ausencia de programa previo le otorga originalidad y autenticidad populares. De ahí provienen su grandeza y sus debilidades” (2019: 158). En ese proceso caótico que tomó sentido conforme la marcha y con la movilización social, Paz hace alusión al zapatismo, como el único movimiento que tenía un claro el objetivo y lo había planteado cabalmente en el *Plan de Ayala*, plan redactado por los zapatistas que como se ha mencionado anteriormente, fue publicado en la capital del país en el periódico *La Patria*, por intervención del abogado Paz Solórzano.

Casi todos los programas y manifiestos de los grupos revolucionarios contienen alusiones a la cuestión agraria. Pero solamente la Revolución del sur y su jefe, Emiliano Zapata, plantean con claridad, decisión y simplicidad el problema. [...]. Su programa contenía pocas ideas, estrictamente las necesarias para hacer saltar las formas económicas y políticas que nos oprimían. [...]. El movimiento zapatista tiende a rectificar la historia de México y el sentido mismo de la nación, que ya no será el proyecto histórico del liberalismo. México no se concibe como un futuro que realizar, sino como un regreso a los orígenes. [...] el zapatismo no sólo rescataba la parte válida de la tradición colonial, sino que afirmaba que toda construcción política de veras fecunda debería partir de la porción más antigua, estable y duradera de nuestra nación: el pasado indígena (Paz, 2019: 167).

Precisamente, el tema del pasado indígena en el libro de Paz, nos permite ejemplificar la tercera operación mental del Sentido histórico. De acuerdo con la teoría de Rüsen, la *orientación* histórica, se refiere a la dirección que se les da a los procesos que se viven en el presente desde el que se construye el discurso, la forma en que éstos se sustentan y se justifican en acontecimientos del pasado que se seleccionan desde el presente, para conferirles el carácter de históricos y adherirlos a una historia que el presente se apropia, lo que a su vez, permite crear expectativas de acción para un posible futuro.

El discurso sobre la identidad nacional del mexicano y su cultura, que atraviesa *El laberinto de la soledad*, es un discurso que tiene la intención de poner un punto final a los debates que se había intensificado al final de la década de 1920 y principios de la década de 1930, debates que, como se ha mencionado anteriormente, se daban entre los pensadores denominados nacionalistas, que consideraban que el tema de la identidad del mexicano y su cultura, debía definirse desde lo vernáculo, intentando excluir toda aportación cultura de occidente, y los europeizantes, en las antípodas, planteaban que el mexicano y su cultura, estaban totalmente definidos por la cultura occidental a la que simple y llanamente imitaban. Paz pertenecía a sector intelectual que con el paso de los años había ido en incremento, y el cual se alejaba del radicalismo de estas posturas e intentaba definir al mexicano y su cultura como una simbiosis entre lo occidental y lo vernáculo.

Como antes lo habían hecho en sus obras, Vasconcelos, y Ramos, Paz planteaba como eje de la cultura mexicana el mestizaje. El mexicano era el resultado de la

unión entre las grandes civilizaciones prehispánicas y los reinos españoles, no obstante, con el transcurso del tiempo, el mexicano había desarrollado una condición individual, única, con el paso del tiempo, no era, ni se sentía ya, parte indio o parte español. Casi al final del capítulo 4, escribe: “El mexicano no quiere ser ni indio, ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y no se anima en tanto que es mestizo, sin abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. Él empieza en sí mismo” (2019: 102). Así, al empezar en sí mismo, el mexicano se ve en la necesidad de definirse a sí mismo, de construir un discurso que lo explique, y una historia de origen que lo legitime y lo proyecte hacía el futuro.

La historia nacional de origen en la obra de Paz, como los textos de Vasconcelos o Ramos, tiene su génesis en el proceso de la Conquista y Colonización⁶⁸, sin embargo, a diferencia de estos autores, Paz dedica una parte significativa del quinto capítulo de su obra, a hablar sobre las civilizaciones prehispánicas⁶⁹. No obstante el amplio repaso que da al pasado indígena, y de la comparación que hace de las civilizaciones prehispánicas con las llamadas civilizaciones clásicas de Occidente, Grecia y Roma (un recurso colonialista de legitimación, que tenía su origen en los cronistas novohispanos como Sahagún, “Motolinía”, utilizado también entre otros, por Clavijero, Riva Palacio, Sierra, y más cercanos en el tiempo a Paz, por Reyes, Vasconcelos y Ramos), la realidad es que, como menciona David Brading, en la narrativa histórica del poeta, “el pasado indígena servirá únicamente como prelude. El efecto, en este caso era convertir su interpretación en un contraste esencialmente

⁶⁸ Mediante una dialéctica que destaca el juego de continuidades y rupturas, diferencias y semejanzas, unidad y diversidad, cierre y apertura, Paz sintetiza los rasgos y procesos culturales que identifica en los horizontes de Mesoamérica, la Conquista de México y la sociedad novohispana como constitutivos del origen de México (Rico, 2006: 117).

⁶⁹ Al abordar el México antiguo, Paz sigue el concepto de Mesoamérica que Paul Kirchhoff acuñara en 1943. Lejos de ver en esa entidad un continuo histórico, percibe un proceso de sucesivas etapas de creación, desgaste, recreación y combinación cultural que va de la singularidad de las culturas madres al secular periodo de encuentros con los grupos nómadas de Aridoamérica y se detiene en la síntesis que llevarán a cabo los aztecas. Mesoamérica se distingue así como una totalidad compleja en la que coexisten la homogeneidad relativa de los rasgos generales y la singularidad de cada cultura y ciudad. Esta condición le parece semejante a la del Mediterráneo en la antigüedad, comparación que le lleva a la afirmación de Mesoamérica como un “mundo histórico” (Rico, 2006: 117).

dual entre tradición y modernidad, entre la Nueva España católica y el México liberal" (Brading, 2002: 52). La narrativa histórica que sustenta el discurso sobre identidad del mexicano y su cultura, en la obra de Paz, está construida de manera teleológica, orientada hacia un destino, de manera que todo periodo histórico que compone la historia nacional de origen, pasa por esta dicotomía entre la tradición y la modernidad. Siguiendo la interpretación que Brading hace de la narrativa histórica en *El laberinto de la soledad*, un periodo histórico que comienza por ser moderno termina finalmente por estancarse en su propia tradición, sentando así las bases para que sea reemplazado, regularmente de manera violenta, por un nuevo proyecto el cual paulatinamente degenerará en el mismo proceso que su antecesor:

Esto es, La Nueva España dio comienzo con la violenta ruptura de la Conquista, creó una sociedad animada por una comunión tradicional, pero la cual más adelante sencillamente se petrificó y se volvió inerte. México asimismo nació en la violencia de la Reforma de los liberales, la cual destruyó el pasado colonial, pero casi de inmediato se petrificó; y si México más adelante logró una breve y casi carismática comunión durante la Revolución, en breve experimentó una petrificación política (Brading, 2002: 52).

Esta línea argumental en donde todo proceso del pasado, aunque forme parte de la estructura de la historia nacional, es solo un preámbulo, permite a quienes construyen los discursos nacionalistas, legitimar la apropiación de la historia de sociedades que no necesariamente pertenecen a la nación de la que se habla. En este caso en particular, la motivación de Paz, es la de dotar a la nación mexicana de mediados del siglo XX de las bases de un discurso de identidad nacional y cultural que permita legitimar el proyecto de los grupos en el poder, consolidar en primer lugar un el discurso en donde, pese a la multiculturalidad imperante en el territorio nacional, el mexicano y su cultura sea el eje rector que defina lo que se entienda como la nación mexicana. Con base en lo antes mencionado, se entiende porqué el autor de *El laberinto de la soledad* realiza en su narrativa histórica, una apropiación de la historia perteneciente a las comunidades originarias. En su obra, Paz ensalza la historia de la civilizaciones prehispánicas y al indio precolombino, y los presenta como parte indispensable de la génesis del mexicano, y al mismo tiempo excluye deliberadamente y sin titubeos, entre otros sectores de la población

que se sintieran aludidos, a las comunidades originarias contemporáneas al periodo en el que Paz escribe esta obra, apenas en las primeras páginas de su libro anota:

No toda la población que habita nuestro país es objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto que mexicanos. Contra lo que se cree, este grupo es bastante reducido. En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos (2019: 15).

De acuerdo con la teoría de Rüsen, la cuarta operación mental del Sentido histórico, la motivación, equivale a la movilización de sentimientos por medio del recuerdo y la conmemoración. Es decir, está condicionada por la forma en que el sujeto que construye el discurso, percibe e interpreta su realidad, así como la dirección en la que orienta su narrativa. Como se puede apreciar en el párrafo anterior, el discurso de Paz está motivado por la necesidad de consolidar un discurso en el que el mexicano pueda verse representado, y pueda ver reflejada su cultura, la cultura mexicana con sus arquetipos, sus virtudes, sus carencias, sus fiestas y sus tradiciones. Paz es provocador cuando menciona que sus reflexiones están dirigidas exclusivamente a aquellos que se sienten mexicanos, aquellos que poseen la conciencia de lo nacional, que son dinámicos y están orientados hacia la consolidación de la nación mexicana, una nación heredera de un amplio bagaje histórico y cultural, una nación mestiza que emanó de dos grandes vertientes culturales, la occidental y la indígena, pero que con el devenir de los tiempo se había convertido en algo distinto, singular, único, en una nación con su propia historia y su cultura. El poeta no escribe para aquellos que se rehúsan a formar parte de la nación mexicana, por el contrario, su obra y su discurso está dirigido a esa “minoría de mexicanos [...] que cada día modela más el país a su imagen. Y crece, conquista a México” (Paz, 2019: 16). Pero matiza sus palabras, desde su perspectiva, su apropiación histórica y su exclusión no son tajantes, pues menciona que si bien es cierto, no todos se consideran o son considerados mexicanos, “todos pueden llegar a sentirse mexicanos” (2019: 16), omite desde luego, que para serlo, tendrían primero que abandonar sus culturas, sus historias, sus idiomas, sus tradiciones, para ser mexicanos, tendrían primero que negarse a sí mismos.

CONCLUSIONES

Acercarse metodológicamente desde la disciplina de la historia a otras fuentes, además del documento de archivo, es fundamental para los historiadores en la actualidad. La ortodoxia del historiador de archivo, produjo estancamiento en un incontable número de investigaciones, cuando los historiadores se encontraron ante la imposibilidad de acceder a los acervos documentales debido a la contingencia sanitaria que ha azotado a la humanidad en los últimos tres años. Esta circunstancia extraordinaria, llevó al gremio de historiadores a replantear partes de sus trabajos o en muchos casos a cambiar completamente los temas, la metodología y las fuentes que habrían de utilizar para poder concluir satisfactoriamente sus investigaciones.

Como estudiantes del posgrado en historia durante la pandemia, los compañeros de mi generación cursamos nuestras materias en modo virtual y el proceso de nuestra investigación se hizo en gran parte de la misma forma. En general el desarrollo de nuestras investigaciones se vio afectado por el cierre instituciones, archivos, librerías y bibliotecas. Algunos compañeros pudimos continuar nuestra investigación con algunas modificaciones en la metodología y con las fuentes electrónicas disponibles, otros más, se vieron en la necesidad de plantearse temas completamente distintos, con la limitante de encontrar fuentes para desarrollar sus investigaciones, y en muchos casos, el desconocimiento por su parte de marcos teóricos para interrogar a otras fuentes que no fueran los documentos de archivo. Las consecuencias de la crisis sanitaria que afectaron directamente el proceso de investigación del gremio de historiadores, nos da la pauta para reflexionar sobre el oficio de historiar y sobre la gran diversidad de temas y fuentes que durante mucho tiempo han sido relegadas y vistas con desdén por los historiadores ortodoxos.

En un contexto de estas características, me parece que los planteamientos teóricos de Jörn Rüsen sobre la construcción de Sentido histórico, son entre otras, una herramienta metodológica que da a los historiadores la posibilidad de acercase

desde la disciplina histórica a un gran número de fuentes que han sido desdeñadas por los historiadores que tienen al documento de archivo como única fuente primaria. El análisis realizado a partir de las cuatro operaciones mentales: *perspectiva, interpretación, orientación, motivación*. Sumadas a los tres pilares sobre los que se sostiene la narrativa histórica: *contenido, forma, función*, nos permite como historiadores ampliar nuestro horizonte y acercarnos a fuentes primarias tan diversas como imágenes, fotografías, pinturas, murales, cuentos, novelas, poemas, crónicas, relatos orales, canciones, documentos de archivo, monumentos; así como narrativas construidas desde diversas disciplinas como la filosofía, psicología, sociología, antropología, botánica, biología, entre muchas otras, que estén dotadas de Sentido histórico.

Los capítulos que componen esta investigación de tesis, son un ejercicio práctico de los planteamientos teóricos rüseneanos aplicados a tres ensayos de carácter histórico, fundamentales en la construcción del discurso sobre la identidad nacional del mexicano y su cultura en la primera mitad del siglo XX. Obras que, como se ha demostrado en cada caso, fueron dotadas por sus autores de Sentido histórico, y tienen valor historiográfico. Esto abre la posibilidad a los historiadores de analizarlas como fuentes primarias, en su conjunto o de manera individual, pues estas obras son en cierta forma, radiografías de la sociedad y la cultura mexicana construidas desde las élites intelectuales de tres generaciones subsecuentes en la primera mitad del siglo XX.

*

Los discursos nacionalistas se intensificaron durante los momentos más críticos de la crisis sanitaria que aun padecemos. Con la intención de proteger su economía, y ante la imposibilidad de ofrecer una solución real a los problemas de salud que comenzaban a cobrar la vida de miles de personas, un gran número de gobiernos intentaron dar un paliativo a los habitantes de sus países, decretando el

cierre de fronteras, puertos y aeropuertos. Intentado infructuosamente en la gran mayoría de los casos, aislarse del mundo y permanecer ajenos a una problemática de salud pública que debía ser abordada en conjunto y no desde la individualidad del nacionalismo y su discurso, como desafortunadamente sucedió en la gran mayoría de los casos. Y es que, los discursos nacionalistas son violentamente excluyentes, pues en búsqueda de una identidad y una cultura homogénea, niegan la existencia de otras identidades y otras culturas que cohabitan en el mismo territorio. Los discursos nacionalistas contruidos desde las élites en el poder, tienen como intención primordial, legitimar proyectos políticos, sociales y económicos, impulsados por los grupos que se disputan el poder.

Quienes construyen un discurso nacionalista suelen apropiarse de procesos históricos y culturales de los diversos grupos socioculturales que habitan en el mismo territorio, esta apropiación permite que la población a la que va dirigido el discurso, se sienta representada en mayor o menor medida y mediante esta identificación legitime el proyecto nacional impulsado por los grupos en el poder a los que pertenecen los constructores de dicho discurso.

La narrativa histórica se convierte en una herramienta para los constructores del discurso de identidad nacional, los cuales seleccionan determinados acontecimientos del pasado que les permiten construir una historia oficial y una idea de nación en la que su proyecto se encamine hacia un futuro posible, es decir, se dota a este discurso de Sentido histórico. Lo anterior se puede observar en las tres obras analizadas en este trabajo de investigación. José Vasconcelos, Samuel Ramos, y Octavio Paz, dotaron a sus obras de Sentido histórico y construyeron la narrativa de su historia nacional de origen a partir de la apropiación de los procesos históricos de las comunidades originarias, a quienes los tres autores consideraban parte de las raíces del mexicano y su cultura.

No obstante, como también se hizo evidente en este trabajo, el hecho de que estos autores ensalzaran la historia de las civilizaciones prehispánicas, llegando a compararlas con la Grecia y la Roma clásicas (no sin hacer hincapié en que al momento de la invasión española, las civilizaciones prehispánicas se encontraban

en franco declive y había visto pasar sus mejores días), no impidió que excluyeran en la construcción de su discurso sobre el mexicano a las comunidades originarias contemporáneas a éstos. Como se hizo mención en las obras analizadas, Vasconcelos consideró a las comunidades originarias como sociedades estancadas, casi salvajes, Samuel Ramos utilizó de manera peyorativa el concepto de egipticismo, para denostarlas, y Paz las consideró anacrónicas, pertenecientes a otros periodos históricos, explícitamente escribió que su obra estaba dirigida exclusivamente a aquellos que se sentían mexicanos o que pretenden serlo. Sin embargo, los tres autores hicieron hincapié en el mestizaje de la cultura mexicana y la importancia de la historia prehispánica.

Además de la apropiación de la historia de las comunidades originarias, también existe un proceso de apropiación de la historia de la Nueva España y de su proceso de emancipación política de los reinos españoles como parte de la historia nacional mexicana. El discurso nacionalista en su carácter teleológico, requiere estos procesos de apropiación y exclusión cultural e histórica para poder consolidar el proyecto de nación del que surge.

El análisis de las obras a lo largo de esta investigación, nos permite reafirmar el planteamiento de que, para los grupos en el poder, la historia se convierte en una herramienta de legitimación de sus proyectos. Desde las élites intelectuales ligadas a los grupos que se disputan el poder, se construyen historias nacionales de origen que intentan consolidarse como historias oficiales en las que se destacan procesos o personajes históricos que en mayor o menor medida son relacionados con los proyectos de quien construye estas narrativas históricas.

Un ejemplo actual y cercano a esto, lo podemos ver de manera bastante clara con las elites políticas e intelectuales que se han disputado el poder en México en las últimas dos décadas. Actualmente los historiadores e intelectuales cercanos al proyecto de nación del partido político, Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), han construido un discurso nacionalista oficial en el que a través de la narrativa histórica se destacan sobre otros, procesos como el del movimiento emancipador de la Nueva España, el periodo de la Reforma liberal, el inicio de la

Revolución mexicana y la época cardenista. Quienes han dotado de Sentido histórico al discurso nacionalista de la autodenominada *Cuarta Transformación*, han seleccionado en su narrativa histórica a los personajes históricos relacionados con procesos de reformas políticas que desde los procesos del pasado, legitimen el proyecto de este gobierno: Miguel Hidalgo, José María Morelos y Pavón, los liberales de la generación del 57, encabezados por Benito Juárez; Francisco I. Madero, los hermanos Flores Magón, Emiliano Zapata, y como un personaje relevante en el tema de las reformas constitucionales, Lázaro Cárdenas.

Esta historia oficial del morenismo, contrasta significativamente con la historia oficial que le antecedió, instaurada por los gobiernos del Partido Acción Nacional (PAN) a partir del año 2000 y que se prolongó hasta el 2018⁷⁰ y que dotó de Sentido histórico al discurso nacional panista, en éste, los historiadores e intelectuales ligados al proyecto nacional impulsado por un gobierno de derecha, ensalzaron en su narrativa histórica a personajes que anteriormente había permanecido velados o se había considerado como los villanos de la historia oficial de proyecto nacional priista. Pronto comenzaron circular un gran número de investigaciones históricas sobre Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Ana, Lucas Alamán, Maximiliano I de México, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, entre otros personajes que se relacionaron con la ideología conservadora del proyecto panista.

*

Para concluir, considero que este trabajo de investigación da pauta a futuras reflexiones sobre el uso práctico de la producción historiográfica como herramienta de las élites intelectuales ligadas a los diversos grupos en el poder, y del mismo modo, el uso de ésta por los grupos políticos y sociales que se oponen a éstos. De igual forma, da pie a seguir reflexionando sobre subjetividad del historiador, pues

⁷⁰ Pues no hubo un cambio significativo en el discurso de la historia oficial durante el gobierno priista del 2012 al 2018.

por más que éste pretenda realizar un trabajo crítico y objetivo, al dotar a su narrativa de Sentido histórico, el historiador está siempre determinado por las cuatro operaciones mentales que Rüsen expone en sus planteamientos teóricos. La narrativa histórica que éste construye, está orientada y motivada en función de la interpretación de las circunstancias en las que éste se encuentra inmerso, interpretación que está siempre condicionada por la forma en que el historiador vive y percibe su realidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes:

- Paz, Octavio. (2019). *El laberinto de la soledad*. México. FCE.
- Ramos, Samuel. (1987). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México. UNAM.
- Vasconcelos, José. (2019). *La raza cósmica*. México. Editorial Porrúa.

Bibliografía:

- Adler, Alfred. (1958). *Practica y teoría de la psicología del individuo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

(2018). *El sentido de la vida*. Biblioteca Libre OMEGALFA. Disponible en <https://omegalfa.es/downloadfile.php?file=libros/el-sentido-de-la-vida.pdf>

- Arreola Cortés, Raúl. (1997). *Samuel Ramos: la pasión por la cultura*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

- Ávila Barba, Mauricio. (2015). *Siguiendo los pasos de Samuel Ramos: una propuesta metodológica de análisis de nuestras circunstancias*. *Valenciana*, 8 (15), 261-287. Recuperado en 08 de junio de 2021, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-25382015000100261&lng=es&tlng=es

- Blanco, José Joaquín. (1977) *Se llamaba Vasconcelos*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Brading, David A. (2002). *Octavio Paz y la poética de la historia mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.

-Carpintero, Helio. (2020). *Ortega y Gasset psicólogo. Ensayos y aproximaciones*. Madrid: Fórcola Ediciones. (Edición digital ePub).

- Crespo Corte, Eduardo Alfonso sustentante. (2001). *José Vasconcelos; un análisis historiográfico de su breve historia de México*. (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma. México. México. Disponible en: http://oreon.dgbiblio.unam.mx/F/SNBG4DURC5VRL8PYBLEVADDBKBV31T3GKLEBKKAGU6NN52V3QKM-40912?func=full-set-set&set_number=043392&set_entry=000044&format=999

- Domínguez Michael. (2010). Christopher (ed.) *Los retornos de Ulises*. Una antología de José Vasconcelos. México: Fondo de Cultura Económica.

- Domínguez Michael, Christopher. (2014). *Octavio Paz en su siglo*. México: AGUILAR.
- Durán Fuerte, Sergio. (1996). *Samuel Ramos Magaña. Nueva visión de su pensamiento filosófico en el contexto general de la filosofía iberoamericana. Volumen I*. (Tesis de doctorado). Universidad Pontificia de Salamanca. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=63745>
- Earle, Peter G. (1992). "Octavio Paz: Poesía e Historia". *Nueva Revista De Filología Hispánica*, 40(2), 1101-1112. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/40302679>
- Fell, Claude. (1982). "Los años del águila". *Los retornos de Ulises*, Editado por Christopher Domínguez. México. Fondo de Cultura Económica, 2010. pp. 578-625.
- Garrido, Felipe. (1984). "Ulises y Prometeo. Vasconcelos y las prensas universitarias". *Los retornos de Ulises*, Editado por Christopher Domínguez. México. Fondo de Cultura Económica, 2010. pp. 681-697.
- Gómez-Martínez, José Luis. (1987). "La presencia de Ortega y Gasset en el pensamiento mexicano". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 35 (1), 197-221. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/40298734>
- Gonzáles Torres, Armando. (2002). *Las guerras culturales de Octavio Paz*. México: Colibrí.
- Hernández Luna, Juan (1956). *Samuel Ramos, Su filosofar sobre lo mexicano*. México: UNAM <http://ru.ffyl.unam.mx/handle/10391/4147>
- (Comp). (1993). *Samuel Ramos. Estudios de Estética y Filosofía de la vida artística*. México. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- (1997). *Samuel Ramos. Etapas de su formación espiritual*. México: Universidad Michoacana.
- Houvenaghel, Eugenia. (2014). "El filósofo mexicano Samuel Ramos: Entre el positivismo europeísta y la busca de autenticidad". *Confluencia*, 29(2), 25-34. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/43490031>
- Hurtado, Guillermo. (2012). "Samuel Ramos, filósofo", *Cuadernos americanos*, vol. I, México, pp. 59-69.
- Islas Flores, Mario César. (2013). "Postdata de Octavio Paz: la historia como morfología". *Fuentes Humanísticas*, Número 48, 231-242. Disponible en: <http://zaloamati.azc.uam.mx/handle/11191/2132>
- Krauze, Enrique. (1983). "Pasión y contemplación en Vasconcelos". *Los retornos de Ulises*, Editado por Christopher Domínguez. México. Fondo de Cultura Económica, 2010. pp. 626-660
- (2014). *Octavio Paz. El poeta y la Revolución*. México: DEBOLSILLO.

(2016). *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*. México: Editorial Tusquets.

- Lafaye, Jacques. (2013). *Octavio Paz en la deriva de la modernidad. Siete ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Lizaloe, Julieta. (2012). "Samuel Ramos y el nuevo humanismo". *Bajo palabra. Revista filosófica.*, 7, 477-484. Disponible en: https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/9513/49471_40.pdf?sequence=1

- Medina Hernández, Julio Cesar. (2006). *El concepto de cultura nacional en el pensamiento de Samuel Ramos*. (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México. Disponible en <http://132.248.9.195/pd2007/0609343/0609343.pdf>

- Mondragon, Rafael. (2021). *El largo instante del incendio*. Colegio de México. Disponible en <https://confabulario.eluniversal.com.mx/el-largo-instante-del-incendio-biografia-jose-vasconcelos/#sdfootnote3sym>

- Negrete Rico, Edwin Javier. (2019). *La filosofía en México. Análisis comparativo del pensamiento histórico de Samuel Ramos y Edmundo O'Gorman*. (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México, México. Disponible en <http://132.248.9.195/ptd2019/noviembre/0798567/Index.html>

- Orestes Aguilar, Héctor. (2007). "Ese olvidado nazi de nombre José Vasconcelos". *Istor: revista de historia internacional*, (30), 148-157. Disponible en http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf

- Palacios, Adela. (1960). *Nuestro Samuel Ramos. Homenaje*. México: A. del Bosque.

- Paz, Octavio. (2001). *Miscelánea II. Obras completas tomo 14*. México: Fondo de Cultura Económica.

(2004). *Obra poética II. Obras completas tomo 12*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Plasencia de la Parra, Enrique. (2012). "El exilio delahuertista". *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, (43), 105-134. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26202012000100004&lng=es&tlng=es.

- Quintanilla, Susana. (2008). *Nosotros: la juventud del Ateneo en México*. México: Editorial Tusquets.

- Ramos, Samuel. (1979) *Obras completas, T. I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

- Rico Moreno, Javier. (2006). *Poesía e historia en El laberinto de la soledad*. Tesis doctoral en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

(2014). *La historia y el laberinto. Hacia una estética del devenir en Octavio Paz*. México: UNAM.

(2015). *Octavio Paz y las metáforas de la historia*. Literatura Mexicana. 26. 115-132. 10.1016/j.lmex.2015.11.006

Disponible en:
https://www.researchgate.net/publication/284806419_Octavio_Paz_y_las_metaforas_de_la_historia/citation/download

- Rodríguez, Alfonso. (agosto-septiembre 1977). "Samuel Ramos: Influencia de Adler y Jung en su estudio sobre el carácter del mexicano". *Cuadernos Hispanoamericanos* (326-327), 420-430. Disponible en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/samuel-ramos-influencia-de-adler-y-jung-en-su-estudio-sobre-el-caracter-del-mexicano-982413/>

- Rodríguez Díaz, Irvin. (2021). *El perfil de un hombre y su cultura: Samuel Ramos*. Una interpretación de los orígenes de lo mexicano. (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México. Disponible en <http://132.248.9.195/ptd2021/marzo/0809861/Index.html>

- Romanell, Patrick. (1960). "Ortega en México: tributo a Samuel Ramos". *Revista Dianoia: anuario de filosofía*, Núm. 6, 170-182. Disponible en <https://dianoia.filosoficas.unam.mx/index.php/dianoia/article/download/1303/1261>

- Rüsen, Jörn. (2013). *Tiempo en ruptura. México*. UAM-Azcapotzalco.

- Santí, Enrico Mario. (Comp.). (1992). *Primeras Letras (1931-1943)*. México: Vuelta.

- Sheridan, Guillermo. (2003). *Los Contemporáneos ayer*. México: Fondo de Cultura Económica.

(2015). *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz 1*. México: Ediciones Era.

(2015b). *Habitación con retratos. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz 2*. México: Ediciones Era.

- Tarrago, Rafael E. (2009). "La guerra de 1895 en Cuba y sus consecuencias". *Arbor Ciencia, Pensamiento y Cultura*. Volumen 735 enero-febrero, 215-229. Disponible en <https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/273/274>

- Tíbol, Raquel. (1984). "Panorama de las artes". *Los retornos de Ulises*, Editado por Christopher Domínguez. México. Fondo de Cultura Económica, 2010. pp. 661-680.

- Vargas Villanueva, Blanca Alicia sustentante. (2020). *Las estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, 1910-1921: análisis estadístico y semblanzas escolares*. Tesis para obtener el grado de maestría en historia de la Universidad Nacional Autónoma de México.

- Vasconcelos, José. (1918). "El monismo estético". *Los retornos de Ulises*, Editado por Christopher Domínguez. México. Fondo de Cultura Económica, 2010. pp. 128-151.

(2017). *Ulises criollo*. México. Porrúa.

- Zabłudovsky, Gina. (1991). "Samuel Ramos y su visión sobre lo mexicano", <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcyps/article/view/51592> (citado: abril del 2017)

Fuentes electrónicas:

- Diccionario de generales de la Revolución. Primer Tomo A-L. México: INEHRM, 2014. Disponible en:

https://www.inehrm.gob.mx/work/models/inehrm/Resource/305/1/images/dic_grales_rev_t1.pdf

- EDITRAMA. (25 de abril de 2021). Octavio Paz A Fondo/"in depth" –Edición completa y restaurada- English sub./subt. castellano. [Archivo de video]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=8d3MXfrt7nU&t=1032s&ab_channel=EDITRAMA

- Gobierno de México. (12 de octubre de 2022). AGN recuerda a Octavio Paz, vía La Jornada. <https://www.gob.mx/agn/articulos/agn-recuerda-a-octavio-paz-via-la-jornada>

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2021). Censo General de Habitantes de 1921. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1921/#Tabulados>

- Ortega y Gasset, José. Creer y pensar. Recuperado de https://www.elespanol.com/como/normas-apa-citar-pagina-web/402710424_0.amp.html [29 de agosto de 2021]

- Paz, Octavio. (1997, 8 de abril). "Nuestra lengua". *La jornada*.

<https://www.jornada.com.mx/1997/04/08/paz.html>